

ALICIA ELIZUNDIA / BAJO LA PIEL DEL CHE

ALICIA ELIZUNDIA

# BAJO LA PIEL DEL CHE

*Premio Memoria*

*Ediciones La Memoria  
Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau  
La Habana, 2005*

ALICIA ELIZUNDIA

# BAJO LA PIEL DEL CHE

PRÓLOGO DE  
MARÍA DEL CARMEN ARIET

Premio *Memoria* 2001

Ediciones *La Memoria*  
Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*  
La Habana, 2005

Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*  
Ediciones *La Memoria*  
Director: Víctor Casaus  
Coordinadora: María Santucho  
Jefe de diseño: Héctor Villaverde  
Coordinación de producción: Virgen Gutiérrez

Edición: Denia García Ronda  
Diseño: Héctor Villaverde  
Emplane: Vani Pedraza García

© Alicia Elizundia, 2005  
© Sobre la presente edición:  
Ediciones *La Memoria*  
Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*, 2005

ISBN: 959-7135-51-5

Ediciones *La Memoria*  
Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*  
Calle de la Muralla No.63, La Habana Vieja,  
Ciudad de La Habana, Cuba

Correo electrónico: [centropablo@cubarte.cult.cu](mailto:centropablo@cubarte.cult.cu)  
[www.centropablo.cult.cu](http://www.centropablo.cult.cu)

C E N T R O C U L T U R A L



P A B L O  
de la Torriente Brau

A ti Che, símbolo de tantos sueños y aspiraciones.  
A ti, que sin descanso, te levantas en cada amanecer  
ante el mundo venciendo a la muerte,  
porque como dijo el poeta: «Tú lo sabes todo».

A los testimoniantes de este libro, quienes me permitieron  
el enorme privilegio de adentrarme en su vida;  
y de sentirme, a veces, junto a ellos bajo su piel.

Recuerdo que cuando veníamos en la invasión  
y vimos en el horizonte las montañas azules  
del Escambray y nos fuimos acercando después  
de cruzar el río Zaza, se nos fueron uniendo los villaclareños que nos empezaron a  
ayudar,  
a cargarnos las mochilas, a darnos cuidados  
y atenciones. Era una situación totalmente distinta al trayecto por Camagüey.  
Entonces, yo le comenté al Che: «Tal parece como si hubiéramos  
apagado y encendido la luz, hemos venido por la oscuridad y al llegar aquí es como si  
alguien  
hubiese obturado el operador  
y se hubiera hecho la luz».

Comandante Ramiro Valdés

## **NOTA AL LECTOR**

La noticia de la aparición de los restos del Che conmovió al mundo, y muy en especial, a Santa Clara al saber que lo tendríamos aquí por siempre. El regreso del Guerrillero y sus compañeros de lucha, después de treinta años de ausencia, me dio la oportunidad de realizar este conjunto de entrevistas a personas que lo conocieron muy de cerca; entrevistas que nacieron en medio de la emoción y el privilegio que constituía volver a tener al Che entre nosotros, y que abordan diferentes momentos de su vida.

El libro incluye además, entre otros textos, el testimonio de cómo fueron hallados sus restos; vivencias de aquellos días del 14 al 17 de octubre en Santa Clara cuando tuvo lugar el «reencuentro» del Che con la ciudad; las palabras que pronunciara Fidel durante la ceremonia de inhumación; una entrevista al poeta argentino Hamlet Lima Quintana, autor de la cantata «Diario de regreso», interpretada por músicos santaclareños y argentinos, durante el homenaje que se le rindiera al Che en su 72º cumpleaños, un concierto sin precedentes catalogado como el mayor acontecimiento cultural ocurrido en la Plaza Ernesto Che Guevara, así como impresiones de personalidades y personas de pueblo que desde diferentes partes del universo se sienten iluminados por el Guerrillero y han venido hasta este sitio, donde Che se levanta ante el mundo.

## PRÓLOGO

Una vez más el Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau con su caudal inagotable de tesón y buen hacer en beneficio de la cultura nacional, y por intermedio de su Premio *Memoria*, nos acerca a páginas imprescindibles de nuestra historia más reciente, las que sin dudas contribuirán a reforzar nuestra memoria colectiva.

Esta vez el punto de interés se centra en la figura emblemática del Comandante Ernesto Che Guevara llevada de la mano por la periodista villaclareña Alicia Elizundia, a través de un género aparentemente sencillo, pero en verdad complejo, como es la entrevista periodística. En los relatos de los entrevistados nos adentra en momentos relevantes y anécdotas personales contados por testimoniantes que mucho tuvieron que ver con circunstancias y etapas diferentes del actuar protagónico del Che, dentro de sus múltiples facetas en Cuba y en otras latitudes. Combatientes de la Sierra Maestra, invasores, internacionalistas, fotorreporteros, investigadores, intelectuales, familiares y otros, de diversas regiones del mundo, nos recuerdan, con su tributo, que el Che renace continuamente como eterno hacedor de sueños y batallas por conquistar.

Llevar a la letra impresa destellos del comportamiento, arrojo y ejemplo de un personaje devenido paradigmático, a partir de vivencias guardadas en el recuerdo, requiere, a no dudar, de una rigurosa investigación que de por sí avala, en su sentido más depurado, al periodismo investigativo y reafirma lo mucho que le queda por buscar en los intersticios de nuestra memoria histórica viva.

Una tarea difícil se propuso la autora, comprometida no solo con acercarnos a la figura del Che, sino recordándonos lo que él mismo advirtiera en una carta fechada el 28 de octubre de 1963 a un compañero que había publicado un trabajo sobre las acciones combativas: «Leí tu artículo [...] La primera cosa que debe hacer un revolucionario que escribe historia es ceñirse a la verdad como un dedo en un guante...»

En el libro encontramos, como se indica, una diversidad de personajes, cada cual con su singular modo de decir. Mezcla el testimonio sencillo de un soldado o un campesino con el de otros con un mayor nivel intelectual, pero todos expresan, con un lenguaje realista y a la vez evocador, instantes conmovedores y destellos impactantes, en los que resaltan los altos valores humanos, éticos y revolucionarios del Che.

Para lograr transmitir esa atmósfera, nada fácil, por cierto, porque se está retratando a un hombre que a la par que pensador profundo y vital nos legó una acción cotidiana digna de continuar, la obra contiene una diversidad de análisis, algunos muy íntimos como el de su hija Aleida cuando explica la forma en que intentó conocer mejor a su papá, «como alguien que tú llevas dentro todo el tiempo [...] Esa puede ser la conversación más linda que tú puedes tener con un ser humano que no está presente [...] más presente que si estuviera vivo...». En esa amalgama en la que se entrecruzan detalles y rasgos, se advierten muchas de sus cualidades, llenas de humanidad, de mística y heroicidad en el quehacer de la historia.

Es interesante reiterar, que a pesar de las diferencias entre muchos de los testimonios, todos los combatientes entrevistados coinciden en resaltar el valor del pensamiento y la entrega del Che, como bien expresara su compañero de todas las batallas, el General Harry Villegas: «dejó bien clara una luz, una esperanza en el futuro de la humanidad [...] avalados por su sacrificio, por su inteligencia...».

Sin embargo, era necesario registrar también, otras valoraciones más sencillas, como la del Capitán Descalzo que con su lenguaje natural nos recuerda la pobreza en la que

vivían muchos de nuestros campesinos: «Yo hice la invasión descalzo [...] Tenía los pies curtidos [...] eso quedó para la historia».

También podemos remitirnos al testimonio del Comandante de la Revolución, Ramiro Valdés, segundo al mando de la Columna comandada por el Che, quien en su voz nos acerca a un retrato certero de las cualidades de su Jefe: «A veces era cáustico, pero siempre respetando a los demás, sin burlarse de nadie [...] resultado de su gran cultura, de la sensibilidad de espíritu que tenía».

Finalmente, Alicia Elizundia en esa labor de compromiso con la historia, no pudo sustraerse a la necesidad de agregar —motivada por el impacto estremecedor que le produjera la llegada de los restos del Che y sus compañeros caídos en Bolivia— un relato acerca de cómo lograron rescatarlos y el valor de la investigación multidisciplinaria llevada a cabo por un grupo de científicos cubanos para alcanzar el objetivo propuesto; así como una diversidad de testimonios de hombres y mujeres, seleccionados entre nacionales y extranjeros, que durante estos años han visitado el Memorial Che Guevara, erigido en Santa Clara como homenaje y recuerdo imperecedero a los eternos forjadores de victorias.

Che querido:

Por tus ideales tengo una hija argentina desaparecida y otra detenida durante 8 años de dictadura.

Mi hija vive en este momento en este lugar donde descansan los restos de un hombre que fue ejemplo de lucha y de coraje.

¡Viva el Che!

Edith Aiello  
Buenos Aires, Argentina  
1 de abril de 2004

Con esa resonancia de la memoria y agradeciendo a todos los que han hecho posible esta edición, los invito a la lectura de *Bajo la piel del Che*.

María del Carmen Ariet García  
Centro de Estudios *Che Guevara*

**«UNO DE LOS HOMBRES MÁS NOBLES, MÁS EXTRAORDINARIOS  
Y MÁS DESINTERESADOS QUE HE CONOCIDO»\***

Me han preguntado por el Che (exclamaciones), hablé de él esta mañana ante la estatua de San Martín, porque lo recuerdo siempre como una de las personalidades más extraordinarias que he conocido.

El Che no se unió a nuestra tropa como soldado, era médico. Estaba en México casualmente, había estado antes en Guatemala, había recorrido muchos lugares de

América; había estado por minas, donde el trabajo es más duro; había estado, incluso, en el Amazonas en un leprosorio, trabajando allí como médico.

\* Fragmento del discurso pronunciado por el Presidente de la República de Cuba, Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, en la Facultad de Derecho. Buenos Aires, Argentina, 26 de mayo de 2003.

Pero les voy a decir una de las características del Che y una de las que yo más apreciaba, entre las muchas que apreciaba mucho: él, todos los fines de semana, trataba de subir el Popocatepetl, un volcán que está en las inmediaciones de la capital. Preparaba su equipo —es alta la montaña, es de nieves perpetuas—, iniciaba el ascenso, hacía un enorme esfuerzo y no llegaba a la cima. El asma obstaculizaba sus intentos. A la semana siguiente intentaba de nuevo subir el «Popo» —como le decía él— y no llegaba; pero volvía a intentar de nuevo subir, y se habría pasado toda la vida intentando subir el Popocatepetl, aunque nunca alcanzara aquella cumbre (Aplausos y exclamaciones). Da idea de la voluntad, de la fortaleza espiritual, de su constancia, una de esas características.

¿Cuál era la otra? La otra era que cada vez que hacía falta, cuando éramos un grupo todavía muy reducido, un voluntario para una tarea determinada, el primero que siempre se presentaba era el Che (Aplausos).

El se quedaba, como médico, con los enfermos, porque en determinadas circunstancias, en la naturaleza, montañas boscosas, y perseguidos desde muy diferentes direcciones, la fuerza que pudiéramos llamar principal, era la que tenía que moverse, dejar un rastro bien visible para que, en alguna zona más cercana, pudiera permanecer el médico con los que estaba asistiendo. Hubo un tiempo en que el único médico era él, hasta que otros médicos se acercaron, y allí estaba.

Puedo recordar, ya que ustedes me piden anécdotas, una acción que fue sumamente riesgosa para todos, sencillamente porque habían llegado las noticias, a un lugar donde estábamos en las montañas, de un desembarco que se había producido por el norte de la provincia. Nos acordamos de nuestras peripecias, de nuestros sufrimientos en los primeros días y, como acto de solidaridad a favor de aquellos que habían desembarcado, decidimos realizar una acción bien audaz que no era, desde el punto de vista militar, correcto hacerlo, y fue sencillamente atacar una unidad que estaba bien atrincherada en la orilla del mar.

No voy a dar más datos. Como resultado de aquel combate que duró tres horas, y tuvimos bastante suerte, porque habíamos logrado neutralizar las comunicaciones, y después de tres horas, cuando terminó aquel combate en que él tuvo, como siempre, una actitud destacada, estaban muertos o heridos una tercera parte de los combatientes que participaron en esa acción, cosa no muy usual; entonces él, como médico, atendió a los adversarios heridos —había adversarios que estaban vivos y no estaban heridos; pero había un número elevado de heridos, y él los atendió— y atendió a los compañeros que estaban heridos (Aplausos).

¡No se imaginan ustedes la sensibilidad de aquel argentino! (Aplausos.) Y hay algo que me viene a la mente: un compañero, cuya herida era mortal, y él lo sabía; en aquel momento el lugar debía ser abandonado rápidamente, porque muy pronto, no se sabía cuándo, aparecían los aviones; milagrosamente no aparecieron durante aquel combate, porque era lo primero que aparecía a los 20 minutos; pero creo que tuvimos la suerte de destruir las comunicaciones con algunos disparos certeros. Dispusimos de ese tiempo, pero había que atender a los heridos, retirarse rápidamente. Y no se me puede

olvidar, y me lo contó él, cuando un compañero que iba a morir inexorablemente... No se podía movilizar; hay heridos más graves que usted no los puede movilizar, tiene que confiar ahí, puesto que usted ha atendido los adversarios, ha logrado un número de prisioneros, prisioneros que nosotros siempre respetábamos; no hubo un solo caso jamás que un prisionero en un combate fuese alguna vez maltratado o ejecutado (Aplausos). Nosotros les entregábamos, incluso, a veces, nuestros medicamentos, que eran muy escasos.

Esa política, sinceramente, nos ayudó mucho al éxito en la guerra, porque usted en cualquier lucha debe ganarse el respeto del adversario (Aplausos). En cualquier lucha —lo vuelvo a repetir—, de una forma o de otra, el comportamiento de los que defienden una buena causa, debe dirigirse a ganarse el respeto del adversario.

En aquella ocasión, tuvimos que dejar un número de compañeros heridos que no podían evacuarse, entre ellos algunos muy graves. Pero lo que me impactó fue cuando me contó, con dolor, recordando aquel momento en que sabía que no tenía salvación posible, él se había inclinado y le había dado un beso en la frente a aquel compañero, que, herido allí, sabía que inexorablemente moriría (Aplausos).

Son algunas de las cosas que les menciono del Che como hombre, como ser humano extraordinario.

Era, además, un hombre de elevada cultura, era un hombre de gran inteligencia; ya mencioné su tesón, su voluntad. Cualquier tarea que se le asignara, después del triunfo de la Revolución, era capaz de aceptarla. Fue director del Banco Nacional de Cuba, donde hacía falta un revolucionario en aquel momento, y en cualquier otro, desde luego; pero acababa la Revolución de triunfar y los recursos con que contaba eran muy pocos, porque las reservas se las habían robado.

Los enemigos bromeaban, siempre bromean, también nosotros bromeamos; pero la broma, que tenía una intención política, se refería a que un día yo había dicho: Hace falta un economista. Pero entonces se habían confundido y creyeron que yo decía que hacía falta un comunista, y por eso es que había ido el Che (Aplausos). Pues el Che era un revolucionario, era un comunista y era un excelente economista (Aplausos); porque ser economista excelente depende de la idea de lo que quiera hacer quien dirige un frente de la economía del país y quien dirige el frente del Banco Nacional de Cuba, así que, en su doble carácter de comunista y economista; no es porque se hubiera llevado un título, sino porque había leído mucho y observaba mucho.

Che fue el promotor del trabajo voluntario en nuestro país, porque todos los domingos se iba, un día a hacer trabajo en la agricultura, otro día a probar una máquina, otro día a construir. Nos dejó la herencia de aquella práctica que, con su ejemplo, conquistó la simpatía o la adhesión, o la práctica para millones de nuestros compatriotas.

Son muchos los recuerdos que nos dejó, y es por eso que digo que es uno de los hombres más nobles, más extraordinarios y más desinteresados que he conocido, lo cual no tendría importancia si uno no cree que hombres como él existen por millones y millones y millones en las masas (Aplausos).

## **HE SOÑADO CON MI PAPÁ**

*Vestida con su larga bata blanca, la doctora Aleida Guevara March se incorpora cada mañana al diario ajetreo del hospital capitalino William Soler, principal centro donde se atienden niños alérgicos en La Habana, especialidad en la que se desempeña como pediatra.*



*La mayor de las hijas del segundo matrimonio del Che es una mujer sencilla que no usa adornos, muy conversadora, aunque sería a primera vista.*

*Su experiencia como médico la ha llevado a lejanas tierras del mundo como Angola y Nicaragua, países donde trabajó junto a otros internacionalistas cubanos.*

*En una oficina que pidió prestada conversamos por más de una hora de su papá, ya no como en su infancia cuando pensaba que en cualquier momento podía llegar. Hoy, Aleidita afirma estar segura de que ese hombre la amó y que ella lo ama con más fuerza que cuando tenía seis años.*

***Teniendo en cuenta que ustedes, los cuatro hermanos, crecieron sin la presencia de su padre, ¿cómo hablaban de su papá cuándo eran pequeños y se reunían en casa?***

Realmente, nosotros fuimos niños con una infancia muy tranquila, muy feliz. La que tenía presente a mi papá todo el tiempo era mi mamá y la que nos lo hacía sentir era ella. De una manera muy sutil debe haber trabajado, porque yo a los cinco años sabía los gustos de mi papá, y prácticamente no había vivido con él. Desde ese sentido, ella hace una labor muy bonita. Yo no recuerdo a mi mamá hablar: «Tu papá tal cosa». No. Era algo cotidiano, como si mi papá estuviera presente, como si ahorita llegara, porque de pronto hacía una anécdota o mostraba algo, a mi papá vivo. Donde si ella fue un poco parca, según mi opinión, fue en la cuestión personal de mi papá con ella. Eso lo vine a conocer siendo una mujer; sin embargo, siempre es muy grato para un adolescente, un joven, saber que tú eres el fruto de un verdadero amor, que no viniste a este mundo por casualidad, y porque pasó. No. Viniste porque un hombre y una mujer se amaron intensamente y tú eres el lógico fruto de ese amor, y eso yo no lo vine a saber hasta que fui una adulta. Yo sabía que se amaban, pero cómo se amaban no lo supe hasta años después. Eso es lo único que en alguna ocasión yo le he reprochado a mi mamá. Es una mujer que respeta mucho su privacidad, su vida privada es muy de ella, y no la comparte prácticamente con nadie, pero hay cosas que uno necesita saber, sobre todo los hijos, y esa es una de ellas. Entonces, en algunos momentos, mi mamá se ha soltado y ha hecho algunas declaraciones. La última fue para mí muy importante. Fue justo cuando íbamos a recibir los restos de mi papá. Cuando íbamos en el ómnibus que nos llevaba al Ministerio de las Fuerzas Armadas para volver a esperarlos allí, ella dijo: «Pensar que ese hombre me acarició, que ese hombre cargó a mis hijos y ahora solo verlo así». Era una sensación demasiado fuerte al punto tal que la hizo hablar, que mi mamá no habla. Mi mamá es muy cerrada en sus sentimientos; a veces uno tiene que adivinar lo que está sintiendo, pero fue un momento muy duro. Sin embargo, en la adolescencia fue todo lo contrario.

Yo creo que comencé a extrañar la presencia de mi papá ya siendo una adolescente, porque mientras tanto yo lo tenía ahí, no físicamente, pero todos los días había algo, que surgía, relacionado con mi papá. Estaba ahí, y yo sabía cómo tenía que comportarme para que también se sintiera orgulloso de mí, contento de que su hija fuera capaz de ser útil, y comportarse bien en la escuela. Esas son las cosas que nos enseñaron desde muy pequeños a nosotros, y hacen que tengamos una vida y una infancia muy bonita, muy tranquila. Ahora es que tú me ves hablando con periodistas, porque en mi infancia y en mi juventud, jamás. Nosotros no sabíamos lo que era eso porque apenas nos conocían aquí en este país. Es decir, los hijos del Che estaban, sabían que existían, pero nada más. Y lo mismo estaba en una guagua, que en el estribo de la guagua, que fajándome con alguien en plena calle, discutiendo con alguien o trabajando en el hospital, aquí con mis propios compañeros. Cuando por primera vez salí en una entrevista por la televisión, vino una cirujana y me dijo: «no te perdono que durante dos años tú hayas trabajado conmigo y no me hayas dicho que eres la hija del Che». Y le digo: «¿Pero trabajamos bien?». «Sí». «¿Yo te he sido útil?». «Sí». «¿Nos

llevamos bien en el trabajo? «Sí». «Entonces, a ti qué te importa de quién yo soy hija, muchacha, lo importante es lo otro». Era la sensación de vivir con una tranquilidad de espanto.

Mi infancia fue así, mi mamá nos enseñó igualdad de derechos y de condiciones, y nos enseñó a respetar eso. No podíamos permitir privilegios nunca, pero tampoco que nos exigieran más de lo que éramos capaces de dar.

*¿Entonces no tuvieron ningún privilegio, ni tú ni tus hermanos, por ser los hijos del Che?*

Yo creo que sí los tuvimos, que a pesar de todo tuvimos privilegios porque, mira, el que alguien sepa que tú eres la hija del Che y te venga a abrazar, a besar y te cuide, e intente que tú te sientas mejor y estés bien cuidada y que traten de hacer algo para darte lo que no le pueden dar a mi papá, porque de alguna manera se sienten obligados a dárnoslos a nosotros, en ese caso tuvimos un privilegio tremendo, que es el amor. El amor sin habértelo ganado, simplemente porque eres hija del Che y que la gente te quiera por eso, gratis. Entonces, eso es un gran privilegio. Desde el punto de vista material no, si en la época de los años 70 que tú sabes que aquí la escasez era más que la que tenemos actualmente, yo tenía dos blumers y dos ajustadores, me los robaron en la Escuela de los Camilitos y me quedé a pelo una semana hasta que la escuela me facilitó otro blumer y otro ajustador. Me lo quitaba, lo lavaba, lo secaba y me lo volvía a poner. Yo recuerdo a mi mamá haciéndoles calzoncillos a mis hermanos, de blusas viejas de ella, a mis dos hermanos varones, y eran hijos del Che igual, y eso nos dio tremenda dignidad y tremenda fuerza. Primero, porque en nuestra educación no le fallamos a mi papá; es decir, mi mamá mantuvo las pautas, por lo menos las más importantes las mantuvo. Nosotros nos sentíamos como gentes normales de este pueblo, sin ningún tipo de diferencia; lo que pasamos, lo pasamos juntos. Cuando en el país empezamos a disfrutar de algunas cosas, también nosotros disfrutamos, no digo que no. También nosotros disfrutamos de la mejoría de los años 80. Ahora estamos pasando el período especial igual que todo el mundo.

En estos momentos puede que me veas con dos o tres blusas de algodón, que me las regalaron porque como tengo que estar saliendo a cada rato, no puedo ir como una miserable, ¿no? Tengo que ir presentable, pero así y todo, una periodista española, en Islas Canarias me hace una entrevista y cuando leo lo que la mujer escribe digo: «Pero qué clase de imbécil es esta muchacha; dice que me vio vestida tan sencilla que demostraba la humildad de mi pueblo». ¡Coño! Si estaba vestida con una chaquetica de seda, la mejor que tiene mi hermana, que por cierto no se la he devuelto, y todavía la tipa me dice que estoy vestida muy humilde. ¿Qué sabe ella lo que es vestirse con humildad entonces, caramba?

Yo no uso joyas, pero si tú eres periodista podrías preguntarme: ¿Te gusta o no te gusta usarlas? ¡Ah! Conclusiones a la que llegó: que mi pueblo es tan pobre que yo no puedo usar joyas. Error, porque aquí el que más y el que menos tiene algo que ponerse y eso es verdad, pero a mí no me gustan, no me dicen nada, absolutamente nada.

Mi hermana, sin embargo, todo lo que le llega y le gusta, se lo engancha, porque le gustan. Yo le digo la gitana. Pero algo me gustó de lo que esta mujer dijo porque a pesar de que en estos momentos yo tengo dos o tres mudas de ropa mejores, no me he desligado de la realidad de mi pueblo, todavía la gente me sigue viendo con la misma sencillez con la que nosotros hemos vivido.

*¿Nunca usas aretes, ni te maquillas?*

Sí me maquillo, pero muy pocas veces. Primero, yo soy muy alérgica. Yo soy asmática como mi papá, una herencia que me dejó, por eso me maquillo poco.

Me gusta mucho lo natural en la persona, y no llevo adornos. No es que me crea bonita, ni cosa por el estilo, porque no lo soy, pero es que no me gusta. Mi papá decía, por ejemplo, de los aretes, que es casi criminal abrirte un hueco más en el organismo, y yo creo que es cierto. Tenemos una cantidad de huecos que para que te vas a abrir dos más, eso para mí es subdesarrollo. A mis hijas yo las respeto. Ellas, cuando tenían cinco años me dijeron: «Mamá, me quiero abrir las orejas». «¡Ah, bueno, mis hijas, ábranse sus orejas!, son suyas». Yo di mi criterio, usted tiene el suyo, usted hágalo, ese es su derecho. Mi hermana las llevó, les abrieron las orejas, por desgracia para ellas, las dos son tan asmáticas y tan alérgicas, como yo. Resultado: se les pudrieron las orejas y se han quedado sin poder ponerse aretes, pero esa fue su voluntad. Mi papá dijo que cuando fuéramos adultas si nosotros quisiéramos que nos abriéramos las orejas, pero que él no cometía ese crimen, cosa de la que me alegro, ¿no?.

*Aleidita, ahorita decías que tú mamá, al final, se había abierto con ustedes. ¿Nunca te ha contado como fue el momento en que surgió la atracción entre ella y tu papá?*

Mira, ella como tal, no. Sé que se lo contó a Enrique Oltusky, él va a publicar en una revista unos cuantos artículos sobre la vida personal, o más humana, de mi papá; y, entre ellos, tiene esa anécdota que mi mamá se la contó.

También lo supe por una amiga de mi mamá, a quien ella se lo contó. Ellos se fueron enamorando en una situación que une mucho a los hombres: la guerra. Ahí se conocieron. Y mi papá creo que la respetó y la admiró muchísimo, por lo que él escribe sobre ella y que yo pude leer después. Realmente la amaba y la aprendió a respetar y admirar como mujer. Fíjate que mi papá venía con otro patrón de lo que es la belleza femenina, porque en Argentina las mujeres son muy europeas, muy delgadas, muy esbeltas, y mi mamá no es nada de eso. Cuando era joven no era gorda, pero era una mujer envuelta en carnes, con cadera ancha, senos abundantes... Sin embargo, él aprende a ver la mujer real que hay en esa compañera y se enamora de ella. Mi mamá, cuando sube a las montañas del Escambray, no es una comunista. En ese momento, decir comunista en este país era como decir una mala palabra. Ella quizás aprende con mi papá qué era ser comunista. Mi mamá lo que siempre fue muy patriota, muy cubana, y antimperialista, hasta la última potencia. Mi papá es quizás el primer ejemplo que ella ve de lo que realmente era un comunista, y ella lo amó por ser como era, valiente, decidido, muy justo, muy humano. Sobre todo eso: muy humano, y están juntos en momentos muy difíciles. Hay una anécdota que a mí me encanta: es cuando ellos van bajando de donde muere el Vaquerito, van a tomar la calle Independencia, en Santa Clara, y en ese momento viene bajando una tanqueta, pero no dispara. Mi mamá cruza la calle, no se da cuenta y, cuando mira, ve que mi papá se ha quedado detrás con el grupo de compañeros esperando a ver cómo reacciona la tanqueta. En fracciones de segundo, ella piensa, si la tanqueta sigue bajando y dobla por donde está mi papá puede disparar contra ellos, y mi papá no conoce las personas de la ciudad, no sabe quién puede ayudarlo y quién no. Mi mamá sí, porque ella era combatiente de la clandestinidad, y sabe en la puerta justa que puede tocar para esconderse. No lo piensa más, vuelve a atravesar la calle para unirse a mi papá y poderlo cuidar. Eso, solamente lo hace una mujer muy valiente o una mujer muy enamorada.

Creo que esas son cosas que los unieron. Mi mamá siempre ha sido una mujer muy valiente, pero además ha defendido lo que ama con mucha fuerza, te lo digo por experiencia. Así que todas estas cosas se mezclaron. Ella conoce a mi padre, están combatiendo, él se enamora de ella y así comienza una relación de ayuda y que sé yo...

*¿Eso comienza en el Escambray?*

En la toma de Santa Clara, ya eso es saliendo de la toma de Santa Clara. Llegan a La Cabaña y ahí realmente es donde se conocen como hombre y mujer y, bueno, se casan. Nací yo, después Camilo, después Celia y después Ernesto.

*Aleidita, además de tu mamá, ¿a qué otras personas le agradeces hoy ese conocimiento y ese amor que sientes por tu padre?*

A mucha gente, realmente yo no te puedo enumerar a toda la gente que ha influido en mí en ese sentido. Mira, tú sabes, alguien que apenas habla de mi papá, Fidel. Si me ha contado una o dos anécdotas de mi padre, yo creo que es mucho. Prácticamente, él nunca ha tocado ese tema conmigo. Un hombre que, además, ha estado muy cerca de mí en todos los momentos más lindos y más tristes de mi vida.

Cuando murió mi papá, él intentó darme la noticia. Mamá no se lo permite, pero entonces él me prepara para recibirla. En mis primeros cumpleaños después de muerto mi papá, yo siempre almorzaba o cenaba con él; o él me partía un keisito en su casa. Es una relación muy linda con mi tío y, sin embargo, prácticamente yo no puedo recordar anécdotas contadas por él sobre mi papá. Le cuesta trabajo, parece que no es un tema fácil para él, por lo menos conmigo. Raúl sí me ha contado algunas anécdotas. Ramiro también. Ramiro me ha contado algunas que me han dado muchísima gracia. Esas son personas que han estado muy cerca de mí, pero no han hecho mucho hincapié en mi papá como tal, nos han querido por ser hijos de ese hombre que fue su amigo, y han tenido una relación muy bonita con nosotros. El papel más importante se lo doy a mi mamá, que fue todos los días de la vida. Pero también hay gente como mi tía Estela que quería mucho a mi papá y hablaba con mucho cariño de él. Mi abuela, la madre de mi madre, también adoraba a mi papá, y hacía muchas anécdotas de la casa.

*¿Decías que Fidel te había preparado para darte a conocer la noticia de la muerte de tu papá?*

Sí. Él nos llamó el día anterior a mi hermana mayor, Hildita, y a mí, y nos dijo que había recibido una carta de mi papá, cosa que no era real, que decía que si algún día nosotros recibíamos la noticia de que él había muerto en un combate, no debíamos llorar por él, porque a un hombre, cuando muere como quiere morir, no se debe llorar, y hay que respetarlo. Es decir, nadie debe sentirse triste por la pérdida de este hombre, porque él ha hecho lo que quería hacer, él ha hecho lo que quería con su vida, y eso hay que respetarlo en los seres humanos. En alguna medida, ese es el resumen de lo que mi tío me dijo aquella noche, y me sirvió. Además, me dijo: «Si algún día ustedes reciben esa noticia, ustedes me dan su palabra de pionera que no van a llorar», y yo salté, como siempre lengua larga, y le dije: «Pero yo todavía no soy pionera». «Bueno, su palabra revolucionaria». «¡Ah, esa sí te la doy! Ya lo era, ¿no?

Entonces, al otro día, mi mamá me da la noticia, de una manera muy especial, porque yo no recuerdo que mi mamá me haya dicho tu papá murió, o algo muy doloroso te tengo que decir. Me lee la carta de despedida que nos escribió mi papá, y yo uní la parte de arriba y la parte de abajo: «Cuando lean esta carta será porque ya yo no esté entre ustedes», y después: «Reciban un beso grandote de papá». Es una despedida, y me di cuenta de que ya nunca más iba a tener papá, que ya lo había perdido, sentí dolor, yo recuerdo que sentí dolor. Claro, también tienen que darse cuenta que mi madre, que es el ser más importante en mi vida en este momento, está muerta en llanto. Está que no puede más y eso también me conmueve mucho y un poco que voy a llorar, cuando me acuerdo de mi otro papá que es Fidel y me incorporé en la cama y le dije: «No podemos llorar mamá, mi padre ha muerto como quería y cuando un hombre muere así, no se puede llorar por él». Y a mi mamá le impactaron aquellas palabras,

porque yo tenía seis años. Lo que pasa es que ella no sabía que yo estaba repitiendo lo que mi tío Fidel me había dicho el día anterior, ¿no? Es un gran respeto y una gran admiración que siempre he sentido por ese hombre y voy a sentir hasta los últimos momentos de mi vida.

*Cuando has leído la carta de despedida, ¿nunca has tenido la impresión de que tu papá estaba seguro de que iba a morir?*

¡No, hombre, no! El problema es que mi papá era un guerrillero y él lo había dicho muchos años antes de la Revolución cubana, «en una Revolución se triunfa o se muere si es verdadera», pero un guerrillero no va a morir, un guerrillero va a luchar y a tratar de lograr la victoria, esa es la vida del hombre.

*Ustedes, ¿nunca le han cuestionado a su papá, Aleidita, que se haya ido y los haya dejado?*

Mi madre siempre explicó, muy claro, por qué lo hizo, y nos dijo que éramos gente importante en la vida de mi padre, pero que, para un comunista, las cosas personales son secundarias, que cuando el problema implica a más hombres ese es el primer problema que hay que resolver. Él, además, sabía que sus hijos quedaban en las manos de una mujer a la cual respetaba y amaba. Mi mamá quería ir con mi papá y él se lo impide, porque en la única que confía para que eduque a sus hijos es en ella, y así se lo hace saber, por eso la deja en Cuba. Mi papá deja segura nuestra existencia, nos deja en un pueblo que nos quiere y donde vamos a tener lo necesario para hacernos personas. Él, al final de la carta, nos deja escrito lo que espera de nosotros, lo que aspira que nosotros seamos en un futuro.

*Aleidita, ¿qué sentías cuando de niña tenías que repetir el lema que han dicho todos los niños cubanos en la escuela?*

Pues muchísimo orgullo: «Pioneros por el comunismo, seremos como el Che». Muy bien.

*En algún momento, ¿tuviste alguna contradicción contigo misma porque querías ser igual que tu papá, o sentiste alguna presión porque debías ser igual que él?*

Otra vez pasamos a mi mamá. Ella fue una mujer muy inteligente, en ese sentido, para educarnos. El hacernos saber que nosotros éramos personas diferentes, que somos entes individuales y que nos comportamos como tal. Mi mamá marcó pautas: «¿Qué tú tienes que hacer con tú vida? Lo que tú puedas, pero lo mejor que tú puedas». «¿Cuál es el objetivo de tu vida? Ser lo más útil posible a otro ser humano. No importa lo que hagas. Eso no importa, lo importante es que te sientas útil, necesaria para otro ser humano». Mi mamá se graduó de maestra, de educadora, con sus hijos.

Nosotros somos hijos de un hombre extraordinario, al cual admiramos. Sabemos que estamos a años luz de ser como él, desgraciadamente. Un hombre que se exigía tanto y que era tan limpio y tan puro es muy difícil de igualar, y nosotros no tenemos ni esa pureza ni esa cosa linda como ser humano, falta mucho para poder decir que me parezco en algo a mi padre, pero sé cuales son mis posibilidades y los límites míos como ser humano, yo los conozco. Trato de nunca hacer daño a nadie; todo lo contrario. Me siento muy satisfecha cuando cumplo con mi deber de ciudadana, de persona honrada, y cuando le hago bien a alguien me siento muy satisfecha conmigo misma. Ese es el mayor premio que obtengo cuando hago algo bien hecho. Entonces, sé que no soy ni el dedo gordo de mi papá, pero estoy confiada en que él estaría contento conmigo. Yo encontré lo que me gusta hacer. Lo hago, y trato de que salga lo mejor posible. Amo a mi gente, vivo muy bien con mi pueblo y defendiendo a mi Revolución en todos los lugares donde me pare; con una convicción tremenda, porque realmente lo

siento. Mi mamá educó a sus cuatro hijos; ella, como campesina, lo aspiraba y lo logró, y los cuatro estamos integrados al proceso revolucionario. De los cuatro, tres somos internacionalistas. Celia es médica veterinaria, nadie la pidió, pero hizo su servicio social en las montañas del Escambray dos años; es decir, hemos cumplido con las cosas normales de un joven cubano.

Lo que sí, en un momento determinado de la adolescencia, me pregunté: ¿Por qué yo quiero a mi papá? Si el amor es una cosa diaria de convivencia, no porque alguien te haya engendrado. Eso no es así, tienes que ganártelo. Tengo que sentir que tú también me amas y yo te correspondo. Entonces, ¿por qué yo amaba a mi papá? Llegué a una conclusión lógica, mi mamá hizo que lo amara, ella me lo mostró todos los días de mi vida.

Y como me eduqué como una joven revolucionaria, yo sabía que el único tributo que yo podía darle era ese amor. Aprendí a amarlo de niña y, de adulta, he sacado de mi memoria todos los pequeños momentos que yo disfruté con él y sé que me amó. Yo tengo esa sensación y, entonces, ahora lo amo con mucha más fuerza que cuando tenía seis años.

*¿El hecho de que tú seas la que más vida pública hace, obedece solo a una decisión de familia?*

Obedece a que mis hermanos son mucho más parcos de palabras que yo. Siempre me he caracterizado por hablar demasiado, dice mi madre. Y, realmente, siempre he sido muy conversadora; mis hermanos no tanto, quizás tengan un poco más de miedo escénico. Camilo ayer decía que él envidiaba mi memoria privilegiada, porque me acuerdo de montones de cosas y él no, pero lo que pasa es que como yo soy del sexo opuesto a mi papá, quizás él me llamaba más la atención que mi mamá. Mientras que mi hermano Camilo era mucho más de mi mamá.

*Aleidita, los cubanos vemos al Che como el hombre casi perfecto, tan sublime que a veces se corre el riesgo de idealizarlo. ¿No crees que ello se puede convertir en un boomerang contra su propia figura?*

Yo pienso que el amor nunca hace daño, el amor es la sensación más linda que puede tener un hombre, y cuando ese amor se une, además, al respeto y a la admiración es algo muy importante. Lo que pasa es que debemos tener siempre muy presente la personalidad de este pueblo, como bien decía Máximo Gómez: «El cubano o se pasa o no llega, pero en el justo medio es muy difícil encontrarlo». Creo que tienes razón en ese sentido, hay que tener algunos cuidados. Yo pienso que idealizar a la gente siempre es malo. Es un hombre. Lo lindo que tiene es que es un hombre, y que sea tan completo es lo que hace que tú te tengas que esforzar mucho más en tu vida para poder llegar a asemejarte a él. Es una sensación muy linda esa. Hay que tener presente siempre su propia vida, lo que él quería que hiciéramos como seres humanos. Entonces, no podemos equivocarnos, porque si alguien era ajeno a todo ese tipo de cosas, era mi papá. Si alguien no aceptaba ningún tipo de adulación, ni nada de eso, era mi papá. Si de verdad lo queremos, hay que estudiarlo profundamente, saber realmente lo que él esperaba de cada uno de nosotros. Así, lo estamos amando de verdad y lo estamos llevando a la práctica, y es lo más importante porque entonces el Che no morirá nunca, porque como dice esa milonga que a mi me encanta: «Cuando tú eres capaz de hacer lo que yo hacía, pues yo seguiré viviendo en ti, porque tú continúas mi obra». Eso es lo más importante, el llevar el Che a la práctica todos los días de la vida. Pero siempre habrá hombres en este país con la cabeza muy bien puesta y muy bien despejada como para atajar cualquier dificultad de idealizar demasiado la figura o de convertirla en algo que sea más bien estético y no profundo.

*Tú sabes que hoy en Bolivia hay personas que ven al Che como un santo. ¿Cómo tú interpretas esto? ¿Te molesta realmente que sea así?*

San Ernesto de la Higuera le llaman a mi papá. Mira, yo soy una mujer totalmente atea. Creo en el hombre única y exclusivamente. Esto también me da la posibilidad de respetar las creencias de todo el mundo. Si tú crees en otra vida sobre esta tierra, si esa es tu posibilidad y lo que tú quieres sentir, perfecto. Pero no quiero que mi padre se convierta en un santo, porque a veces lo comparan también con Cristo, le dicen el Cristo del siglo XX, y no me parece justo. Cuando tú lo pones a esa altura lo alejas demasiado del ser humano real que fue. Pero eso no me molesta, en última instancia me preocupa que la gente se ciegue, que la gente se enajene, que la gente se vaya por el camino más fácil o por el que le indican que tiene que ir. Yo quiero que las personas que tengan, por lo menos, conciencia social, lo tengan presente, pero como un hombre, como el hombre del siglo XXI. El hombre más completo que yo he conocido.

Para mí, considerarlo divino es quitarle algo que el amor le provocó, que es el odio a aquellos que buscan hacerle daño al ser humano, y esa cualidad no la puede tener ningún santo.

*¿Nunca te has puesto un pulóver con la imagen de tu papá en el pecho?*

¡Hombre! La Unión de Jóvenes Comunistas me regaló una vez uno o dos pulóveres de estos con la imagen de mi papá y la verdad que me resolvieron tremendo problema, porque en el año 92 y 93 yo no tenía ni ropa que ponerme y el pulóver negro, para hacer guardia aquí en un cuerpo de guardia, me resolvía a las mil maravillas. Pero también me trajo algunos problemas, porque no me parezco mucho a mi papá, pero tengo algunos rasgos de él. Y en una ocasión yo estaba atendiendo a un niño que tenía una amigdalitis y el niño no quería ponerse la penicilina, y yo le doy una arenga y le digo: «¿Tú quieres que yo te la ponga?». «Tú, sí». Voy para la enfermería, le digo a la madre: «Póngaselo ahí en las piernas». Un niño ya bastante grandecito. Preparo mi jeringuilla. Cuando estoy inyectando al niño, la madre mira el pulóver, me mira a la cara, vuelve a mirar al pulóver, me vuelve a mirar a la cara y me dice: «¡Cómo! Doctora, ¿usted es hija del Che?». «Pues sí, una de ellas». Y sigo inyectando al niño. «Déjeme abrazarla». «Espérese un momentico, déjeme terminar de inyectar a su hijo». Eso de identificarme con la foto de mi papá me ha pasado, y esas son las consecuencias de usar el pulóver. Nada más. Realmente no me gusta mucho, para ser sincera. Pero tampoco... Lo llevo en mi pecho de todas maneras, que lo lleve fuera no tiene problemas.

Estas cosas me hacen recordar una anécdota de una amiga de la familia. Dice que un día llegó a la casa cuando mis padres vivían todavía en Miramar, y allí había muchos becados. Entonces, por la calle andaba un grupo de muchachos que decían: «Cuchillo, cuchara, que viva el Che Guevara», y dice que ella se lo encuentra detrás de la ventana muerto de risa también: «Cuchillo, cuchara, que viva el Che Guevara». Estaba divirtiéndose de lo lindo con las boberías esas. Yo pienso que lo importante es que esa imagen no se quede fuera de tu persona, sino que te vaya calando poco a poco. Si es así, bienvenido sea.

*¿Dicen que eres una mujer de carácter fuerte y muy exigente como tu papá?*

Mira, tengo a veces mal carácter. Debe ser por mis abuelos catalanes, el padre de mi mamá era catalán. Más la mezcla que debo tener del sur, de indio y español también. A veces, sí, tengo mal carácter, pero por lo general me estoy sonriendo siempre, y tengo fácil la risa.

Me gusta decir lo que pienso. Soy muy crítica y reconozco que siempre es más fácil criticar desde una posición donde tú no estás haciendo las cosas. Fuera del ring uno ve mejor la pelea.

***¿Eso te ha traído dolores de cabeza o te han sobrellevado por ser la hija del Che?***

Pienso que hay de las dos cosas. En algunos casos, me han tenido que sobrellevar, perdona la palabra, pero hay gente que son pendejas y el hecho de ser hija del Che eso significa ¡cuidado! No meterse conmigo, porque vamos a ver. Hay otros que no.

***¿Qué haces con esa gente?***

Las ignoro. Simplemente las ignoro, para mí no tienen ningún valor como seres humanos. Pero he conocido a gente muy valiosa, que me han ayudado mucho a tener la capacidad de entender a otros, de aceptar las deficiencias de otros, porque yo también las tengo y debo convivir con ellos. Pero a esos seres humanos yo los respeto y son mis amigos; que me digan: «Aliusha, creo que estás fallando». Así vas aprendiendo a ser tolerante con lo tolerable, e intolerante con lo que no se puede permitir. Hay un dicho en este país que a mí me encanta: «Dichoso aquel que sepa dar sin recordar y recibir sin olvidar». Cuando leí el libro *Así se templó el acero*, aprendí una frase que nunca voy a olvidar. Dice que hay que vivir de forma tal, que al morir no se sienta un dolor torturante por los años pasados en vano.

***Una mujer que despide tanto amor al hablar, ¿ha tenido la misma suerte en su vida personal?***

Realmente, no me puedo quejar, porque he sido amada y he amado, lo malo de esto es que no me ha durado. El tiempo fue demasiado corto, pero amé a un hombre y también logré tener algo muy importante para mí, que son mis dos hijas.

***¿Les hablas mucho a tus hijas de tu papá?***

Sí. Les hablo de los abuelos, porque por suerte para ellas y desgracia en este caso, los dos abuelos cayeron juntos en Bolivia, los dos masculinos. Les hablo por supuesto más de mi papá y ellas lo quieren y lo respetan mucho. A veces quisieran conocerlo y me dicen: «Mamá, ¿por qué no conozco a mi abuelito, por qué no está conmigo?»

***Podrías explicar, Aleidita, qué quiso decir tu hermano Camilo en una ocasión, cuando al hablar de la prematura muerte de tu papá te dijo: «Si estuviera vivo no fuera nuestro padre».***

El problema es que yo le dije: «Oye, Cami, si papá estuviera aquí, cómo podríamos hablar con él de problemas económicos, para aprender», y él me dijo: «Aliu, si fuera así, no fuera nuestro padre», porque mi papá ya había decidido cuál era su camino. Es decir, si no hubiera muerto en Bolivia hubiera ido a otro foco guerrillero, mientras la edad se lo permitiera y, si no, estuviera formando hombres para la guerrilla. Y si hubiera triunfado en otro lado, estuviera ayudando a hacer esa revolución. Quiso decir que ese era el camino de mi papá, que esa era la vida que él había elegido. Así que, si estuviera ahora al lado nuestro, a lo mejor como ministro en este país, no sería el mismo hombre que tanta gente admira y respeta, por esa disposición que tuvo de dejar todo lo que le era cómodo materialmente, para irse nuevamente a encender un hachón guerrillero.

***De todas las campañas difamatorias que hoy se tejen en el mundo relacionadas con tu papá, ¿cuál es la que más te mortifica?***

Pues esa de que el Che y Fidel discutieron. Que si mi tío es el responsable de la muerte de mi papá porque lo abandonó, porque... ¿qué se yo? Eso me da asco, primero, porque es una falta tremenda a un hombre como Fidel; simplemente demuestra un



total desconocimiento de ese hombre; y segundo, porque pintan a mi papá como un mentiroso, porque si tú lees la carta de despedida entre esos dos hombres, te percatas de cuál era la relación que existía entre ellos. Es todo lo contrario, de respeto, de admiración, amor. Para mí, es muy hiriente porque te lo dan como una afirmación, y no es verdad, es totalmente ajeno a la realidad. Y lo único que digo es: juzguen ustedes mismos: veinte, veintisiete años de muerto mi papá, me casé yo, por ejemplo, y yo no me podía casar hasta que mi tío no llegara a mi casa, porque él tenía que estar presente en mi boda. Cuando yo parí a mi hija mayor, al otro día estaba mi tío en el hospital discutiendo conmigo el nombre de mi hija. Él quería ponerle el nombre a mi hija.

*¿Qué nombre le puso?*

No, no pudo ponerle el nombre, ahí fui tozuda. El problema es que yo había quedado con el papá de las niñas en un nombre. Estefanía se llama mi hija y ese nombre lo eligió el padre, porque si nacía varón yo quería ponerle Ernesto, entonces él dijo: «Si es hembra yo le pongo Estefanía». El no estaba en Cuba en ese momento, si no mi hija se llamaría Victoria, porque lo más seguro es que Julio hubiera accedido ante Fidel por la insistencia de él de ponerle el nombre a la niña.

*Ahorita me hablabas del amor y de la pasión que sentía tu mamá por tu papá. ¿Por qué, entonces, tu mamá prefiere estar hoy en el anonimato?*

En primer lugar, por respeto a mi papá; es decir, ella es una persona de este pueblo que respeta y admira a mi papá, que lo conoce perfectamente bien; creo que de las personas vivas que conocieron a mi papá, ella es quien más lo conoce, o quien lo conoce más completamente. Mi mamá es una mujer de origen campesino, muy valiente, pero muy tranquila.

A veces puede ser de carácter fuerte y de decisiones fuertes, pero generalmente es una mujer de su familia, de trabajar tranquilamente, nada más. Ella no aspira a grandes cosas en la vida, ella no aspira a nada más. Es suficiente para ella saber que ha sido amada y que amó. Suficiente para ella saber que sus hijos son hombres útiles a la sociedad donde viven. Entonces, lo importante no es estar saliendo, hablando, lo importante es hacer, crear, y eso ella lo ha hecho. Nos ha criado a nosotros y actualmente ha tratado de crear un centro de estudios para que quienes quieran profundizar en la vida de mi padre tengan esa posibilidad.

*En algún momento, cuando has estado a solas, ¿has tenido alguna conversación muy íntima con tu papá?*

Pues mira, cómo explicarte, cuando tú tienes creencias bien firmes, de que solo se vive en la tierra, y de que solo en vida puedes sentir las sensaciones que te da la naturaleza, no puedes conversar con un hombre que no está vivo. No, no puedo, no está dentro de mis posibilidades hacerlo. He soñado con mi papá, eso sí, y he tratado siempre de ser digna hija de los dos, de mi padre y de mi madre. He tratado siempre de ser digna hija de este pueblo, que me parece que ya es bastante. En ese caso, he intentado conocer mejor a mi papá, saber cómo era, palpar esa vida, sentir la mía, e intentar ser lo mejor posible con la mía. Es posible que ese sea un tipo de conversación, porque lo tienes presente siempre. No como una imagen, y no como alguien que se te puede presentar, sino como alguien que tú llevas dentro todo el tiempo, y cada una de las cosas que haces es juzgada por ti misma bajo ese parámetro. Ahora mismo, yo recibo una pequeña donación monetaria, como toda persona de este mundo, yo necesito también cosas, ¿me entiendes? Y yo, en un momento determinado, pudiera pensar en usar algo de este dinerito, no sé... para comprar unos caramelos, unos chocolates para los niños, y no puedo. Es decir, es una cuestión de principio interno que te has formado; o sea, sería una falta de respeto a mi persona, pero también lo sería a mi papá. No es mío, yo

soy simplemente la portadora. Cada cosa en la vida, tú la vas analizando por lo que te enseñaron y por lo que tú sabes que él haría. Y esa puede ser, creo yo, la conversación más linda que tú puedes tener con un ser humano que no esté presente, y mantenerlo todos los días así, más presente que si estuviera vivo.

## **CHE ME ENSEÑÓ A NO TEMERLE A LA MUERTE**

Dicen que el Che estuvo aquí en Nicaragua en una tarde de invierno, como le llamamos nosotros a la época de lluvia. Pasó por Rivas, con su mochila a cuestas, en el viaje que realizara por el istmo centroamericano. Cuentan que había recién llovido y que en un lugar del camino había un pozo de agua, en ese momento pasaron unos turistas norteamericanos y una de las ruedas del auto se hundió en el agua y el barro, y mojó al Che. Entonces exclamó: «En todas partes del mundo pasean su arrogancia y prepotencia estos hijos de puta».

*Así lo cuenta Rodolfo Romero Gómez, un nicaragüense que tuvo el privilegio de conocer al Che y estar cerca de él en varias ocasiones, pero no precisamente en su país, sino en Guatemala, y después en Cuba.*

*Este viejo militante dirigió, durante la Revolución sandinista, operaciones militares en Masaya, Granada y Jinotepe. Hoy es uno de los congresistas del FMLN y preside el Comité de solidaridad con Cuba en la ciudad de Granada. Me asegura que no se perdonaría nunca morir en una cama, por eso, a su edad, sigue y seguirá luchando.*

Mi amistad con el Che nació una noche de 1954, bajo las balas de la revolución guatemalteca. Yo había llegado a ese país procedente de Costa Rica, precisamente en un avión de Cuba, que el Dr. Prío Socarrás había enviado para trasladar a un grupo de nicaragüenses que habíamos participado en la guerra civil que hubo en Costa Rica, en el año 1948. Fue una guerra corta, duró poco más de un mes, y era en contra de la llegada al poder del Dr. Rafael Ángel Calderón Guardia, al cual nosotros, los nicaragüenses que allí estábamos, apoyábamos; principalmente los obreros bananeros. El objetivo nuestro era proteger la frontera, tenerla segura para invadir Nicaragua e iniciar la lucha armada contra el dictador Anastasio Somoza García, pero esto no se dio.

En Costa Rica, recibimos entrenamiento militar del general español Alberto Bayo. El mismo que después entrenara al grupo de cubanos pertenecientes al Movimiento 26 de Julio en México. Nos preparó en una finca conocida como Río Conejo, de ahí salió un grupo de 156 nicaragüenses, una compañía entera. Nos metieron en un avión C54, de la fuerza aérea cubana y nos llevaron a Guatemala; te estoy hablando de octubre del 48.

En Guatemala se dieron cita revolucionarios de diferentes partes del mundo. Allí había, como se dice, un coctel de exiliados.

Entramos en contacto con el Partido Acción Revolucionaria (PAR) que es donde se origina el Partido Comunista de Guatemala, en octubre del 49. Estuve en su congreso de fundación, y entré en contacto con varios revolucionarios.

El Che llega a donde yo estaba, una noche de junio de 1954, cuando ya nosotros estábamos preparándonos para combatir. Me acuerdo de que era una noche de plenilunio, y el Che llega al cuartel de la brigada Augusto César Sandino, de la Juventud Comunista de Guatemala, cuyo jefe era yo. Entonces él se acerca a unos compañeros que estaban jugando pimpón, y pregunta por Edelberto Torres, hijo del nicaragüense antisomocista del mismo nombre, que también estaba en el exilio. Como

él no se encontraba, me lo remiten a mí que era el oficial de guardia en esos momentos. Acababa de pasar un bombardeo terrible sobre la ciudad de Guatemala, en contra del gobierno revolucionario del Coronel Jacobo Arbenz. El Che se me presenta como Ernesto Guevara, no como el doctor Ernesto Guevara. Me dice que había pasado por Chile y que traía una carta de recomendación de una tal María Luisa, dirigente comunista chilena. Le dije que Edelberto no se encontraba; que la carta podía guardarla para cuando él llegara. Comienza a interesarse por el tiempo que llevaba allí. Le hago una pequeña referencia sobre mi persona, le cuento todo lo de Costa Rica, y cómo había llegado a Guatemala. Me pidió información sobre Nicaragua. Me habló de su admiración por Darío y su obra poética, la que había leído, aunque no mucho. Esa noche sentí la admiración del Che hacia la poesía, porque él era un romántico, que no se equivoquen los que lo ven solo como un hombre duro.

Me contó que había estado en Puerto Barrio, un puerto del Atlántico guatemalteco, donde había trabajado como estibador. Llegó como a las ocho y tanto de la noche y estuvimos hasta pasadas las doce. Me tocó hacer el relevo de la guardia circular en el cuartel de la brigada, y entonces el Che viene hacia mí y me dice: «Compañero, yo quiero también hacer guardia». Acabábamos de conocernos, y me trata de compañero.

Rápidamente, pienso en cómo poner un arma en manos de este hombre, pero al mismo tiempo recuerdo la carta que trae de esa dirigente comunista chilena, y esto me persuade a entregarle una carabina del ejército checo para que haga la guardia, que no eran los fusiles que tenían, por lo general, otros ejércitos latinoamericanos.

Me pregunta: «¿Y esto cómo se maneja?». E inmediatamente le di una pequeña instrucción y me lo llevé a la parte más alta, al quinto piso del edificio, casi en la azotea. Al día siguiente, terminó su guardia, entregó el arma y nos despedimos, pero no nos cruzamos más palabras.

Se produce la renuncia de Árbenz. Comienza la persecución sobre los revolucionarios guatemaltecos y los exiliados, que en su mayoría abandonaron la ciudad y se fueron a refugiarse a las embajadas. El Che no fue la excepción, y va al exilio a México.

Me expulsan de Guatemala y vuelvo a Nicaragua, donde hago vida revolucionaria en el Partido Socialista Nicaragüense.

Cuando triunfa la Revolución cubana, en el mismo mes de enero, el Che estableció contacto con los núcleos de oposición nicaragüense, y Fidel también. La llamada izquierda nicaragüense se entrevista con el Che y se suscribe un acuerdo para darle seguimiento a la lucha armada. En ese paquete de acuerdos, venía la solicitud del Che de que le mandaran a Rodolfo Romero a Cuba, y así fue como yo me vi viajando a La Habana en los primeros días de marzo de 1959.

Tenía mis dudas de si se acordaba o no de aquella noche en que nos encontramos en Guatemala, porque los nicaragüenses que se habían reunido con él, en ningún momento pidieron que me mandaran a mí. Y me preguntaba: «¿Por qué yo?» La respuesta la tuve una noche, en Tarará, cuando nos volvemos a encontrar por segunda vez. Allí estaba, acabado de pasar un terrible ataque de asma.

Nos abrazamos y me dice: «¿No te mató Castillo Armas en Guatemala?». Me invitó a que me sentara y comenzamos a hablar de Nicaragua, de la lucha, de la posibilidad de desarrollar una acción guerrillera, de qué partidos se podían aliar a la lucha y sobre toda una serie de cosas que en realidad él tenía interés en conocer.

Entonces, me dice: «Ya yo tengo aquí a un hombre que me mandaron y lo tengo bajo observación, que parece reunir condiciones para que encabece la lucha armada. Me hubiera gustado que hubieses sido tú, pero el problema es que estás demasiado

quemado como comunista. Te quedarás en el Estado Mayor, pero sin ningún nombramiento».

Estuvimos conversando hasta las dos de la madrugada y hablamos de la experiencia cubana. Se interesó por cómo logré salir de Guatemala, y me contó varios episodios de la guerra, del aporte que hizo Celia en la lucha, de su admiración por Fidel; y refirió un error que había cometido con Fidel. Cosas bien interesantes.

Me cuenta que cuando Fidel lanzó una proclama sobre la reforma agraria, había viajado dos días en mula para llegar hasta donde estaba a reclamarle, a decirle algo que no le había gustado de su discurso, pero que ahora él le daba la razón a Fidel. «Yo me equivoqué. Parecía que, en determinado momento, Fidel, estaba coqueteando con la derecha, pero más bien le puso una trampa y la derecha cayó. Es un maestro táctico en la política, es un táctico genial en cuestiones políticas», me dice.

Se interesó por cómo yo veía la situación en Nicaragua, y mi apreciación coincidió con la que le habían contado los líderes de izquierda que le habían platicado, antes de mi llegada a Cuba. Él tenía toda la información y lo que quería era corroborar mis criterios con lo que ya le habían dicho.

Me dijo: «Ahora mismo vas al hotel y recoges tu maleta, y vas para La Cabaña, pero, desde este momento, cero comunicación con todo el mundo». Allí me puse el uniforme del Ejército Rebelde y comencé a trabajar en una serie de tareas como un soldado, incluso en una ocasión participé en un pelotón de fusilamiento con el Capitán Acevedo, hoy General Rogelio Acevedo.

Otro día, hubo un incidente con los políticos y el Che me mandó a buscar a La Cabaña, me contó el problema que había tenido con la gente de derecha. También me habló de la crítica que le había hecho al líder nicaragüense Edelberto Torres, porque cometió la imprudencia de mandarle un mensaje vía cable submarino donde todo el mundo se enteraría de lo que se dice. En este mensaje Edelberto, padre del muchacho aquel por el que él había llegado preguntando la noche que nos conocimos en Guatemala, le protestaba por haber designado al ex teniente de la Guardia Nacional Rafael Somarriba como líder de la revolución de Nicaragua. Y el Che se puso furioso, me blandía la hoja del mensaje casi en la cara: «Esto —me decía— no se le ocurre a nadie, nada más que a un niño y los niños no hacen política». Porque él conocía al profesor, él había estado en México en casa del profesor Torres, que era un gran opositor de Somoza.

Salí por Santiago de Cuba para Honduras, con un pasaporte falso que tenía el nombre de Manuel Díaz Calero. El teniente Onelio, un cubano que después muere luchando en Nicaragua, es quien me recibe. De ahí, iniciamos la marcha para penetrar en Nicaragua, y cuando se da el primer combate, el 24 de junio de 1959, a las doce del día, por un lado nos rodeó el ejército de Honduras; y por el otro, el de Nicaragua. Fue un desastre, murieron 9 compañeros y 16 fueron heridos. Caigo prisionero, nos llevan al Cuartel del Ejército. Allí, por gestiones directas del presidente hondureño Ramón Villeda Morales, quien en su despacho presidencial tenía una gran foto del Che porque decía ser su amigo y su gran admirador, e incluso médico también gracias a él, es que a los nicaragüenses y también a guatemaltecos, nos trasladan al hospital Calixto García, en La Habana.

En aquel grupo estaba el que sería futuro líder de la revolución nicaragüense, Carlos Fonseca Amador. Llegó herido con una bala en medio de los dos pulmones, allí en el Calixto lo operaron y le salvaron la vida.

Mientras tanto, yo trato de hacer contacto con el Che y me dicen que anda fuera de Cuba. Estaba en su primer viaje. Cuando regresa, lo voy a recibir al aeropuerto. Estaba

muy molesto. Me lo dijo y después platicamos y analizamos la derrota, el comportamiento de cada uno de nosotros, incluso el comportamiento mío lo analizó a través de otro compañero, porque él era así.

Le dije que no me quería ir de la vida militar. Me dio instrucciones para que regresara de nuevo a La Cabaña, pero la 13 compañía del Ejército Rebelde, que era con la que yo había trabajado, se había transformado en las Unidades Tácticas del Centro, y hacia allá me fui. Me sumé al regimiento Leoncio Vidal de Santa Clara, con el Comandante Armando Acosta. En esos días se produce la famosa invasión de Trujillo por Trinidad, y las tropas del Che y otras tropas escogidas, salimos a enfrentar la conspiración de los come vacas. Trujillo mandó un avión con armas y le capturamos el avión. Lo cogimos cargado de una cantidad enorme de armas de todo tipo; además, venía un cura cuya misión era predicar a los rebeldes que se habían rebelado contra la Revolución y contra Fidel, y esos rebeldes éramos nosotros, disfrazados de contrarrevolucionarios, un plan perfectamente diseñado por Fidel y el Estado Mayor del Ejército, en el cual cayó Trujillo. La ingenuidad de ellos llegó a tanto, que yo le recibí dos veces las llamadas a Johnny Abbes García, el jefe de la contrainteligencia de Trujillo, directamente desde Santo Domingo. Nos dio toda la información, creyendo que éramos contrarrevolucionarios. Los campesinos nos decían de HP para arriba, porque pensaban que habíamos traicionado. En esta operación participamos gentes muy escogidas.

Éramos 34 estudiantes nicaragüenses que estábamos en la Escuela de Artillería de Baracoa. Le pedimos al Che y a Fidel que queríamos ir a combatir en la limpia del Escambray. El Che se lo planteó a Fidel y este le dijo: «Si ellos quieren ir, que vayan». Formamos un pelotón de exploración. Allí conocí a alguien que después traicionó, el piloto Álvaro Prendes, pero ni él ni nadie nunca supo que éramos nicas, siempre pasamos como venezolanos, porque fue una de las cosas que nos orientó Manuel Piñeiro.

Después, el Che me manda a trabajar a Comercio Exterior con el Comandante Alberto Mora. Trabajo como asistente del ministro, pero al mismo tiempo me dan el cargo de delegado en Cuba del Frente Sandinista.

En otra oportunidad, el Che me manda a llamar porque había tenido una reunión con los líderes de la oposición nicaragüense y me dice: «¿Y tú qué piensas, te vas a luchar a Nicaragua o te vas a quedar firmando papelitos?».

A mí me molestó y le respondí: «Mire Comandante, si usted cree que yo vine a firmar papelitos a La Habana como usted dice, por favor, regrésame a mi país, que yo sé lo que tengo que hacer».

Con la respuesta que le di, vino y me abrazó. «Chico, ¿tú sabes por qué te lo digo?» «Ah, no sé, Comandante». «Estos comemierdas que acaban de salir, ya no sé qué hacer con ellos. Todos quieren ser jefes del movimiento armado. Todos quieren ser líderes y nadie se quiere arriesgar el pellejo».

Che era un hombre tan hábil, que sabía tocarte el amor propio, sabía llegarte a donde quería, y luego, tenía también esos gestos de humildad, de humanismo. Yo digo que hombres valientes hay muchos, hombres honestos hay muchos, hombres de principios también hay muchos, lo difícil es reunir toda esa gama de cualidades en un solo hombre, y el Che tenía todas esas virtudes. Yo he caminado bastante mundo y no he podido ver todavía a un hombre parecido al Che.

La última vez que lo vi fue un mediodía del verano de 1963, en París. Iba a una reunión relacionada con el azúcar, y yo regresaba clandestino para Nicaragua con las facciones

un poco alteradas. Venía de Cuba, y en Praga yo había abordado el mismo avión de él, pero no lo sabía porque él iba en la cabina especial. Cuando bajamos a la aduana, en París, veo al Che delante, me dirigió la mirada y me saludó con los ojos. Sabía que yo venía en la clandestinidad, y le devolví con los ojos el saludo. No pudimos cruzarnos palabras, fue una mirada profunda y silenciosa pero cuántas cosas nos dijimos en ese momento. Sentí un deseo profundo de abrazarlo y decirle que, como guerrillero, iba a continuar la lucha a la que él se había consagrado. Su lucha, que también era la mía.

Che me enseñó a no temerle a la muerte. A pesar de mi edad, me gustaría morir en la lucha, por eso sigo luchando.

## **LA AMISTAD ENTRE DOS COMANDANTES**

*Aunque bastante huido para las entrevistas, sobre lo cual ya había sido alertada como periodista, insistí durante mucho tiempo en abordar al Comandante Ramiro Valdés. Entonces Santa Clara se preparaba para recibir los restos del Che y de sus compañeros de lucha, y él venía sistemáticamente a la ciudad para ver, de primera mano, cómo marchaban los trabajos en el Memorial, el sitio en el que se construían los nichos donde reposarían para siempre.*

*«Las deudas se cumplen», me dijo al recordarle la vieja promesa que me hiciera meses antes, después de esperarlo toda una mañana de sol, frente al Memorial. Yo insistía en que este hombre, quien se cuenta entre los que tienen el privilegio de decir que fueron amigos del Che, compartiera algunas de aquellas historias que le pertenecen.*

*Ramiro Valdés conoció a Ernesto Guevara desde los días difíciles de México, cuando se preparaban para la lucha definitiva. Después, en la Sierra Maestra, se puso bajo sus órdenes por decisión de Fidel, y durante la invasión llegó a ser el segundo jefe de la columna número 8, comandada por el Che.*

### ***¿Comandante, cómo fueron aquellos primeros días cuando se conocieron en México?***

En el Rancho de Santa Rosa, en el Estado de México, se organizó un campamento para entrenar a los futuros expedicionarios del Granma, y él estaba al frente de la preparación física de los guerrilleros, de la marcha por las montañas, y el tiro. El Che era el responsable, y en aquel momento fui designado para trabajar con él. En esas circunstancias, estuvimos bajo el mismo techo, ya después de dos o tres meses de habernos conocido. Primero, en casa de María Antonia, y después, con más asiduidad, en los campos de tiro, donde nos veíamos con determinada frecuencia.

Aquellos días fueron reconfortantes. El grupo no estaba acostumbrado a esos rigores. Era un lugar frío, una vida de campaña, se dormía en el suelo. Todas las noches había marcha a través de las montañas, y el Che era nuestro guía. Hacíamos prácticas de tiro en las montañas bajo un frío insoportable. Estábamos preparándonos para realizar la lucha. Fue reconfortante en el plano político, a pesar de que tuvimos nuestras restricciones hasta en la alimentación.

Después de toda esa preparación, vino la travesía en el yate Granma, que como se sabe fue muy difícil, por el hacinamiento en que veníamos y por las condiciones climatológicas.

### ***Después de desembarcar por Playa Las Coloradas, ¿en qué momento se une al Che?***

Ya en el desembarco o, como él mismo lo calificó, el naufragio, él, Raúl y yo fuimos de los últimos que salimos del barco, porque sacamos el máximo de mochilas, municiones y armamentos, y uno de los cañones antitanque. Después fuimos caminando. Él se

incorpora a la comandancia, y yo me incorporo a mi pelotón, porque yo venía de segundo al mando del pelotón de Raúl, y ocupé mi lugar en la marcha. Él formaba parte de la Comandancia, como médico de la expedición.

*Usted venía en el pelotón de Raúl. ¿Cuándo pasa a formar parte de la tropa del Che?*

Después, cuando se hace la separación, y Fidel decide crear otra columna, la número cuatro. En ese momento, por decisión de Fidel, yo integro el grupo que se va con el Che.

*Es decir, que usted, por haber estado desde el principio en la lucha junto a Fidel, casi le correspondía, por derecho, ir para la columna uno, pero por determinadas razones pasa para la columna del Che. ¿Inicialmente cómo usted lo asume, constituyó algún conflicto?*

No, no fue ningún conflicto, porque Fidel trató de que, en ese grupo, los compañeros tuvieran toda la confianza, de manera tal que junto al Che pudieran realizar exitosamente un grupo de acciones. Ahí estaba Ciro Redondo, quien había combatido también en el Moncada, estuvo preso en la Isla e hicimos juntos la travesía del Granma; en fin, compañeros en los que Fidel tenía toda la confianza.

*Se dice, Comandante, que usted y Ciro Redondo eran como una especie de filtro, por donde pasaba todo el que llegaba a la columna del Che. Explíqueme cómo era esto.*

Realmente, el Che no tenía ningún complejo de no cubano. Él se sentía integral, pero también tenía plena conciencia de que los demás podían no verlo de esta manera, y descansó siempre mucho en nosotros, en Ciro y en mí, para que hubiera menos zonas de conflictos. La gente venía entusiasmada a entrar, a formar parte de la guerrilla para luchar contra la tiranía, y que alguien le dijera que no podía ser, que no podía entrar, y si por añadidura no era cubano... te podrás imaginar que era probable que hubiera algún elemento de roce, de incomprensión, y realmente era mejor que lo hiciéramos nosotros a que lo hiciera él.

*¿Pudiera recordar algún momento en el que usted desempeñó ese rol en la columna?*

Nosotros les hablábamos a los compañeros y después conversábamos con el Che. Le proponíamos la gente que debía quedarse y le argumentábamos. Además, él oía a la gente, conversaba con la gente y, después, quien tomaba la decisión al final era él.

Por ejemplo, está el caso de los hermanos Acevedo. Cuando llegaron al lugar conocido como El Alto de California, por su aspecto externo, por su juventud y sus condiciones físicas eran los menos indicados para que se quedaran, pero no así por sus convicciones y su resolución de combatir e integrarse a la guerrilla. En ese momento, nosotros le sugerimos que, de todo el grupo, ellos eran los que debían quedarse, e intercambiamos ideas acerca de la resistencia física y de la juventud de ellos. Nos preguntábamos si serían capaces de aguantar las condiciones rigurosas de la Sierra, y más por cómo estábamos: sin ropa, sin zapatos, sin comida, sin medicina. Temíamos que pudieran rezagar al grupo. Entonces, Ciro y yo intercambiamos opiniones con el Che y, al final, él aceptó que los hermanos Acevedo se incorporaran.

*¿Lo convencieron?*

No. Los Acevedo fueron los que lo convencieron, no nosotros. Realmente, Rogelio y Enrique han demostrado lo que presumimos que eran. Hombres valientes, íntegros, con mucha voluntad y capacidad de sacrificio, y lo han demostrado desde aquellos momentos.

*En diciembre de 1957, cuando el Che es herido en un tobillo, usted es uno de los que queda junto a él, cuidándolo. Tiempo más tarde, usted se da un golpe en una rodilla y*

*es el Che quien lo acompaña. ¿Esto era ya una muestra de la amistad que existía entre ustedes?*

De amistad se puede hablar desde México, donde hubo una plena identificación política, y después humana y fraternal, entre Che y yo, la que se consolida en el Rancho de Santa Rosa, donde estuvimos juntos mucho tiempo como parte del entrenamiento. Allí intimamos bastante, conversamos mucho sobre la situación en Cuba, nos identificamos y se estableció una relación fraternal entre él y yo.

*Usted sabe que los amigos siempre dan pruebas de amistad, y uno dice: «Él es mi amigo porque me ha dado pruebas». Yo quisiera que usted contara qué pruebas de verdadera amistad le dio el Che a usted.*

Yo creo que las pruebas de amistad se dan cuando uno comparte con otro las cosas que le son queridas e íntimas, porque hay momentos en la vida política, y en general, que obligadamente, por determinadas circunstancias, usted tiene que compartir con otros, pero eso está dado por factores externos, ¿no? Pero ya cuando usted hace participar a alguien de sus pensamientos y de sus querencias más internas, ya es una prueba de amistad. Y en ese sentido compartíamos nuestros pensamientos, nuestras cosas privadas, y pienso que esa es una prueba de confianza y de amistad.

*¿Él le consultaba?*

Hablábamos las cosas personales como dos amigos. Dudas sobre un tema, una circunstancia, una situación.

*¿Cuál era su principal preocupación como hombre, como ser humano?*

Lo que hizo. Le preocupaba mucho la Revolución, no solo en Cuba, sino en el mundo, y su gran preocupación era exactamente esa, continuar la lucha contra el imperialismo yanqui donde quiera que fuera. Esa fue una constante durante toda su vida, desde México. Era su caballo de batalla, la razón de ser de su vida.

*¿Qué es lo que más recuerda usted de ese Che en la Sierra Maestra?*

Su entereza, su vocación revolucionaria, su capacidad para establecer relaciones con los demás, aunque era un hombre muy severo, en primer lugar consigo mismo. Hoy escuchaba una vez más la poesía de Guillén donde dice que siendo un hombre llano era un hombre difícil. Llano porque era un hombre fácil, una persona simpática, agradable, y se permitía demasiadas licencias con sus íntimos; pero si cometías violaciones de principios ahí si las cosas se tornaban difíciles. Y cuando alguien califica al Che como una persona dura, yo pienso que tal vez lo diga por eso, porque él no permitía debilidades, no las toleraba.

*¿Tiene algún ejemplo de eso?*

Era algo cotidiano. Cualquier debilidad, cualquier vacilación e indisciplina él no la pasaba por alto. Era muy crítico con los compañeros y los educaba, los formaba en la lealtad y el compromiso que tenían con la Revolución.

*¿Nunca recibió ningún castigo del Che, en esa doble condición de amigo y subordinado?*

No. A veces discutíamos sobre algún criterio, pero castigo como tal, no.

*¿Por qué sonrío, parece que hay algo detrás de sus palabras?*

¡Ah! Muchas veces, él era un hombre que tenía su línea y que no admitía desviaciones ni a la izquierda ni a la derecha, y entonces él era consecuente con esto y uno tenía que serlo también. Era una gente que educaba con sus actos y con su palabra, convencía.



Discutimos por muchas cosas y, sobre todo, después del triunfo de la Revolución, en la edificación del socialismo. Criterios sobre determinadas circunstancias, cierta línea de acción; un enjuiciamiento sobre un hecho. Él era muy exigente en la vida privada. Para él no había dos vidas: la pública y la privada, y no es que practicara el voto de castidad, pero él pensaba que los revolucionarios que tenían determinada responsabilidad, que tenían un compromiso con el pueblo, una imagen y un respeto a ese pueblo, no podían dar ningún resquicio a que su vida pública fuera menoscabada de ninguna manera. Un hombre de su desarrollo político-cultural tenía acendradas muy profundamente esas convicciones. Nosotros no teníamos esa profundidad de pensamiento, ni tan conceptuoso ni tan consecuente en la vida privada, y ahí tuvimos discusiones, fraternales desde luego. Él me criticaba determinadas actitudes que uno tenía siendo joven y soltero. Teníamos nuestras licencias, ¿no? Cosa con la que él no transigía. Hasta que nos convenció de que, en verdad, no hay dos vidas. El revolucionario tiene un compromiso, y su vida privada está subordinada al compromiso de la vida pública. Y debe tener una imagen y un respeto hacia el pueblo.

*Comandante, hoy, muchos de los que estuvieron al lado del Che cuentan varias anécdotas e historias que reafirman el hombre intachable que él fue. Pero en su momento, ¿esas actitudes del Che eran bien aceptadas?*

Yo te diría que sí, porque eran acatadas, y muchas veces, cuando el Che les llamaba la atención a compañeros que caían en una violación, era mucho más severo con quien esperaba que no cometiera esa falta. Con sus más cercanos, con sus allegados, era más severo que con el resto de los compañeros.

*¿Nunca nadie lo tildó de extremista, entonces?*

Bueno, ya ese es otro tema. No de extremista, pero sí de severo. Era una persona muy exigente, pero ocurre que cuando tú eres más exigente contigo que con los demás, los demás aceptan esa exigencia.

*Siempre pensamos en el Che como una gente con ideas muy avanzadas. Además de su manera de pensar, y su deseo y entrega por ver a una América libre, también pienso en el hombre que fue capaz de firmar con su nombre de guerra, cuando era Presidente del Banco Nacional de Cuba; o en el hombre que, cuando triunfa la Revolución, se mantiene con su pelo largo a pesar de seguir en las filas de las Fuerzas Armadas; en fin, que en ese sentido era algo trasgresor. ¿Cómo era visto el Che en ese aspecto?*

El Che era un iconoclasta, y hay cosas que son propias de los revolucionarios, porque revolucionario no se es solo en el terreno político, ser revolucionario es un concepto bien amplio. Y el Che indudablemente era un renovador, era un transformador y era un revolucionario en el alto sentido de la palabra, y quien busca cambios, quien busca progresión, incuestionablemente tiene que ser un iconoclasta, tiene que romper cánones.

*Por ejemplo, el hecho de que el Che se quedara con el pelo largo, ¿nunca nadie lo cuestionó?*

No; devino un símbolo de rebeldía. Y aquellos que querían mostrar su inconformidad con el medio, se dejaron la barba y el pelo como expresión de aquel símbolo.

*¿Y después de la Revolución?*

Continuó siendo un símbolo; Fidel tiene su barba, que es un símbolo.

*Aleidita, la hija del Che, me decía que las anécdotas más graciosas, más humanas, que sabía de su papá, se las había contado su tío Ramiro...*

Yo he hablado muchas veces con ellos porque tenemos una relación muy familiar. Yo tuve una conversación con ellos hace unos meses, quería hablarles sobre quién era, como hombre, su padre, y bueno hablamos de muchas cosas, incluso de determinadas circunstancias que no son del caso divulgar. Él tenía reacciones humanas y determinados enfoques políticos, valoraciones, que lo ponían frente a estas circunstancias de alguna manera, y yo, que estaba envuelto también en algunas de ellas, las veía de otra forma.

Hubo una persona que trabajaba con él, que venía del capitalismo y tenía un círculo de amistades y algunas conductas, y de alguna manera se vio vinculado a determinados hechos. Yo era jefe de la seguridad y tuvimos que llamarlo para aclarar ciertas cosas. Entonces, él me llama y me pregunta: «¿Oye, qué pasó con Fulano?». Le di las informaciones, todo quedó esclarecido y el hombre quedó en libertad. Esta persona le dice al Che que quería hablar conmigo. El Che me llama y me lo dice. Me entrevisto con él. De regreso, él habla con el Che y le da su impresión acerca de nuestra conversación. El Che me llama riéndose y me dice: «Dice Fulano que tú no eres tan hijo de puta como pareces».

*¿Y usted que le dijo?*

Que si él tenía dudas. De una manera jocosa, fraternal, hacía bromas, hacía algún chiste. Para referirme a eso tendría que hacer alusión a determinados hechos, de los cuales pienso que no debemos hablar, porque están envueltas otras personas. A veces era cáustico, pero siempre respetando a los demás, sin burlarse de ningún defecto ni de ninguna debilidad de nadie. Utilizaba sutilezas que a veces pasaban inadvertidas y que eran el resultado de su gran cultura, de la sensibilidad de espíritu que tenía.

*¿Cuándo vio al Che por última vez?*

Poco antes de salir para Bolivia.

*¿Qué recuerdos tiene de ese último encuentro?*

De gran respeto y de gran fraternidad por un hermano que salía a cumplir con su vocación de luchar contra el imperialismo en cualquier parte, y a la vez —no me gusta hablar mucho de esto porque es una cosa muy íntima, muy personal— sentí un gran dolor por haber llegado los dos a la convicción de que no debía acompañarlo.

## *EL CAPITAN DESCALZO\**

*Dicen que no había un disparo suyo que no diera en el blanco. Entonces tenía solo 20 años, y atravesaba raudo los campos de dientes de perro con sus pies descalzos.*

*Así estuvo todo el tiempo en la Sierra Maestra y durante la invasión junto al Che, por eso a Lázaro Linares Martí muy pocos lo conocieron por su nombre. Para todos era el Capitán Descalzo.*

*A la columna del Comandante Guevara entró un día por casualidad, después de salir huyendo de Guantánamo. De su andar junto al Che, en la Sierra y en la invasión, guardaba miles de anécdotas, las que contaba con su hablar campechano, cargado de palabras que salían como ráfagas. Al hablar del guerrillero, lo hacía con la certeza de que le fue un hombre útil, quizás ese fuera su mayor orgullo.*

\* Lázaro Linares Martí, el Capitán Descalzo, falleció el 19 de abril del 2000, poco después de realizada esta entrevista.

### *¿Cómo usted se incorpora a la tropa del Che?*

Yo era del Movimiento 26 de Julio, pero como ya estaba «quemao» me mandaron a alzar. Cogí el territorio de Manzanillo por dentro y en Yara me cogieron preso. Entonces, el cocinero se hizo buen amigo mío, porque siempre había un guardia que era bueno, y como a la semana de estar allí, me mandaron para la arrocera a trabajar. Al segundo día que me llevan a trabajar, lo que iba era un cohete marino. Pero el mismo guardia que me detiene en Yara estaba en el aeropuerto de Manzanillo, por donde la guagua cogía para Calisito, lugar que yo estaba buscando para llegar a la Sierra. Cuando lo veo me escondo detrás de cuatro mujeres, ellas parece que se dan cuenta y me protegen, y así puedo pasar. Llego a Calisito desorientado, me meto en unos albergues y pido trabajo, pero el dueño de la finca era chivato y le avisa a los guardias. Entonces, cogí caña y monte y vine a salir a Cienaguilla, dentro de la Sierra Maestra. Allí, volví a caer preso, pero por los rebeldes, que era lo que yo quería. Me pusieron de ayudante de cocina con las mujeres. Estaba cómodo, pero el Che viene un día recorriendo las tropas y le dice a Angelito Frías: «¡Qué bueno está ese hombre para una treinta!» Y le digo: «¡Ah, Comandante, me voy con usted». Y le ordenó a Angelito: «Mándamelo para la tropa mañana por la mañana» Y desde entonces, estuve con el Che.

Participé en varios combates: El Jigüe, Minas de Frío, y Las Vegas de Jibacoa. En este último estábamos un grupito y siento «cantar» una treinta, abajo. Le digo al Che: «Esa es la mía», porque yo lo que tenía era una escopeta de dos cañones. Y él me respondió: «Si te la ganas, es tuya». Entonces dijo que iba a bajar, que si él tiraba dos tiros con su M2 era que los guardias se llevaban las armas y que abriéramos fuego. Cuando se oyen los dos disparos salgo echando, y con lo primero que me empato es con la treinta. Al poco rato llega el Che y me dice: «¿La cogiste? No la vayas a dejar». «No, Comandante, para dejarla hay que matarme», le respondo. Me manda a tomar el firme y a que no dejara subir a ningún guardia, pero él no sabía que arriba había 32 guardias, ni yo tampoco. Con el sol me brilla una cosa, y me digo: «¡Eso es un casquito!» Comienzo a tirar y a decirle que se rindieran y que dejaran las armas, que estaban rodeados, pero cuando vi aquella bola de guardias... Venían con las manos arriba, y les dije espérense que hay más. Y me responden: «No teniente, somos 32 y usted mató dos». Oye, no fue fácil. Era un nudito que me subía y que me bajaba, yo solo allá arriba. Entonces, por abajo iba uno de los galleguitos que habían venido de España y se habían juntado a la tropa de nosotros. Le digo que suba para que cuidara las 32 armas automáticas y 32 pistolas, porque todos aquellos guardias eran oficiales del cuerpo ingeniero. Mientras, yo bajaba con los hombres para el refugio.

Cuando bajo me encuentro al Che que estaba curando a Angelito Frías y me ve con aquella pila de guardias. No me dice nada de los guardias, me pregunta: «¿Y las armas? Le explico y me ordena: «Mira, vete con estos hombres para el refugio, quédate descansando y no vengas más al combate».

En eso me topo con Chacón que viene de allá para acá y le grito que soy yo, Lázaro. Me ordena levantar los brazos y tirar el arma mía para el suelo junto con los guardias, hasta que llega y le digo: «Tú estás comiendo bola». Entonces, las órdenes que me da el Che a mí se las doy a Chacón. Lo mando con los guardias, y me voy para el combate. Allí me vuelvo a topar con el Che, ya sabía el lío que me iba a buscar. «Ven acá ¿y las órdenes que yo te di?». «Mire Comandante — le digo — mientras mis compañeros estén

peleando, yo no puedo estar en un refugio». Me tiró la mano en el hombro y me dijo: «Eres el bárbaro del ritmo, vamos».

### ***Lázaro, ¿y lo de Capitán Descalzo cuando comenzó?***

Eso fue aquí en Las Villas, porque yo hice la invasión descalzo, aunque yo andaba así desde la Sierra Maestra, porque de los guardias que cogíamos no me servía ningún zapato. Fíjate cómo tenía los pies, que la tropa le daba la vuelta al diente de perro y yo le partía por derecho, ya no me hacía nada. Cuando los demás llegaban al lugar ya hacía rato que yo estaba allí, y entonces me pusieron el Capitán Descalzo.

Tenía los pies curtidos. Estando en El Pedrero, un compañero me trajo un par de zapatos. Los miré, cogí, los mancorné a los dos, y me los enganché en el pescuezo. Y oí cuando le dijo a otro: «Yo creo que no le gustaron». «No, chico es que ya yo me acostumbré a andar descalzo, mejor me los pongo otro día», le respondí.

Fue aquí en Las Villas donde me bautizaron con ese nombre. Aquí tú preguntas por Lázaro y nadie me conoce. Casi al triunfar la Revolución fue cuando me vine a poner zapatos. Eran de un médico que tenía el pie grande. Imagínese, uso un 43. Eso fue cuando caí herido aquí en Santa Clara a la orilla del Capiro. Me llevaron a la Colonia de Camajuaní, de ahí a Remedios, que fue donde me operaron, y al otro día me volvieron a traer para Camajuaní. Llegué, que los médicos no me garantizaban los pies. Cuando aquello tenía veinte años, y andaba con seis cajas de cintas, de 250 tiros cada una, la treinta, y la mochila.

Después, el Che me puso a dos hombres para que llevaran la carga y me dijo: «Yo te quiero a ti para que tires, tú no me cargues nada».

### ***¿Entonces, en el combate, el Che confiaba en usted?***

Siempre. La prueba fue en Placetas. Yo estoy en una casa de dos pisos, cerquita de la jefatura, tirando, y viene un compañero y me dice: «Oye, de parte del Che, que vayas para el cuartel que los guardias no se quieren rendir». Y le digo: «Ven acá, chico, ¿y el Che se cree que yo soy el jefe de los guardias para rendirlos?».

### ***En la invasión, ¿usted venía cerquita del Che?***

Yo siempre venía en la retaguardia, ahí, junto al Che, conversando y haciendo cuentos.

De esa travesía tengo varias historias que contar. Por allá por la loma del Carpintero se formó tremendo lío con los guardias. Allí fue donde los soldados me empezaron a conocer de verdad a mí, porque me prendí con ellos y con un tanque de guerra. Había un guardia que decía: «El negro grande del Che está entre las dos piedras, tírale con el cañón, porque ese no es cubano, ese es africano. Tira por donde quiera». Daba tremendos brincos en el aire y se me ocurre tirarme para atrás y hacerme el muerto para que ellos avanzaran, y cuando los tenía más cerca, me levanté con la treinta y tumbé a diez. Me gritaron: «Nos vamos a retirar porque tú estás mejor armado que nosotros». El Comandante Camilo Cienfuegos estaba del otro lado, y llega cuando los guardias se retiran. Me dice: «No me digas nada, que lo vi todo, vete para el campamento que me voy a quedar aquí». «No, Comandante, yo me quedo, yo voy a ir a esa casa porque ellos no van a subir más». Allí me tuve que pelar a rape, porque traía un pasero y me lo llenaron todo de tierra. ¡Y quien arreglaba la pasa aquella! Entonces, en casa de los Chemendía, me pelaron a rape.

Después, los guajiros le pusieron a aquel lugar la loma de Lázaro. Hace poco fueron a tumbar las matas y los guajiros no dejaron tumbar la ceiba, ni nada. El lugar donde yo estaba lo cercaron y le dijeron al «buldocero» que tenía que coger más para allá, porque eso era histórico.

### *¿Hicieron la invasión completa a caballo?*

Una parte porque nos cogieron dos ciclones en el camino y teníamos que dejar los caballos. Una noche estábamos cruzando el río y todo el mundo pasó. Yo me quedé, porque había tremendo frío, y me dice el Che: «¿Y a ti qué te pasa?». «No, Comandante, que yo no sé nadar» Entonces, me pasó a la zanca del caballo de él, porque le dije que no sabía nadar. ¡¡¡Jejeje!!!

### *¿Él siempre andaba en el mismo caballo?*

Sí, pero después tuvo que dejarlo e ir a pie también, e incluso se le quedó un zapato en una tembladera.

El Che era muy inteligente. Cuando él te decía por aquí, te ibas al seguro, porque era por ahí.

### *Después de que a usted lo bautizan con el mote de Capitán Descalzo, ¿el Che también lo llamaba así?*

No, él me llamaba el Bárbaro del Ritmo.

### *Y hoy con qué sobrenombre usted prefiere quedarse, ¿con el de Bárbaro del Ritmo o con el de Capitán Descalzo?*

Con los dos, porque lo de Capitán Descalzo ya nadie me lo borra, eso quedó para la historia. Fíjate que una noche yo iba por un barrio en Sancti Spíritus y unos muchachitos decían: «Por ahí va el Capitán Descalzo». Oye, hasta en la oscuridad me conocen, y eso que yo soy más negro que la noche.

## **EL EVANGELISTA DE LA TROPA DEL CHE**

*Cuando Hugo Díaz Escalona llegó a la Sierra Maestra, entre sus escasas pertenencias llevaba una Biblia. Gracias a un amigo militante del Partido Socialista Popular se puso en contacto con el Che. Ante la pregunta del argentino, ¿qué hiciste en el llano?, solo tuvo una palabra: «Nada». «¿Cómo que nada, y a qué has venido a la Sierra Maestra?». «Porque me siento con el mismo derecho que usted de tumbar a la dictadura de Batista». Entonces, le puso la mano en el hombro como diciéndole: «Me fastidiaste», así lo cuenta quien entre los guerrilleros se ganó el mote de «el evangelista».*

No tenía armas y estaba muy flaco. Estaba destruido totalmente, porque había salido de mi casa el 5 de agosto de 1957 y me incorporé con el Che el 15 de septiembre, es decir, que estuve cuarenta y cinco días deambulando, casi sin ingerir alimentos, y me mandó para la escuadra de los descamisados, al frente de la cual estaba Ciro Redondo, quien fue un gran amigo. En esa escuadra, además de los sancionados, estábamos los que nos encontrábamos mal físicamente como los hermanos Acevedo y yo. Al otro día, el Che me mandó a buscar. Estaba junto a un hombre y me preguntó: «¿Es este René Cuervo?», a quien él estaba buscando porque se había robado un fusil y había traicionado. Y le respondo: «Sí, Comandante, es ese». René se tira de rodillas delante de él y le pide que le dé la mano aunque no lo pueda perdonar, y el Che le dice: «Mi mano no la estrecha ningún traidor», y mandó a que lo retiraran. Después sentí unos tiros y supe que a René Cuervo lo habían fusilado. Aquello fue para mí un gran ejemplo, porque como hijo de comerciante que era, nunca me había metido en política, y comprendí lo que era ser un traidor.

Pasado un tiempo, estoy en una posta con un compañero, y llega el Che en su caballo y me dice: «Hugo, ten cuidado no se te pegue la enfermedad que tiene este». Y yo

preocupado porque como él era médico, le pregunto: «¿Y qué enfermedad es la que tiene él?». «La más mala que puede tener un guerrillero. Acuérdate que me botaste un fusil en el combate de Pino del Agua; no se me ha olvidado, me la debes», le dijo. Otro día me mandaron a cubrir un camino para la Loma de Conrado, pero yo me confundo y me voy para la de Escudero. Mi jefe de escuadra pensó que yo me había ido, que había traicionado, o me había dado un tiro. Ciro, que ya me conocía, le dijo al Capitán que no, que yo no era hombre ni de traicionar ni de darme un tiro, porque ya Ciro conocía el cuéntame tu vida que había que hacerle al jefe del pelotón cuando entrabas. Al regresar, el Che me pregunta: «¿Qué dice el perdido?». «¿Cómo el perdido, Comandante?» Le expliqué lo ocurrido, pero que, no obstante, desde aquel lugar yo podía divisar los movimientos de cualquier guardia por la otra loma, y me dijo: «Estás aprendiendo, quédate con Ciro».

En los Descamisados conocí a muy buenos compañeros. Esta escuadra solo la tenía el Che, allí prácticamente no combatíamos pero le servíamos de mensajeros. Por ejemplo, cuando nosotros teníamos cercado a Sánchez Mosquera, que es cuando matan a Ciro Redondo, él me utiliza a mí y a otro compañero que le decían Juan Pescado y nos ordena ir a La Plata a donde está Fidel, para que le envíe parque. Entonces, Fidel le manda a decir que estaba muy escaso, que se retirara.

*¿Y esta escuadra no traía problemas en la tropa?*

No, lo que sí nos bonchaban porque como éramos los más débiles o los castigados, imagínate. Nos decían los desarraigados, pero no queríamos irnos de allí, porque todos aspirábamos a coger un fusil. A mí me pusieron El Evangelista porque yo era cristiano y llegué practicando el Evangelio, y me moteaban, y se reían de mí.

*¿Nunca tuvo ninguna discrepancia con él por practicar el Evangelio?*

Nunca tuve ningún problema con él. Ellos sí me moteaban, pero el Che nunca me lo criticó. Él era una persona superdotada, con un amor inmenso hacia los demás. Respetaba las creencias de cada cual, solo tenía que servirle a la Revolución. Después, me fui apartando del cristianismo porque me incorporé de lleno a la lucha, y tuve que tomar el fusil, y el propio Che me fue atrayendo hacia sus ideas. Al bajar de la Sierra, no practicaba la religión. Con el que mayores controversias tuve dentro de la escuadra de los Descamisados fue con uno que era miembro del Partido Socialista Popular, porque era el que menos quería trabajar, el que menos ejemplo quería dar y el que mejor quería vivir. Entonces, yo chocaba con él. Pero ya yo estaba compenetrado con la guerrilla y con la lucha, y había tenido que dejar la Biblia porque se me echó a perder con el agua.

Salgo de la Sierra Maestra junto con el Che, y después de pasar el río Cauto llegamos a una casa que cooperaba mucho con la Revolución y allí me dice: «Mira, Hugo, te voy a dar esta cámara, que se pierda el hombre, pero la cámara, no», porque él era muy aficionado a la fotografía. Sigo con la cámara, pero el forro que tenía era de cartón y con el agua se echó a perder y se sulfató. Ya en El Pedrero le digo: «Comandante, aquí está el hombre, pero la cámara no sirve». Me volvió a abrazar y me dijo: «Cumpliste, porque se habrá perdido en función, pero está ahí,» y me pidió que me quedara allí junto a él, en la Comandancia.

**MIGUEL, EL DEL CHE**

*Miguel Osorio no es de mucho hablar, prefiere llevar su historia en silencio. Tal vez por haber cuidado durante años al Che, aún pronuncia con cautela cada frase, como para no delatar a quien espiritualmente sigue siendo su jefe.*

*El haber pertenecido, durante la lucha clandestina, a la célula de Lidia Doce, quien era la mensajera de confianza del Che y le había escrito recomendándolo, le permitió a Miguel Osorio incorporarse a la tropa del guerrillero.*

Siendo ya jefe de la escuadra de la Comandancia, el Che llegó herido, y yo sacaba viandas para hacerle las comidas, calentaba el agua para el mate, hacía guardias y le cargaba la mochila de los libros. Después, durante la invasión, cocinaba para todo el pelotón. Más tarde soy ascendido a jefe del pelotón de la Comandancia.

***¿Era usted buen cocinero?***

Y lo soy todavía.

***¿El Che le elogiaba su sazón?***

Sí, porque los demás compañeros cocinaban el arroz empelotado, pero como a mí me enseñó a cocinar un chino, yo cocinaba el arroz desgranado.

***Miguel, ¿cuál era su función en la escuadra de la Comandancia mientras estuvo en la Sierra?***

Proteger al Che. Éramos un grupito que, siempre, cuando el Che se movía, íbamos con él. La guardia la organizábamos, tanto en la Sierra, como en la invasión, cada dos horas. Porque nuestra función era proteger físicamente al Che. Si venía alguien, tenía primero que comunicárselo a la guardia, después comunicármelo a mí, que era jefe de escuadra, y después decírselo al Che, para ver si él autorizaba.

***¿Cómo ustedes colocaban las hamacas para proteger al Che?***

Las armábamos cerquita siempre, rodeándolo a él. Solamente dejábamos el lugar por donde entrar. Yo dormía ahí, al lado de él.

***¿Qué hábitos tenía el Che?***

El siempre estaba leyendo. Se quedaba ahí, con el cabito de tabaco, siempre leyendo. Cuando los aviones bombardeaban, él se ponía a leer y nos decía que nos pusiéramos un palito en la boca. Eso nos hizo perder el miedo a los aviones, o al menos disimularlo, porque no teníamos medios para combatirlos y todos los teníamos miedo.

Cuando íbamos en la invasión, los primeros que comían eran los heridos; después los de la vanguardia, que eran los que más riesgos tenían de caer en las emboscadas; luego los de la retaguardia y los últimos éramos los de la Comandancia. Imagínese que en cuarenta y cinco días que duró la invasión hasta Los Arroyos, comimos once veces, y no comida caliente, a veces latería. La Comandancia era la última en comer y, dentro de ella, Che era el último.

Era de poco comer. A veces, cuando andábamos de recorrido por las tropas, Celia me daba, allá en Las Vegas, algún juguito para él, o melocotones, que le gustaban mucho. Entonces, se los daba por el camino para que comiera algo, pero cuando estábamos con la tropa, nunca comíamos nada que no comiera la tropa.

Cuando estábamos en la columna uno y en la cuatro, se trasladaba en un mulo que se llamaba Armando, que actualmente está embalsamado en el Museo de la Revolución. Le puso así porque quien se lo llevó se llamaba Armando Oliver. Era muy travieso, y en una ocasión se fue barranco abajo por una loma, pero no lo lesionó.

***¿Cómo era esa capacidad que tenía el Che para organizar la guerrilla, para que las cosas fundamentales del guerrillero estuvieran garantizadas?***

El Che era un jefe militar, tenía gran experiencia y gran capacidad organizativa. Hubo cosas en la guerrilla que eran muy propias de él. En el campamento, había elementos de la industria, un horno de panadería, un anfiteatro, un taller de armamentos, una enfermería. Lo que daba una idea de su organización.

*¿Alguna vez se ganó algún castigo del Che?*

Teníamos una disciplina férrea. Un día se me fue un tiro y me puso tres días sin comer, pero al segundo, Fidel le dijo que me retirara el castigo. Fue antes de comenzar la ofensiva; había bastantes víveres. Él se había ido con el Comandante en Jefe para La Plata y yo estaba en Las Vegas. Creo que me tomó de ejemplo, porque yo era su ayudante y andaba con él, y si no me castigaba a mí, imagínate, ya él había puesto castigos de ese tipo. Entonces, Celia me fue a dar un jugo y yo no lo tomé, porque el Che era médico y cuando me viera el semblante se iba a dar cuenta.

Acepté el castigo como los demás compañeros, pero triste porque había comida. Sentía olor y no podía comer. Además de eso, no dormía en una hamaca, dormía en el suelo.

*¿También lo castigó a dormir en el suelo?*

No, fui yo quien lo decidió, por el fallo de haberseme ido el tiro. Con tantas orientaciones que él nos había dado, al que menos podía írsele era a mí.

*Miguel, ¿cómo eran las conversaciones entre el Che y Fidel?*

Las conversaciones de ellos eran íntimas, yo los acompañaba y me quedaba durmiendo encima de la mochila, hasta que terminaran.

El único que jaraneaba con el Che era Camilo. En muchas ocasiones, Camilo le tiró el caballo al Che. Otro día, estábamos en la Comandancia de El Hombrito, llegó Camilo y le desató la hamaca, el Che se cayó, y dijo: «Esto es una camilada más». Yo estuve dieciocho meses alzado con él. El Che, ante todo, era un hombre muy humano, a pesar de que no tenía el carácter risueño de Camilo. Ayudaba a los campesinos, les daba asistencia médica y, sin ser dentista, les sacaba las muelas. A Camilo le sacó un cordal, sin anestesia. Le decía, aguantándose a un árbol grueso que había allí: «Argentino, ¿me arrancas la quijá o me sacas la muela?», porque él no se quejaba, lo que quería era que se la sacaran al igual que la mayoría.

Lo mismo pasó cuando hieren al Capitán Lara en los llanos de Bayamo. Llega herido a Las Vegas de Jibacoa, y hay que sacarle los fragmentos de mortero de una pierna, y el Che es el que comienza a intervenir, en presencia de Celia y de Fidel, antes de que lleguen los otros médicos. Entonces, se le da a Lara un poco de bebida y le comienza a extraer los fragmentos de mortero. Lara ni se quejaba.

*¿Gestos del Che para con la tropa, que no podría olvidar?*

Cuando saca a Joel herido en medio del combate de Mar Verde, porque Joel era uno de los más jóvenes de su tropa, tenía quince años, tres de los casquitos de Sánchez Mosquera le están apuntando, y al ver el gesto aquel del Che, de sacar a uno de sus oficiales herido, no le disparan.

Su humanismo se veía a diario con los enfermos.

*¿Es cierto que Celia Sánchez le decía a usted Miguel, el del Che?*

Eso fue en la columna Uno de Fidel, porque había varios Miguel, entonces ella, para diferenciar, me puso Miguel el del Che, y así me conoce la mayoría de mis compañeros.



*Del gran empresario que pensaba ser cuando marchó a estudiar a los Estados Unidos, como hijo de rico comerciante, Enrique Oltusky se convirtió después, en uno de aquellos «locos» que enfrentaron la dictadura de Batista.*

*Nunca imaginaría aquel hombre que los conocimientos que fue a adquirir en los años 50 a una universidad norteamericana, le permitirían, luego del triunfo revolucionario, trabajar varios años junto al Che en el Ministerio de Industrias, y ganarse su confianza.*

*El actual viceministro de la pesca, es autor de los libros Gente del llano y Pescando recuerdos.*

*Para Oltusky, hay una doble vida, la de hoy y la de los recuerdos. De esa, la de los recuerdos que guarda de los años vividos juntos al Comandante Guevara, conversamos.*

A finales de 1958, yo era el jefe del Movimiento 26 de Julio en la antigua provincia de Las Villas, y me llega una carta de Fidel, en la que me anuncia el arribo del Che a este territorio, de quien debía recibir orientaciones y subordinarme a su autoridad.

Entonces subo al Escambray. Llego de noche, después de una fuerte lluvia y batiéndome con el fango, guiado por quienes habían sido mis compañeros en el llano.

Cuando llegamos, tenían una fogata encendida y había cantidad de hombres alrededor de ella. Nos fuimos acercando y, entre todos, el Che se distinguía por la barba y la forma en que vestía. Quienes lo rodeaban eran gente de la zona, que querían conocerlo y hablar con él, por lo que, en ese momento, no pudo atenderme. Lo saludé y me aparté hasta que vinieron a avisarme que el Che me esperaba en una casita. Estaba sentado, comiendo y me invitó a comer. Cogía la comida con los dedos, pero yo que no sabía lo que era la vida de guerrilla y estaba acostumbrado a comer con cubiertos, le dije: «No, Che, no tengo hambre» Y me respondió: «El guerrillero tiene que comer cuando encuentra la comida, porque nunca sabe lo que va a pasar después».

*¿Y que más ocurrió esa noche cuando se conocieron en el Escambray?*

Esa noche, él me cuenta cuál iba a ser la estrategia de lucha y cómo se iba a ocupar el territorio liberado, tal y como se hizo en la Sierra Maestra, y una vez que hubiera suficiente territorio, comenzaría a desarrollar la Reforma Agraria. Me pregunta cuál era mi opinión al respecto, y le doy mi versión de cómo debía hacerse la entrega de tierra a los campesinos. Creía que me la había comido, y cuando termino me dice: «Tú eres un reaccionario. Igual que toda la gente del llano»; porque, para él, los que luchábamos en las ciudades éramos unos conservadores, y los que estaban en las montañas tenían las ideas más radicales. Había algo de verdad en eso, pero no como él lo decía. Ahí sacamos tremenda discusión. Manifestó que yo era un tipo que no estaba a la altura política, ni filosófica en la que él y otros compañeros estaban. O sea, que nuestro primer encuentro fue un encuentro donde discrepamos.

*¿Y usted se molestó?*

Tremendamente. Nos dijimos palabras fuertes. Yo a él, y él a mí, pero eso no significó un rompimiento, porque teníamos instrucciones de Fidel de unírnos y de apoyarnos mutuamente.

*Concretamente, ¿en qué discrepó usted del Che?*

Yo planteaba que la tierra cubana, efectivamente, estaba mayoritariamente en manos de latifundistas, pero propietarios, gente que poseyera la tierra y que la trabajara, prácticamente no había. De ahí, la idea de que la tierra se le entregara a quien físicamente la trabajara. Una gran parte de la tierra que poseían estos latifundistas estaba ociosa. Mi criterio era que se le confiscara la tierra a quien no la aprovechara, es

decir, que pasara automáticamente al poder nuestro; y al individuo que poseyera mucha tierra, pero la mantenía en explotación debía comprársele. Además, que la tierra entregada no debía ser gratis, sino que quien la recibiera debía pagarla, aunque fuera a precios módicos, y que en caso de ser necesario, el Estado le prestaría dinero para que la desarrollara. Esa fue la tesis que yo planteé, entonces él me dice:

«¡Cómo, venderle la tierra a quien la trabaja! Eres igual que toda las demás gentes del llano, eres un burgués». Y yo le respondí: «¿Qué tú quieres Che, regalársela? No es lo mismo que te la regalen a que tú tengas que adquirirla. No hablo de precios exorbitantes, sino mínimos, pero que la gente sienta que esa tierra le costó su trabajo, que no es un regalo». Pero él no pensaba así.

*¿Y por qué usted cree que él tenía esa visión de la gente del llano?*

Porque él, en ese momento, era un comunista hecho y derecho, y nosotros éramos gentes con ideas avanzadas, gentes de izquierda diría yo, pero no habíamos llegado al nivel de desarrollo político que él tenía en esos momentos.

Hablamos de la necesidad de que el llano apoyara a la guerrilla de la sierra, de la necesidad de reunir dinero para adquirir armas y alimentación.

El Che y yo hicimos un balance de todo lo que la guerrilla necesitaría, y sacamos como conclusión que eran cincuenta mil pesos. Entonces, quedé en que iba a organizar una recogida de dinero aquí en la provincia, para garantizar esa cantidad, cosa que logramos. Ese dinero se lo envié con Aleida March, porque ella tenía un papel muy activo en el 26 de Julio. En esa época, las mujeres trabajaban con mucha valentía. Andaban con unas sayas muy anchas y largas hasta los tobillos y debajo de ellas transportaban armas, parque, propaganda, dinero, de todo. Fidel cita a una reunión en la Sierra Maestra, y tengo que salir para allá, entonces mando a Aleida a que le lleve el dinero. Así es como ella conoce al Che.

*Es decir, que usted fue quien propició el encuentro entre ellos.*

Así es. Ella le entrega el dinero, pero comienzan todas las batallas que tienen lugar antes de la toma de Santa Clara, y no puede bajar las lomas del Escambray, y se queda junto al Che. Poco a poco se va convirtiendo en su secretaria. Se toma la ciudad de Santa Clara, y ella sigue con él, hasta que el 2 de enero entran en La Cabaña, en La Habana, y sigue trabajando junto a él. A los pocos días de estar allí, el Che le dice que sus padres vienen de Argentina, y le pide que lo acompañe al aeropuerto a recibirlos. En lo que se están preparando para partir, él le enseña una carta que le envía a Hilda Gadea, su esposa, a quien había conocido en México, y era la madre de su primera hija, Hildita. En la carta, el Che le decía a Hilda, que no viniera para Cuba porque su relación con ella había terminado definitivamente. Y, además, porque se iba a casar con una muchacha cubana. Aleida le pregunta: «¿Con quién te vas a casar, Che?». «Con quién va a ser, contigo». Y así es como él se le declara.

El Che, a partir de ahí, la perseguía, y cuando ella se descuidaba él le tomaba la mano, hasta que se hicieron novios.

*¿Cuándo se vuelve a encontrar usted con el Che?*

Al triunfar la Revolución, él es nombrado Presidente del Banco Nacional y a mí me nombran ministro de Comunicaciones. Él tenía el criterio de que debíamos crear nuestros propios mecanismos de comunicación internacional, porque, hasta ese momento, las comunicaciones de Cuba con el mundo exterior pasaban por los Estados Unidos, y cuando las cosas empezaran a ponerse malas entre ellos y nosotros, una de las acciones que podían tomar era incomunicarnos. De ahí, la idea de crear una radio que llegara a todo el mundo, que fue lo que después se llamó Radio Habana Cuba, en

aquel entonces la llamamos Radio Revolución Cubana. Empezamos a trabajar, fui a Europa, compramos los primeros equipos de lo que es hoy Radio Habana y el Che, que fue el fundador de Radio Rebelde, estaba detrás de todo eso. Otra idea era la de crear Prensa Latina, y ahí también trabajé con él. En esos contactos, nuestros lazos se estrecharon y él fue cambiando aquella idea sobre mí de que era un tipo conservador. Me lo hizo ver un día en el que me pone la mano en el hombro y me dice: «Sabes, tú no eres tan hijo de puta como yo creía». Por eso, en la carta que yo le mando con Pachungo, pidiéndole que me lleve con él a Bolivia, después de darle todas las razones, firmo: «El polaquito hijo de puta».

*A propósito de esa carta, usted comienza diciendo que entre las razones por las que quisiera que el Che lo llevara a donde fuera a combatir, estaba el hecho de cambiar esa imagen de acomodado, que había sobre su persona. ¿En qué medida ha pesado esa imagen sobre usted?*

No me refería solo a mi persona, sino que estaba ironizando, porque él y yo desarrollamos una gran confianza en el plano personal. A él, todo el mundo lo trataba con un respeto extraordinario, pero él y yo bromeábamos y nos decíamos cosas para fastidiarnos, porque había mucha confianza entre nosotros. Entonces, mucha gente cuando nos escuchaba hablar se erizaba por lo que nos decíamos, pero era el resultado de una confianza muy sólida y profunda. Por eso, en la carta le digo estas cosas, de manera irónica.

*¿Cómo se ganó la confianza del Che?*

Con mi actuación. Qué cosa más importante que Radio Habana Cuba, que Prensa Latina, que a menos de cinco meses de triunfar la Revolución, fui uno de los primeros firmantes de la ley de Reforma Agraria sobre la que armamos la primera bronca en el Escambray. Después, mi actuación como ministro, todas las cosas que hice, hasta que a mediados del año 60 paso a trabajar con él. Estuve cinco años a su lado, hasta que se fue. Trabajé en la organización del Ministerio de Industria; después fui su viceministro de desarrollo técnico. Posteriormente, él me lleva de vicepresidente de la Junta Central de Planificación (JUCEPLAN). De ahí, esa gran confianza que existía entre nosotros.

*Pero otras personas que tuvieron muy buena relación con el Che nunca se atrevieron a tutearlo, ni alcanzaron ese clima de confianza. ¿Dónde cree que estuvo el secreto de esa empatía?*

Yo pienso que el carácter de nosotros tuvo que ver. Hay cosas que no son aritméticas, que son sentimentales. Hay personas que se conocen y nunca llegan a desarrollar esa empatía de la que tú me hablas. Pero, pensando en lo que me acabas de decir, creo que eso empezó el mismo día en que nos conocimos: que llegara un tipo ahí, jefe del Movimiento en la provincia, topara con él, con el respeto que a él le tenían, con la figura que ya era, y que no tuviera reparos en decirle todo lo que esa noche le dijo, al igual que él me las dijo a mí, y a discrepar con él como discrepé... Eso, en una gente como él, debe haberle llamado la atención. A partir de ese momento, el trato fue como si nos hubiéramos conocido de toda la vida.

*¿Usted siempre lo tuteó?*

Siempre. Desde que nos conocimos nos tuteamos. En los Consejos de Dirección nos tuteábamos delante de todo el mundo, y a veces sacábamos bronca delante de los demás.

*Son tantas las anécdotas que se cuentan de su etapa como ministro de Industrias. Realmente, ¿qué se escondía detrás de aquel hombre?*

Bueno, hay que decir: ¿qué tenía el Che? Cuáles eran los rasgos más importantes de su persona. Pienso que eso es algo más bien genético. Él todo lo pasaba por un filtro, y lo injusto no lo aceptaba. Fuera lo que fuera, y viniera de donde viniera. Nada que fuera deshonesto lo aceptaba. Otro rasgo importante era su cultura. Era un lector extraordinario, de una cultura universal y eso lo hacía superior a todos nosotros. Y otra característica de su personalidad que no ha sido lo suficientemente resaltada porque lo empaña ese criterio de hombre duro y frío, era su sensibilidad humana. Él era duro contigo, porque él decía que entre dos personas que tuvieran un tipo de relación de amistad, de trabajo, de política, siempre debía prevalecer la verdad, que uno no debía guardar reservas al otro, sino que lo que tú pensaras de mí, debías decirlo. Tanto es así, que él evaluaba sistemáticamente a sus subalternos. Lo hacía en el Ministerio de Industrias, y después lo hizo en Bolivia, y en todas partes. Él te evaluaba y te aceptaba que le dijeras lo que tú pensabas de él. Por principio, él fomentaba esa discusión.

Otro rasgo era su sentido de la organización. Aquel Ministerio de Industrias era una institución organizada, planificada. Ahí yo me convertí en el director de organización porque yo estudié mi carrera de ingeniería arquitectónica en los Estados Unidos, pero hice además una especialización en organización del trabajo, porque mi idea era terminar la carrera, regresar a Cuba, fundar una compañía de construcción y hacerme rico. Pero cuando regreso a Cuba, consigo trabajo en la Shell, una empresa súper organizada y una de las más grandes del mundo. Por tanto, cuando comienzo a trabajar con el Che, yo soy la persona que él designa para que diseñara cómo debía organizarse el Ministerio, las empresas, y ahí pasábamos las madrugadas discutiendo. El Ministerio de Industrias fue un ejemplo de estructura empresarial moderna, siempre se trabajó con una estrategia, con planes de desarrollo y planes a largo plazo.

El Che tenía una frase que repetía constantemente: «Creo en el hombre, pero lo controlo».

*Usted decía que todo el mundo tiene dos vidas, una de ellas es la de los recuerdos. ¿Qué momentos de los vividos junto al Che guarda de una manera muy especial y forman parte de esa otra vida?*

Mi padre era un hombre rico aquí en Santa Clara. Tenía fábricas de calzado, era dueño de la tenería de Santa Clara. Lo nacionalizaron, y aquel hombre perdió la razón de su vida. Y un día le digo al Che que yo quería que él hablara con mi padre. Mi padre no se había ido de Cuba porque su hijo era un revolucionario. No era un político, era un tipo rico. Entonces me dice «Tráelo, que voy a hablar con él». Al otro día le digo al viejo: «El Che quiere hablar contigo». «¿Conmigo?, ¿Qué va a hablar el Che conmigo?». «Yo le he dicho que tú sabes mucho de la industria del calzado», le respondí.

Che nos recibe en su despacho, en una especie de salita que había a la entrada, y le dice: «Quería conocerlo, porque sé de su vida, por su hijo, y sé que usted es un experto en la industria del calzado. La revolución, al igual que ha hecho con la vivienda, la ropa, la alimentación... quiere darle una atención priorizada al calzado. ¿Qué usted cree que debemos hacer para desarrollar esta industria?». Mi padre empezó a hablar. Era un súper experto en eso, y el Che lo escuchaba embebecido. Cuando mi padre termina, el Che le dice: «Nunca me habían hablado con la claridad que usted lo ha hecho, de lo que debe ser una industria del calzado, algo que yo considero fundamental, y se me ocurre una idea, tengo una propuesta que hacerle: ¿Aceptaría usted ser el inspector nacional de la industria del calzado?» Mi padre se sorprende y Che le insiste: «Sí, usted. ¿Por qué no? Usted puede ayudarnos mucho». «Está bien, acepto», le respondió.

Cuando salimos del Ministerio, mi padre, que había entrado todo jorobado y derrotado, salió derecho y con otra cara. Había perdido todos sus bienes, pero volvió a encontrar la razón de su vida, que era trabajar en lo que disfrutaba, porque él era un trabajador incansable.

Eso, Che lo hizo muchas veces con gentes que no eran revolucionarias, pero que sentían gran satisfacción con el trabajo y entonces los captaba. Compañeros que pensaban irse de Cuba, técnicos de empresas que nacionalizaron, y que el Che convenció para que se quedaran y hoy son gentes con tremenda fama de revolucionarios.

*Casi al concluir este recuento, Oltusky me narra otro de los recuerdos que forman parte de su otra vida. Me confiesa que mantuvo en secreto esta historia durante cuarenta y cinco años.*

Una tarde mientras caminábamos al atardecer por aquellas lomas del Escambray, nos alejamos un poco de los compañeros. De pronto, sale una de las avionetas que usaba el ejército batistiano para patrullar las montañas y ametrallarnos cuando nos descubrían, cosa poco usual a esa hora porque era cuando ya ellas se retiraban para Santa Clara. Aparece la avioneta y nos sorprende a él y a mí caminando por un sendero. Automáticamente, comencé a correr hasta que me escondí detrás de un árbol de tronco muy grueso, pero el Che se quedó donde estaba, en medio del camino y con el rifle tirándole a la avioneta, y esta ametrallándolo a él. La avioneta huyó, tal vez porque sintió que le estaban disparando, y él empieza a buscarme. Yo lo miraba desde detrás del árbol y no tenía ningún deseo de enfrentarme. Hasta que decidí caminar hacia él, bajé la cabeza y no hablé. Puso la mano en mi hombro, y me dijo: «no te preocupes, esto quedará entre nosotros».

## **FUI COMO LA SOMBRA DEL CHE**

*El General de Brigada Harry Villegas es uno de los combatientes cubanos que más tiempo vivió al lado del Che, o tal vez, el que más le siguiera sus pasos. Hombre sencillo y modesto, asegura que nunca ha tratado de imitar al Che, aunque el solo hecho de haber estado diez años a su lado es suficiente como para tenerlo presente en muchos de sus actos.*

*Harry habla del Comandante Guevara como el hombre que fue. Haber sido jefe de su escolta le dio la oportunidad de compartir junto a él la hora del sueño bajo un mismo árbol; la escasa ración en los tiempos de combate; o la misma casa después del triunfo de la Revolución. El haber desandado, juntos, montes en la Sierra Maestra, en el Congo y en Bolivia, a veces a la zanca del propio Che, hacen que hoy el General Harry Villegas hable del inmortal guerrillero despojado de toda mística.*

*Villegas, el Pombo de la misión en el Congo; uno de los tres sobrevivientes de la guerrilla boliviana, y hoy Héroe de la República de Cuba, tuvo su primer encuentro con el Che a los dieciséis años, para poco tiempo después formar parte de la escuadra de la Comandancia, en la Sierra Maestra. Entonces, aquel muchacho no se separaría más del Comandante Guevara hasta su muerte.*

Cuando hablo de la audacia del Che siempre menciono la batalla de Santa Clara, porque allí él dio muestras de un arrojo extraordinario. Recuerdo que el batallón de nosotros avanzó por la carretera de Camajuaní. Estando en la Universidad yo llevaba el pelotón por los dos flancos y Che me llamó la atención y me dijo que avanzara por el centro. No sabía qué quería. Avancé por el centro un pedazo, miré y no lo vi, y volví otra vez a avanzar por los flancos. Me volvió a llamar y me explicó que él quería que le

demostrara a los soldados de mi pelotón que eran nuevos, que había que ser valientes, que les diera esa muestra de valentía. Y aunque para mí no tenía ni el más mínimo sentido avanzar por el centro de la carretera, lo hice. Después, cuando llegamos al puesto de mando donde estaba la Delegación de Obras Públicas, salió de allí, con Aleida y conmigo, a recorrer la ciudad. Todavía Santa Clara no había sido tomada y la gente salía a darle vítores al Che y decía: «Viene con dos mujeres: con una rubia, que era Aleida; y una negrita, que era yo, porque tenía el pelo largo».

El Che dio en Santa Clara una manifestación de audacia, de valentía extraordinaria, de temeridad, porque fue capaz de entrar estando todavía toda Santa Clara en poder del Ejército, sin saber cuál era la ubicación real del ejército, y sin tener fuerzas nuestras dentro de la ciudad. Aleida y yo lo acompañamos por toda la ciudad, y lo que más me impresionó fue la acogida del pueblo. La alegría que había en aquel pueblo. A mí por lo menos, me impresionó mucho, porque nunca había estado en una capital de provincia, ni siquiera en Santiago de Cuba, la de Oriente, donde había nacido.

Dentro de la ciudad nos sorprendió una tanqueta, por lo que tuvimos que correr aproximadamente una cuadra, mientras nos tiraba con su ametralladora, y eso nos hizo romper el contacto. La gente nos halaba para dentro de las casas, y en una de ellas logramos meter al Che y a Aleida. Yo seguí corriendo hasta el final. Lo que más me impresionó de Santa Clara fue, primero, la valentía del pueblo de adherirse al Ejército Rebelde sin saber realmente si íbamos a triunfar, porque la ciudad tenía tres mil soldados y el Ejército Rebelde tenía trescientos, así que había una correlación a favor de ellos de diez a uno; y segundo, la ciudad.

De la propia batalla, siempre recuerdo la toma del Gran Hotel, hoy Santa Clara Libre, porque fue un momento muy tenso. Nosotros pusimos la ametralladora en el teatro La Caridad, en un balconcito, y de allí empezamos a tirar. También le disparamos desde el gobierno provincial, que estaba enfrente.

#### *¿Dónde se encontraba el Che en ese momento?*

El Che estaba ahí. Comenzamos a avanzar y tratamos de ocupar el hotel, donde estaban los Servicios de Inteligencia Militar. Fuimos quemando el hotel piso a piso, y entonces el Che dijo que esperáramos, a ver cómo aquello se desenlazaba. Nos acostamos en los bajos del cine, que estaba al lado, y estando allí, llegó la noticia de la huida de Batista. El regocijo fue tremendo, y el Che nos dijo: «Espérense un momentico». Llegó Núñez Jiménez, y se mandaron unos emisarios al cuartel para ordenar la rendición. Todo fue impresionante para nosotros. Lo tenso del tiroteo dentro del hotel, el desplazar a los del Servicio de Inteligencia piso a piso porque ellos eran gentes muy comprometidas, y estaban obligadas a combatir, y porque aquí conocimos del triunfo de la Revolución.

Cuando entramos a la ciudad de La Habana, para el Che fue impresionante el túnel, y Fernández Mell, que venía en el mismo carro con nosotros, le explicó que íbamos pasando por debajo de la bahía. Le impresionó porque no concebía que hubiera una obra de aquella magnitud en nuestro país. Después, la actitud que mantuvo con los soldados del Ejército de Batista, de respeto, de consideración, siempre bajo la concepción de que el jefe era él. Asumió la dirección de La Cabaña con mucha ecuanimidad, con mucha justeza, con mucho respeto a los oficiales que allí se encontraban. De allí, nos dirigimos a la casa.

#### *¿Qué casa?*

La casa a donde fue a vivir, la que había sido anteriormente del jefe de La Cabaña, la de Fernández Miranda, hermano de la esposa del dictador Fulgencio Batista, y cuando

llegamos allí, también fue muy equitativo. Distribuyó las habitaciones. Tomó una para él, pero no nos dijo: ustedes van a dormir para otro lado, sino que nos quedamos allí como parte de su seguridad, como parte de esa familia que había nacido desde que estábamos en la Sierra Maestra. Y nos advirtió que no tocáramos nada, que respetáramos todo lo que había en la casa, y así se hizo. Los cocineros que teníamos eran los mismos del Ejército.

***¿No desconfió nunca de ellos?***

Si desconfió, no lo demostró; y estuvieron atendiéndonos durante mucho tiempo. En La Cabaña sí hubo que organizar algunas cosas, por disciplina; organizar la policía militar, de forma que pudiera establecerse el orden.

Yo le tenía mucho miedo a la ciudad y la miraba desde la estatua del Cristo, y un día me llamó el Che y me dijo: «Caballerito, ¿usted piensa comer sin trabajar? Eso solamente lo pueden hacer los burgueses y usted no es burgués». A partir de ese momento, tuve que empezar a trabajar. Yo era jefe de escolta, organizamos dos parejas y comenzamos a salir unas veces Castellanos y yo, o Hermes y yo, o Castellanos y Argudín, y así sucesivamente comenzamos a salir por la ciudad.

***¿Era un hombre fácil de cuidar?***

No nos resultaba difícil, porque ya nos habíamos habituado a andar con él desde la Sierra. Lo que él no permitía es que uno empujara a la gente; algo complicado, porque todo el mundo quería verlo. Todo el mundo quería tirársele encima, y entonces había que cerrarse, y él no permitía que eso se hiciera con brusquedad; pero uno tenía la misión de cuidarlo; por tanto, a veces no podíamos oír lo que él decía. Cuando veía que uno empujaba a la gente decía: «Eso no se puede hacer así, tiene que ser con más cuidado».

Por ejemplo, una vez yo iba manejando y se me tira un carro que venía de frente, entonces doy un corte. En ese instante, se baja una mujer de la acera, él me recrimina y me dice: «Cómo te vas a tirar contra la mujer, ¿por qué no chocaste contra el carro?». Y le respondí: «Usted cree que yo soy bobo, ¿cómo voy a chocar contra el carro? Además, estoy arriesgando su vida».

***¿Con cuántas personas acostumbraba a andar?***

Con dos, y en un solo carro. Por lo general, íbamos detrás.

***Como jefe de escolta tuvo que cumplir varias misiones junto al Che y por el Che. De esas misiones, ¿cuáles son las que más recuerda?***

Por ejemplo, en Santa Clara, cuando la batalla, él se montó en una tanqueta y nosotros íbamos a pie junto a ella, protegiéndolo con una ametralladora y un lanzacohetes, porque esa era la tarea de nuestra escolta, eran cosas para mí rutinarias.

***¿Pasó muchos sustos?***

¡Ah, miles!

***Harry, se habla mucho de la austeridad con que vivía el Che. ¿Hasta qué punto usted puede dar fe de esa austeridad?***

Más que austeridad, el Che lo veía como una forma de autoeducarse, y de educarnos a nosotros. No concederse ninguna licencia extra por el cargo que desempeñaba en aquel momento. Pienso, además de esto, que el Che a veces se sentía presionado por el hecho de ser extranjero, y no quería que la gente pensara que había venido aquí con ese interés. Debíamos recibir realmente lo que nos correspondía, y no pedir nada extra.

Esta valoración que te estoy dando, a mí me tocó de cerca, porque yo era el jefe de la casa, de la guarnición. En un momento, un compañero le comunica que hay dificultades con la distribución de algunos alimentos para la población, y el Che le dice que iba a averiguar. Cuando averigua, viene y me pregunta que de dónde habíamos buscado la comida que teníamos en la casa, si todo lo que había era lo que nos correspondía por la libreta de abastecimiento. Le digo que no es lo que nos corresponde por la libreta, que son algunos abastecimientos que, como jefe de la guarnición, he gestionado a través del Ministerio de las Fuerzas Armadas. A partir de ese momento, me prohibió hacer cualquier tipo de gestión; teníamos que circunscribirnos a lo que nos correspondía solamente.

*¿Y a partir de ese momento vivieron solo con lo de la libreta de abastecimientos?*

Solo con lo de la libreta, que no es la de hoy.

*¿Y con su familia, cómo ponía en práctica esa austeridad?*

No buscaba nada adicional para su familia, lo que no quiere decir que no se resolvía, porque uno siempre hacía sus gestiones, pero él no lo buscaba. No permitía a la familia obtener algo en virtud de la posición que él ocupaba.

*Acerca del estilo de trabajo, de la exigencia del Che como ministro. ¿Usted cree que se ha exagerado o idealizado su forma de actuar?*

Yo creo que su método y estilo de trabajo respondían a sus concepciones modernas. El Che insistía en que para dirigir había que tener un sistema adecuado de información, y ser capaz de interpretar esa información. Insistía en que era necesario estudiar la estadística como una disciplina, y la impuso como una materia en las escuelas de administración y dirección de empresas que creó aquí en Cuba, porque eso, para él, era importantísimo.

Para el Che, el centralismo democrático no era más que la dirección colectiva y la responsabilidad individual. El dirigente tenía que tener un estrecho vínculo con el trabajador, pero sin excluir su responsabilidad como dirigente.

Su Consejo de Dirección trabajaba con informes valorativos que le mandaban los directores de empresas de todo el sector que cada empresa abarcaba. Allí se reflejaba de manera profunda las capacidades que tenía cada industria, el nivel de empleo, y la disponibilidad que tenía en ese momento. También las posibilidades que había de sustituir la materia prima de exportación por materias primas nacionales, así como las relaciones que había entre las diferentes organizaciones y los trabajadores. Había que decir cuáles eran las perspectivas, industria por industria; es decir, no le interesaba solamente lo que el hombre tenía, sino cómo pensaba proyectarse hacia el futuro. Este informe se mandaba con meses de antelación al Consejo de Dirección, de forma tal que el cuerpo de inspectores, que él tenía pudiera ir y corroborar la veracidad de esa información. Después, cuando iba al Consejo de Dirección, ya él tenía los dos elementos: lo que decía el director de la empresa, y lo que se había corroborado en el lugar, y ya iba con las decisiones de qué medidas tomar. De forma tal, que todo el Consejo de Dirección, donde estaban los vice-ministros y los directores de empresas, tuvieran un dominio exhaustivo de la actividad que ellos realizaban en todos los aspectos. Ese era un método práctico, y le permitía al Che tener éxitos en todo lo que era la economía de nuestro país y, por tanto, no creo que se haya exagerado con todas esas anécdotas.

*Cuentan que cuando había algún faltante en una provincia, el Che no dejaba de insistir hasta que se ajustaran bien las cuentas.*



Es cierto, porque formaba parte de su método de dirección. Tenía un estricto control de los medios. El mismo concepto de disciplina que el Che tenía en la guerrilla, de hacer lo que estaba normado, porque disciplina es eso, cumplir estrictamente con lo que está normado, ese concepto lo lleva a la industria. El hombre que cometía un error tenía que cumplir con la sanción que se le imponía, y para eso se creó Guanahacabibes. Cuando un hombre cometía un delito, se llevaba a los tribunales, pero siempre se trataba de que no se fuera injusto con él, y valoraba en qué condiciones se producía el hecho, y todos los aspectos de carácter humano que podían haber influido en que ese hombre cometiera ese error. El delito era otra cosa, porque implicaba un cambio en la toma de conciencia del hombre de no apropiarse de los recursos de la sociedad. Tenía también un sistema de inspectores muy fuerte, que jugaban con todo. Un sistema de información, y los inspectores, cuando iban y verificaban, detectaban un sin número de cosas en contacto con los obreros y las organizaciones. Y ellos tenían confianza, porque sabían que cuando llegaba allí el Departamento de Inspección del Ministerio de Industrias iba a ser imparcial e iba a transmitir la información que había. Cuando la gente decía que las relaciones entre la administración y el sindicato eran malas, se profundizaba para ver por qué eran malas; y cuando el partido y el sindicato decían que había problemas con el empleo, se sentían apoyados porque ellos sabían que eso se iba a analizar en el Ministerio; o sea, que todo esto le permitía al Che luchar contra el empleo inadecuado de los recursos, contra las pérdidas.

*Mientras el Che fue ministro de Industrias usted también estuvo dirigiendo una entidad del ramo, ¿no?*

Estuve un tiempo administrando una de las primeras empresas mixtas, se puede decir, porque se nacionalizó la parte del capital que era cubano y quedó la parte del capital que era mexicano, y allí estuve un tiempo, hasta que se terminó de construir la fábrica de sanitarios nacionales que está en San José de las Lajas.

*¿Nunca tuvo problemas con el Che?*

Sí, por recursos mal empleados, y tomó medidas conmigo. Una vez casi se me para la fábrica; él me había aprobado un presupuesto para hacer un almacén y lo invertí en hacer un horno rotativo de frita, material con lo que se hace el vidriado de los azulejos, y los baños, pero yo no tenía cómo importar la frita, y había leído y me había aconsejado por un proyecto que localicé con un ingeniero mexicano, que se podía hacer un horno rotativo de alta temperatura donde se le echara un vidrio homogéneo y que ese vidrio podía servir para sustituir otros productos que se utilizaban para hacer una buena frita. Sencillamente me la jugué, e invertí veinte mil pesos en todo eso. Salí bien, dos o tres veces estuve mal, pero bueno una mañana logré que se fundiera y empecé a producir la frita con todos los vidrios de la Coca Cola, que eran homogéneos, tenían el mismo color y eso me permitía usarlos. Me requirió, porque eso era un delito de malversación técnica, pero solo me llamó la atención, no me puso ninguna sanción.

*¿Solía acompañarlo en los trabajos voluntarios?*

En varias ocasiones participé junto a él, en la zafra y en el reparto Martí. Fui también a la escuela Camilo Cienfuegos, allá en Las Mercedes, en la provincia de Oriente. Como parte de su escolta, tenía que acompañarlo para cuidarlo y trabajar junto a él.

Él no nos permitía que nos estuviéramos mirando. Teníamos que estar ahí con el fusil al lado, pero con el machete en mano cortando la caña. Yo no simpatizaba mucho con el trabajo voluntario, pero lo hacía, y lo hacía gustoso.

*¿Cómo era la relación del Che con los obreros en el trabajo voluntario, cómo lo asumía?*

Yo pienso que él realmente disfrutaba el trabajo voluntario. Él se sentía muy bien compartiendo con los trabajadores y hablando cosas amenas con los trabajadores; sentir que los trabajadores llegaban a él con confianza y le dijeran: Che esto y lo otro, y le contaran las cosas. Para él, esto tenía tanta importancia que lo adoptó como un método de trabajo, porque le permitía intimar más. En un mitin, por mucha confianza que hubiera, siempre se mantenía una distancia, y en estos casos no, porque la gente lo veía con la carretilla para acá y el machete para allá.

*¿Trabajaba junto a los obreros o se aislaba de ellos?*

Por lo general, junto a los demás obreros. No siempre permitía que se le hiciera un área. En la caña sí se le hacía un área un poco aparte, pero cuando iba a una fábrica de galletas o de refrescos, se sumaba a la cadena normal de los trabajadores. Siempre estaban las medidas de seguridad, pero él buscaba a la gente y corría de aquí para allá, con la forma dinámica que él tenía.

*¿Iba en su auto o en un camión junto a los demás trabajadores?*

Dependía del lugar a donde se fuera. Cuando se salía del Ministerio, a veces íbamos en el camión, y después iba el auto y lo recogía a la hora que él tenía que regresar.

*¿Cuando usted refería ahorita que él se autolimitaba por ser extranjero es porque le escuchó decir algo alguna vez?*

No; eso es una apreciación mía. Hay algunos escritos, por ejemplo cuando estaba en África, donde él valora que se encontraba en la misma coyuntura de cuando comenzó en Cuba, que la gente lo veía como un extranjero, y que cuando estaba en África, hasta los cubanos lo veían como un extranjero, y que eso le quitaba un poco de autoridad. Esto es una valoración de él. Quizás él se propusiera como objetivo no darle a nadie una oportunidad para que le pudieran señalar una debilidad, y eso lo hizo llevar una vida bastante austera.

*Cuando dice eso en África, ¿es porque había alguna razón?*

Es una valoración que hace él subjetivamente, con la gente, porque hubo compañeros que pidieron no continuar la lucha, y él consideraba que esa solicitud podía estar dada porque él había perdido un poco de autoridad; por el hecho de haberse publicado la carta, de haber renunciado a su condición de cubano. Fue una valoración muy personal de él, pero no porque haya habido alguna manifestación de desacato, ni de no aceptación, porque todos los cubanos que participaron con él en África, y después en Bolivia, lo idolatraban, sentían un gran respeto y cariño por él, un gran reconocimiento por sus enseñanzas y por todo lo que hizo por Cuba, y se valoraba mucho esa capacidad de austeridad, de exigencia, de ser un hombre organizado, con cultura, y de ser una gente capaz de sistematizar toda la experiencia que se había vivido en la guerra en Cuba.

*¿Cómo reaccionó el Che, en el Congo, en el momento en que supo de la muerte de su madre?*

Primero le llega la noticia con un mensaje, en una carta que le envía Fidel. Lo primero que se dice es que estaba enferma. Ya él tenía el presentimiento, y lo comenta con nosotros, de que la vieja había muerto. O sea, que cuando le confirman la noticia, él estaba preparado para eso. Él quería mucho a su madre, porque realmente ella fue su guía espiritual y política, tenía posiciones más progresistas que el viejo. Fue un golpe fuerte, pero una gente del temple y la naturaleza del Che, un momento como este lo asimila, y lo acepta, porque no había otra alternativa. Recientemente, él le había escrito una carta a la madre y parece que la madre no llegó a leerla. Fue un impacto fuerte.

***Adentrémonos en la guerrilla boliviana. ¿Cómo solucionaba las discrepancias que existían en la tropa?***

Hubo muy pocas discrepancias, pero las hubo. Normalmente, las solucionaba con el diálogo, escuchando a las partes y analizando con la gente dónde estaban los problemas. Por ejemplo, una vez hubo una discusión entre Pachungo y Marcos, y el Che los atrajo a los dos, e hizo una valoración de quién tuvo o no la razón. Escuchó a ambas partes y les indicó qué tenía que hacer cada cual, y trató de que nadie quedara disgustado, sino que aflorara la verdad.

***Yo recuerdo ahora el ejemplo de la linterna, que él describe en el Diario de Bolivia.***

En este ejemplo de la linterna, él dice que había hecho un test para ver cómo, realmente, nosotros los combatientes nos ocupábamos por las cosas que no eran directamente nuestras, sino del colectivo, y cómo esta linterna, que estaba mal puesta, había permanecido dos o tres días en el mismo sitio, y nadie la había recogido. Entonces, nos dijo que no nos dejáramos llevar por la abulia, por la despreocupación y la dejadez, y que la misma preocupación que sentíamos por lo que era nuestro, teníamos que tenerla por lo que era del colectivo.

***¿Cuando no había combates, ¿qué solía hacer el Che por las noches?***

Normalmente conversábamos, esperábamos, para oír un poco tarde las emisiones de Radio Habana Cuba. Las analizábamos al lado del fogón, esperando que estuviera la comida. Se celebraban algunas efemérides, de Bolivia y de Perú, y en todo ello el Che era muy sensible. Se recordaba el cumpleaños de los compañeros. Se trataba siempre de buscar algún incentivo. Estando aquí en Cuba, se escuchaba un programa de radio que ponía tangos, hacíamos nuestras tertulias alrededor de los ríos... Dependía de las condiciones que tuviéramos. Cuando teníamos posibilidades de luz, como cuando estábamos en el África, con aquellos faroles chinos que usaban los alfabetizadores, hacíamos lecturas comentadas. En el caso de Bolivia, marchábamos de noche, caminábamos de noche, porque era mucho mejor el desplazamiento, y aquí, en Cuba, por lo general los combates se hacían de noche.

***¿Y que leían preferiblemente, Harry?***

Se leían novelas costumbristas, porque lo que más le interesaba al Che es que nosotros, los cubanos, conociéramos cómo pensaba el indio; cuál era su psicología, el medio en que se había desenvuelto, sus concepciones de la vida, sus creencias religiosas, y que nosotros nos fuéramos adentrando en ese mundo.

***¿Quién leía? ¿El Che?***

Por lo general, leía el Che; a veces leía Inti; a veces, yo. Nos rotábamos. Después, se hacían valoraciones de lo que leíamos y, a veces, él explicaba, porque conocía al indio, vivió con él. La otra constante era por la lengua, para poder ir dominando el quechua, el aymara y el guaraní.

***¿Nunca les leyó un poema suyo?***

No.

***Las fotos de la guerrilla, ¿quién las tiraba?***

Hay diversas. Muchas fueron tiradas por mí, la mayoría donde está el Che fueron tiradas por mí. Muchas fueron tiradas por el Che, muchas por Tania que también llevó cámara. El Che tenía una cámara y nosotros teníamos una que habíamos adquirido Papi, el Tuma y yo.

***¿No pensaban en que las fotos y los diarios podían delatarlos?***

Se trataba de que no proliferaran mucho, pero para nosotros no era una preocupación que nos delataran. Pensábamos que más tarde o más temprano había que dar a conocer la guerrilla y la existencia de todo el personal que estaba allí y por eso se empezaron a hacer los comunicados para difundir públicamente los objetivos de nuestra lucha. No es hasta la pérdida del de Braulio que se toma como medida el control de los diarios. El Che los recoge, y también los rollos. Todo lo pone bajo el control de él. Se permitía que la gente tirara fotos y escribiera, pero después se recogía, y al igual que estaba el diario de él en su mochila, estaba el mío, el de San Luis y todos los demás, en su mochila. De todos los diarios, el único que el ejército no entregó fue el de Pachungo. Parece que lo manipularon un poco y después Gary Prado lo publicó en una versión independiente. La preocupación fundamental en esa primera etapa era que no se descubriera la presencia del Che, y en los diarios no se ponían planes estratégicos, sino que se describía lo que iba aconteciendo, o sea, que si caían en manos del enemigo se enteraban de algo que ya era pasado.

*¿En que momento del día solía escribir él en su diario?*

Por lo general, al terminar las caminatas, ya al oscurecer, cuando se iba organizando la defensa del campamento. A veces, cuando estábamos caminando a campo traviesa, que había un tiempo mientras los macheteros iban abriendo brecha, él se dedicaba a escribir.

*Usted cumplió veintisiete años precisamente en Bolivia, ¿el Che tuvo algún gesto ese día con usted?*

No recuerdo. Creo que no tuvo ningún gesto; sin embargo, lo tuvo con Benigno, le dio una comida especial; todo dependía de la coyuntura en que nos encontráramos. Yo no recuerdo dónde estaba ese día, lo que sí recuerdo es que él tenía un listado con la fecha del cumpleaños de cada cual.

*Se dice que el Che era un jefe benévolo con los prisioneros. ¿Usted tiene prueba de eso?*

Yo creo que el Che era justo, y no benévolo. Era una ética de la Revolución no ajusticiar al que no fuera un asesino. El que había torturado, la justicia revolucionaria tenía que caer sobre él. Otra estrategia que se aplicó en la Sierra Maestra fue devolverle sus prisioneros al enemigo, para ir dando confianza de que caer prisionero no llevaba implícito el riesgo de morir, sino de salvarse y ser atendido.

*Pienso ahora también en la guerrilla boliviana, cuando ustedes tomaron a dos hombres prisioneros y los soltaron en calzoncillos, que el Che se puso bravo y se molestó con eso.*

En ese caso fue una reprimenda que me echó a mí, porque él pensó que soltarlos en calzoncillos era vejarlos desde el punto de vista de su dignidad humana, y nosotros lo que pensamos en aquel momento fue que no teníamos ropa, y el Che no lo valoró así. Él consideraba que la medida que tomáramos debía ser mucho más constructiva y futurista, por eso no estuvo de acuerdo con nosotros.

*¿Es decir que en ese momento estuvo en desacuerdo con el Che?*

Cuando él explicó su concepción, lo entendí; no obstante, si se diera otra coyuntura como esa, volvería a quedarme con la ropa, por lo que los soldados volverían a irse en calzoncillos.

*¿Con quien prefería hablar el Che sus asuntos personales?*

Eso dependía. Había asuntos que prefería hablarlos con Inti, por ejemplo, los relacionados con la perspectiva de la guerra y sus cuestiones internas, lo que él pensaba sobre cómo debía ser la lucha, y el rol que debían desempeñar los bolivianos.

Había asuntos de carácter personal: los problemas de la familia, de los hijos, de sus sueños, de las perspectivas de Cuba, de algunas cosas que él veía, algunos conceptos de dirección, que estuvimos hablando en Praga. Por las relaciones que teníamos él y yo, las hablaba conmigo. Además, yo estuve mucho tiempo a su lado, prácticamente era su sombra porque, como integraba su escolta, me levantaba tempranito y me pasaba todo el día con él, hasta por la madrugada cuando nos acostábamos. Al otro día recesaba, pero al siguiente volvía con él de nuevo. Es decir, tenía muchos vínculos con cosas concretas, que formaban parte de su vida, de los lugares donde iba y todo eso lo conversaba con uno. Yo pienso que él le dio a Inti una importancia tremenda, porque lo veía como el hombre que podía ser un dirigente, por sus condiciones políticas, por sus condiciones humanas, y lo iba preparando con conversaciones de carácter personal. Iba puliendo a alguien que consideraba un diamante. Por ejemplo, los problemas internos de la guerrilla los trataba a veces conmigo, otras con Papi, y otras con Tuma.

*Según su apreciación, ¿qué era lo que más le preocupaba al Che desde el punto de vista personal?*

Conversábamos de la importancia que tenía preservar la Revolución cubana y a Fidel, porque él tenía una concepción muy alta de Fidel, lo valoraba como un dirigente de condiciones excepcionales. Le preocupaba cómo se iban a definir algunos problemas para enfrentar la zafra en esos momentos, porque ya él había conocido la decisión de Orlando Borrego, entonces ministro de la Industria Azucarera, de informarle a Fidel que la zafra iba a tener sus dificultades.

*¿En que año fue eso?*

En el 66, después que salimos de Praga. Che era partidario de que no se nos convirtiera el problema de la zafra en un problema de carácter político, que tuviera un carácter más económico, porque ya Borrego le había escrito, estando en Praga, y él consideraba que era importante preservar la imagen de Fidel.

*Harry, hoy muchas personas se preguntan cómo es posible que el Che, después de regresar de El Congo fuera para Bolivia, donde tampoco había muchas condiciones para triunfar. ¿Qué usted puede decir de esto?*

Pienso que no se puede hacer tal aseveración. El Che era una gente objetiva, que sabía que la historia no avanza de forma rectilínea, que en una lucha, se puede triunfar o no. Yo no creo que la misión de El Congo fuera una derrota... aunque él la catalogara como tal.

*¿Nunca vio señales de arrepentimiento en él?*

Nunca, y no hay prueba más elocuente de eso que el último día que él escribe en el Diario, y si buscas un poquito más atrás te darás cuenta de que no hay ninguna manifestación de falta de confianza en la victoria, ni de entusiasmo para la lucha. Estábamos cercados por diez mil soldados, y no hay realmente ningún síntoma.

*¿Cómo reaccionó el Che cuando supo de la muerte de Tania?*

La primera información que él tuvo fue la de la muerte de todo el grupo en el que estaba Tania, y él no la aceptó porque el hecho de que fuera aniquilado todo el grupo significaba una violación casi completa de todas las medidas del desplazamiento de una guerrilla. Todo parece indicar que Joaquín se confió extraordinariamente. Después supimos que hubo una discusión entre Joaquín y Braulio, porque Braulio no quería cruzar el río. Joaquín era una gente de procedencia campesina y parece que por asociación de clases llegó a tener gran confianza con Honorato Rojas, que es quien lo traiciona; pero el Che no concibe cómo la guerrilla pudo entrar, completa, en el río, cómo todo el mundo iba a ser aniquilado en el río. Entonces, cuando viene la noticia de

la muerte de Tania, ya, en alguna medida, estábamos preparados para saber que ella había muerto. O sea, su muerte es la que nos confirma la desaparición completa del grupo de Joaquín, que si le hubiéramos dado credibilidad antes no nos hubiésemos internado hacia el sur, y no hubiéramos ido a La Higuera, ni al Yuro porque nosotros fuimos hasta allá buscando a Joaquín. Para él, realmente fue un impacto grande. Después se desató la polémica sobre cómo darle sepultura a Tania, si se enterraba o si no.

*¿Entre quiénes se manejaba eso?*

Eso por la prensa, entre las fuerzas armadas. Había otra tendencia que planteaba darle sepultura cristiana, que dicen que fue la que se aplicó. Todo esto se manipuló, ellos decían que para estar en contraposición con nosotros les querían dar sepultura cristiana, y que reconocían el valor de Tania, la reconocían como un digno enemigo, e incluso proponían hacerle honores militares.

Che admiraba el trabajo excepcional que realizaba Tania, además de ser condescendiente con ella, por ser mujer. Era una mujer heroica, pero era una mujer. Además, su desinterés, cómo siendo una alemana fue a luchar por el pueblo de Bolivia, todo ello hacía que el Che tuviera una alta consideración de ella. En el orden práctico, la valoró muchas veces como muy útil para la guerrilla y con un gran sentido humano; por eso merece la consideración y el respeto de todas las personas honestas del mundo.

*¿Qué hechos cree usted que han dado lugar a que haya quienes opinen que Tania era una agente de los servicios extranjeros?*

No hay ningún hecho concreto, eso pasa por su procedencia, por ser de origen alemán. Porque vino a Cuba y se identificó con la Revolución cubana. Hay quienes dicen que era un agente de la KGB. Si hubiera sido agente de la KGB ellos hubieran vendido esa información, porque ellos han vendido hasta la sonrisa, pero realmente no hay ninguna información que diga que eso es realidad.

*¿De todas las campañas de difamación que se han hecho contra el Che, cuál realmente es la que más le molesta?*

Yo pienso que ha habido una sola campaña de difamación contra el Che, que ha estado orquestada por la CIA. Dentro de toda esa campaña lo que más me molesta es la traición de Benigno y de Debray. Yo pienso que realmente han sido indignos. Son traidores, pero además de eso, Benigno es una gente mentirosa, que ha tratado de vincularse al Che con mentiras, para darle veracidad a las calumnias que siempre se han dicho de la Revolución, que si Camilo fue asesinado, que si al Che se le podía haber dado más ayuda. Todas estas cosas que siempre ha dicho la CIA, expresadas por una gente que trata de aparecer como un amigo del Che, es realmente doloroso. Una gente que siempre recibió del Che consideración. Entre las mentiras que dice, está el afirmar que estuvo con él en África, en Argelia, y que fue escolta del Che, pero son cosas fáciles de desmentir.

*¿Sospechó usted alguna vez la traición de Benigno\*?*

Sospechar, no. Nosotros alertamos, cuando supimos que había ido a Francia y que se iba a quedar porque había publicado un artículo en la revista *La Habanera*, donde dice ya parte de todas esas mentiras. Y si él es capaz de decir todas esas mentiras, que sabe que son fáciles de desmentir, es porque no piensa enfrentarse al diálogo de tener que esclarecer todas esas mentiras que falsean la historia.

*A treinta años de haber estado en la guerrilla en Bolivia, ¿volvería a hacerlo si la vida se lo impone?*

Seguro. Creo que con más razón, porque hay más miseria en toda América

***¿Cuándo usted se dio cuenta de que había comenzado a querer al Che?***

Uno nunca medita cuándo es que empieza a querer a alguien. Yo creo que realmente me di cuenta de hasta dónde lo quería, cuando lo perdimos. Yo me percaté realmente de lo que el Che significaba para mí, cuando me di cuenta de que ya no lo iba a ver más, porque nos había hecho sentir parte de una misma familia. Pero nunca había meditado hasta dónde lo quería, porque uno quiere imperceptiblemente.

***¿Por qué usted cree que después de treinta años de su muerte, el Che sigue siendo tan creíble tanto para los jóvenes como para el resto de las personas?***

Porque el Che fue muy limpio, porque nos dio muchos ejemplos, y no solo dijo, sino hizo. Dejó bien clara una luz, una esperanza en el futuro de la humanidad, y cuando el mundo lucha por destruir valores, surgen los valores estos, tan diáfanos, del Che, que están avalados por su sacrificio, por su inteligencia, por su concepción científica y teórica de una nueva sociedad. Tuvo el valor de criticar, en un momento dado, los defectos de la sociedad socialista, y pronosticó que si no se resolvía un conjunto de errores que se estaban cometiendo, y se rectificaban los métodos que se estaban aplicando, esa sociedad desaparecería, y los jóvenes lo ven como un profeta.

***Me decía que se había convertido casi en una sombra para el Che. ¿Qué es lo que más agradece hoy el guerrillero que más tiempo vivió al lado del Che?***

La confianza que depositó en mí cuando me llamó para que estuviera a su lado, porque eso quiere decir que tenía una buena valoración de mí, como ser humano. Y lo que más recibí del Che fue su ejemplo, su amor al trabajo, a la Revolución. Todo ese ejemplo, que también admira el pueblo cubano y que pude recibirlo más de cerca, porque estuve a su lado desde que me incorporé a la Sierra Maestra, durante todo el tiempo que duró la campaña de la Sierra. Lo acompañé durante la invasión, en la Campaña de Las Villas. Después de la Revolución, conviví con él en la misma casa como miembro de su escolta. Cuando estuvo al frente del Ministerio de Industrias, también trabajé en ese Ministerio. Lo acompañé a África y a Bolivia, es decir, que estuve muy poco tiempo separado de él.

***¿Tremendo privilegio?***

Tremendo privilegio.

## **RECUERDA QUE EL JEFE SOY YO**

*«Quisiera dejar aquí los nombres de aquellos compañeros en los cuales sentí siempre que me podía apoyar, por sus condiciones personales, su fe en la revolución y la decisión de cumplir con su deber pasara lo que pasara... Hubo seguramente más compañeros de esta categoría, pero no tuve un trato íntimo con ellos... Es una lista incompleta, personal, muy influida por factores subjetivos...»\** escribe el Che en sus apuntes sobre la guerrilla en El Congo y, en primer lugar, menciona a Moja, nombre de guerra del Coronel Víctor Dreke, quien fuera el segundo jefe de la misión cubana en ese país africano.

*Junto al Che salió de Cuba; sin embargo, no pudo acompañarlo en su regreso. Por eso, cuando recuerda la despedida, solo deja escapar unas palabras: «Aquello fue del carajo».*

\* Che Guevara en *Pasajes de la guerra revolucionaria: Congo*, Grijalbo-Mondadori, 1999, pp. 147-8.

***¿Cómo lo eligen para integrar la misión de El Congo?***

Yo me sorprendí. Tampoco sé cómo me eligieron. Me preguntaron un buen día que si estaba dispuesto a ir a cumplir una misión. No me dijeron para dónde ni con quién. Les dije que sí, y me pidieron que pensara en un grupo de compañeros para integrarla. Y escogí compañeros que habían participado en la lucha contra bandidos.

*¿Cuándo usted conoce que el Che va a ser su jefe en esta misión?*

Yo me entero en La Habana, después que la tropa había recibido una preparación militar muy fuerte en Pinar del Río. Hasta que, un día, la persona que nos atendía va al campamento y me informa que hay un compañero que se llama Ramón, que me mandaba saludos y me conocía, y unos días después llega Osmany Cienfuegos, me dice lo mismo, y me enseña una fotografía de Ramón. Le reitero que no sabía de quién me hablaba. Osmany insiste: «Él es Comandante también. Tú vas de jefe de columna, y Ramón va al frente de toda la misión». Le aclaro que lo que me interesa es ir.

Me llevan para una casa donde están Papi (José María Martínez Tamayo), dos de los ayudantes del Che, y una persona que estaba sentada distante. Al poco rato, viene con Osmany, quien me lo presenta: «Mira, Dreke, este es el Comandante Ramón». Osmany empieza a chivar, pero no lo conozco, hasta que el Che me dice con su acento: «Dreke, soy el Che». Esa noche viene Fidel, conversa y se despide de nosotros. Después estuvo conversando largo rato con él.

El 1 de abril de 1965, el Che, Papi y yo partimos hacia el continente africano. Fuimos los tres primeros. Salimos de aquí con un nombre falso en el pasaporte: Che, Ramón; Papi, Ricardo; y yo Roberto. Las tres R.

Íbamos clandestinos, pero todo fue bien, porque por cada lugar que pasábamos nos estaban esperando compañeros de la seguridad nuestra. Ellos no sabían que era el Che. Nosotros éramos como asesores de la agricultura. Fuimos a distintos lugares. Primero a Praga, después a El Cairo, Egipto, y de ahí a Dar-es-Salam, capital de Tanzania, donde nos esperaba el compañero Capitán Pablo Rivalta, que había venido en la invasión con el Che, y en esos momentos era el embajador nuestro en Tanzania. Me conoce, y le presento al Che como Ramón. Le dio la mano con un respeto extraordinario, pero no sabía que era el Che. Creyó que era un ruso, según me dijo después. Y ahí es cuando el Che le dice: «Vos sigues siendo tan comemierda como siempre». Porque Rivalta, cuando venía en la invasión traía varios libros y documentos del Che, pero la guerrilla fue sorprendida entre los límites de la provincia de Oriente y Camagüey y, por supuesto, cuando a uno lo sorprenden sale a combatir para defenderse la vida, y en eso a él se le pierde la mochila con los papeles del Che. Aquel negro de seis pies se ha echado a llorar en el aeropuerto, por tanta emoción.

*¿Cuándo usted sabe que van para El Congo?*

Ya nosotros, sin decírnoslo, sabíamos que íbamos para El Congo, porque se hablaba mucho de la muerte de Patricio Lumumba, pero además todos éramos negros. No había dudas de que a América no íbamos a buscar nada. Solo el Che y Papi eran blancos, más unos médicos que llegaron después. El Che iba como traductor mío. Yo me hacía pasar como jefe de la guerrilla, y era el que hablaba con el jefe guerrillero, pero como yo no hablo francés decía cualquier cosa y el Che decía lo que le daba la gana porque en definitiva él era el jefe. ¿Por qué tuvimos que hacer esto? Porque era muy duro que unos cubanos que nunca habían estado allí, llegaran con un blanco de jefe, o que los combatientes fueran blancos, porque a África siempre los blancos que habían ido eran los explotadores, y los africanos cada vez que veían un blanco lo veían como enemigo. Entonces, teníamos que encubrir la figura del Che durante un tiempo. Papi iba como un enfermero de la guerrilla.



### *¿Y el Che no jaraneaba con eso?*

Sí. Recuerdo que el día que nos llaman, porque me hacen miembro del Comité Central, el Che me llama por teléfono, porque él estaba debajo de una loma y yo arriba —aclaro que el Che nunca salió de Tanzania mientras estuvo en El Congo—, y me dicen: «Tatu —que era su seudónimo— quiere hablarte». Cojo el teléfono y le oigo: «Oye, eres otra vez mi jefe». Le digo: no sé que me dices. «Coño, que eres mi jefe otra vez, te felicito porque quedaste miembro del Comité Central».

### *¿Cómo fue ese primer momento de la llegada a El Congo?*

Llegamos a El Congo el 24 de abril. Salimos de Cuba el día primero, pero hicimos un recorrido, además de que estuvimos un tiempo de preparación, esperando a algunos compañeros en Tanzania, en Dar-es-Salam. De ahí atravesamos el lago Tanganica. Por supuesto, antes de atravesar el lago, hicimos un recorrido por carreteras y terraplenes desde Dar-es-Salam hasta Kigoma. Ese recorrido duró dos días. Íbamos en dos carros, una máquina y una camioneta que iba cubierta. En ese trayecto, un grupo de guerrilleros nos dio ayuda en Dar-es-Salam. Llegamos, y la idea era cruzar el lago esa misma noche, es decir el día 22. No fue posible, porque hubo dificultades con el barco que nos iba a cruzar, y el Che dio la orden de salir al otro día; por lo tanto, salimos en la noche del 23 y llegamos el 24. Fue una sorpresa para todos, porque realmente no teníamos una idea muy clara de la situación. No imaginábamos la tremenda amplitud de aquel lago, con una fuerza de cuatro o cinco nudos, como si fuera el mar. El barco donde nos trasladábamos comenzó a hacer agua. Allí íbamos los primeros doce cubanos, incluyendo al Che y dos congolese. Uno llamado Tchamlesso, que después le pusimos «Tremendo punto», que actualmente es uno de los principales ayudantes del presidente Kabila. Iban hablando en su dialecto. No entendíamos nada. Era muy oscura la noche y aquel barco haciendo agua... Ellos acostumbran a cantar, nosotros no, y mucho menos en una situación tan tensa como esa. Cantaban y encendían luces, todo lo que está contraindicado para hacer un desembarco. Por supuesto, aquello fue una gran bronca, pues ya algunos barquitos habían sido hundidos en el medio del lago.

A las cuatro o cinco de la mañana, el Che decidió que desembarcáramos por donde se pudiese. Nos fuimos pegando a la costa y al final llegamos al punto indicado. No hubo ningún recibimiento. Nadie nos estaba esperando.

Posteriormente es que se forman las tropas, y el Che —Tatu— les habla. La idea de enumerarnos fue de él, y ese fue el nombre que adoptamos. Tatu era el número tres. Él nos sugiere que nos pongamos nombres africanos y entonces coge un diccionario y empieza por los números. A mí me pone Moja, que era el uno; a Papi, Mbili, el dos; Tatu, el tres, y así sucesivamente. Como yo aparecía de jefe de la guerrilla, me puso el uno.

Ahí, el Che comenzó a organizar de inmediato el reconocimiento del terreno, la exploración a distintos lugares, sobre todo ver en dónde íbamos a organizar el campamento nuestro. Aceptamos el campamento debajo de la base, como decíamos nosotros. Al segundo día, salimos en una exploración a las montañas, una loma grande que tiene aproximadamente unos dos mil metros sobre el nivel del mar, y allí pusimos la base principal, para colocar después la planta de radio, y dejamos en la casa un pequeño campamento que era donde se quedaba el médico. Empezamos a llevar los pocos recursos que teníamos para la montaña. A casi todos nos atacó, en el primer momento, el paludismo. Nos asustamos mucho porque no conocíamos esa enfermedad. Tuvimos una fiebre muy alta, e incluso al Che también le dio después muy fuerte. Así fue nuestra llegada, mientras continuaban arribando otros compañeros cubanos, por distintas vías.

*¿Cuál fue la mayor impresión al llegar?, ¿qué dijo él?*

Lo que más nos impresionó a todos fue la miseria. Habló con nosotros. Nos pidió comprensión, porque allá había costumbres que chocaban con las nuestras, por ejemplo dar golpes a otras personas. Esa fue una de las cosas que más le impresionó y, por supuesto, prohibió que eso se hiciera en las tropas nuestras, aunque estuviéramos juntas. Los campamentos eran de ellos y eran los que mandaban.

El Che les habló a las tropas, pero realmente quien parecía que les hablaba a los congolese era yo, y él traducía al francés lo que entendía y agregaba lo que quería. Así fue también la conversación que tuvimos en Tanzania, con la dirección de los congolese, donde yo me presento como el jefe de las tropas cubanas.

*Dreke, usted va al Congo, entre otras cosas, con la misión de cuidar la vida del Che. ¿Cómo asumió esa responsabilidad?, ¿podía dormir tranquilo?*

Dormir tranquilo no podía, pero después llegó Harry Villegas, Pombo, y otros compañeros que también tenían esa responsabilidad, además de Tumaini y el Chino, que eran sus escoltas. Él sale de Cuba con Papi y conmigo; por lo tanto, durante toda esa trayectoria y hasta que llegan los demás compañeros, nosotros teníamos esa responsabilidad, aunque no le gustaba que estuviéramos detrás de él. Por ejemplo, él cogía sus libros, sus revistas y se trepaba en un palo a leer, y siempre había algún compañero que se mantenía alerta aunque estuviera haciendo otra cosa.

*Como segundo hombre de la columna, ¿tuvo alguna discrepancia con el Che?*

Yo siempre tuve claro que mi jefe era el Che: por tanto, todo lo consultaba con él. Tuve con él buenas relaciones, y creo que soy uno de los pocos que se libró de que el Che le diera una descarga fuerte.

*Pero, ¿sí hubo discrepancias entre él y algunos miembros de la tropa?*

Sí, eso sí es cierto. Hay algunas acciones con las que él no estuvo de acuerdo con la forma en que se hicieron, pero más que con los hombres nuestros, hubo discrepancias con los congolese. Él, por ejemplo, no estuvo de acuerdo con algunos cubanos que pidieron regresar al país. Por supuesto, el Che no podía coincidir con esto. El que quería regresar podía hacerlo, pero en el momento en que no afectara la seguridad de la guerrilla, ni las del propio combatiente. Para Cuba regresó un solo compañero, enfermo; el resto no vino hasta que no regresamos nosotros. Pero hay que decir que estos compañeros que pidieron regresar, en una etapa difícil de la guerrilla, cuando nos quedamos prácticamente solos los cubanos, porque los congolese decidieron dejar la lucha, esos compañeros pidieron las armas para seguir luchando junto a nosotros. En realidad eran pocos, porque de ciento veintiséis no llegaban a diez, y no lo hacían por cobardía, sino porque consideraban que en un combate y en una guerra, los principales jefes debían estar al frente, y eso allí no pasaba.

*Eso, por supuesto, generaba una situación difícil en la tropa...*

No llegó a convertirse en un conflicto, pero era pesado. El Che hizo un llamado, porque a estos compañeros el resto no los quería ver ya ni como compañeros, y casi los apartaban. Entonces, les planteamos que había situaciones reales que estaban pasando, que las cosas no habían sido como dijimos, pero allí estábamos todos y allí teníamos que resistir, y no nos podíamos ir. Sí había incertidumbre en la mayoría, porque estábamos luchando por la libertad de aquel pueblo, a miles y miles de kilómetros de Cuba, y no teníamos el apoyo que debíamos tener de ellos.

*En un artículo que Che tituló «La piedra»,\* escribe: «En general, podía decir que no me importaba nada de nada, ni esa inactividad forzada, ni esta guerra idiota sin objetivo». Y más adelante, añade: «Hay que buscar la manera de romper esto, pensé. Y*

*era fácil pensarlo; uno podía hacer mil planes, a cual más tentador, luego seleccionar los mejores, fundir dos o tres en uno, simplificarlo, verterlo al papel y entregarlo. Allí acababa todo...».*

\* Memorable pieza testimonial que el Che dedicara a su madre durante la guerra en El Congo, publicado en Cuaderno Memoria, Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, octubre de 1998, p. 22.

Sí, porque el Che va con la idea de poner a funcionar inmediatamente las escuelas de instrucción, de darles más preparación militar a los congoleses, e inmediatamente salir a combatir con ellos. Formar compañías para que salieran a luchar. La primera debía estar dirigida por el compañero Papi; la segunda, la iba a tener yo, y así... Esa era la idea que tenía el Che. Porque cuando nosotros nos fuimos para El Congo, lo primero que se nos dice es que ellos tenían mucho armamento, muchos hombres, que eran muy valientes, caminaban para arriba de las balas y peleaban parados; que lo que no tenían era instrucción militar. Pero cuando llegamos, vemos que no es así. Había soldados que tenían temor, que no estaban acostumbrados a ese tipo de combate. Y el Che también se siente presionado porque él ve que van pasando los días, los compañeros se siguen enfermando, otros quieren regresar, porque dicen: «Yo no voy a venir aquí a morirme, si esta gente no quiere morirse». Pero, además, Kabila y Soumialot están en Francia. El Che se siente mal, porque eso no era lo que él quería. Él no fue a El Congo a esconderse, ni a estar esperando para ir a Bolivia. Se sentía mal, sobre todo los primeros meses que estuvo sin poder salir a combatir, sin poder salir, sin sus tropas.

*¿Todo eso hace que el Che valore esta misión como una guerra idiota y sin objetivos?*

El Che se siente mal, porque no ha logrado su objetivo. Cuando tú analizas todo, te percatas de que cien hombres no pueden liberar a El Congo, que tiene dos millones de kilómetros cuadrados y dieciséis millones de habitantes. Además, el Che no mandaba en la guerrilla, él mandaba en la columna de los cubanos que eran sus subordinados. El Che estaba subordinado al movimiento de liberación, por eso está tres o cuatro meses prácticamente sin poderse mover del campamento. Ante esa situación, él le daba ánimos a la tropa; y cuando a casi todos se les caía el alma, el Che nos levantaba la moral, pero él también lo sentía.

*¿Y usted se percataba de esa situación por la que él estaba atravesando?*

Cómo no. Yo estaba claro de que él sabía, que manejaba informaciones de cosas que se estaban tramando en el exterior. Por ejemplo, cuando ellos dicen que no van a luchar más, el Che sabía que se había realizado una reunión con la Organización de la Unidad Africana (OUA), donde se había acordado que las tropas extranjeras que estaban luchando en cualquier país de África, debían abandonar el continente y dejar que los africanos resolvieran solos sus problemas. Ese fue un llamado que hizo el presidente Nkrumah, en Ghana, y los compañeros del Frente de Liberación de El Congo participaron en esa reunión y estuvieron de acuerdo con lo que allí se planteó. Por tanto, se estaba produciendo, internacionalmente, un bloque para que abandonáramos la lucha; ese fue uno de los elementos por lo que nos sacan de la lucha. El Che sabía lo que venía, pero no podía tomar ninguna decisión.

*¿Recuerda usted alguna anécdota del Che, en esos días?*

Llega un momento de la lucha en la que habían muerto algunos compañeros. También le habíamos causado varias bajas al enemigo, y se decide dejar un grupo reducido de compañeros, una selección de quince a veinte, y enviar el resto para Cuba. Por lo general, coincidimos con la selección que hicimos, porque había algunos que eran más

lentos; otros, estaban enfermos, y sobre esa base hicimos la selección. El objetivo era cumplir con la palabra empeñada por Cuba, y no se podía fracasar ante esa palabra, porque hoy no se estaría diciendo si los congolese corrieron o no, sino que los cubanos salieron huyendo de allí. Incluso, hay algunos ejemplos de pequeños poblados que nosotros tomamos, que el ejército los vuelve a retomar, que eso para nosotros los cubanos fue de mucho dolor, y que el Che lo refleja en su libro que aún no se ha publicado.\* Fue un pueblo que tomamos y que tuvimos que abandonar por errores tácticos y, sobre todo, porque no había tropa con que mantener a aquella población, y al Che le duele aquello porque sabía que iban a matar niños y mujeres. Es en ese momento que tengo una pequeña discrepancia con el Che, porque yo pensaba que la medida de dejar los quince compañeros sí era correcta, pero le digo que él debía de salir con los que iban a regresar para Cuba. Me atrevo a decirle eso y se puso bravo. Me dijo: «Acuérdate que el jefe soy yo». Además, yo pensaba, lo mismo que pensaba el resto de los compañeros en ese caso: que el Che no tenía que morir en El Congo. Lo pensaba antes y lo sigo pensando hoy. Porque sabía que quedarnos quince o veinte compañeros era a ver a cómo tocábamos. La idea era salir a buscar a Mulele, que decían que estaba alzado combatiendo por allá, cerca de la frontera de El Congo Brazzaville, porque el Che quería unirse a otro frente a ver qué hacíamos. Esta idea la mantuvimos hasta el último momento, porque aun cuando el barco estaba a punto de salir, estábamos buscando nuevos campamentos y haciendo nuevas exploraciones.

\* Se refiere a *Pasajes de la guerra revolucionaria: Congo*, Grijalbo Mondadori, 1999.

*Es decir, que aunque el Che, y quizás usted también, pensaban que esa guerra no tenía objetivo, decidieron quedarse. Más bien era un problema de principios, de no hacer quedar mal al país. ¿No?*

Sí, no hay duda ninguna de que yo pensaba en ese momento que no íbamos a triunfar en un año o dos. Incluso, el Che lo dice en una reunión de la militancia donde se analiza esta situación, porque nosotros allí teníamos nuestro núcleo del Partido. El Che pregunta quiénes tenían confianza en que aquello triunfaría. Entonces, Papi y yo levantamos la mano, porque teníamos que estar junto al Che, no lo podíamos dejar solo en la defensa de un criterio. Cuando terminamos la reunión, el Che exhortó a todos los militantes y señaló que dentro del colectivo había dos compañeros que habían planteado irse del grupo, y eso le había dolido. No obstante, todos los demás manifestaron su disposición de quedarse.

*Es decir, que solo el Che, Papi y usted manifestaron, delante del grupo, que tenían confianza en el triunfo.*

Sí, nosotros lo manifestamos.

*¿Aun cuando no estaban convencidos?*

Nosotros sabíamos que no era fácil, pero habíamos ido allí con esa idea. Tal vez si se hubieran unificado las fuerzas hubiéramos podido ver el triunfo. Es posible que todos nosotros fuéramos un poco idealistas, un poco soñadores al pensar que podíamos hacer eso, como hicimos la unificación de los revolucionarios en Cuba. Pero nos acordamos que, en 1868, no logramos unirnos y por eso no ganamos la guerra, lo que era aún menos posible en un país que todavía tenía tribus y etnias.

El Che nunca quiso dividir la tropa de los cubanos. Él siempre fue enemigo de separar la columna, porque juntos éramos cien y nos podíamos defender mejor, pero ellos piden que mandemos a diez cubanos para un lugar y diez para otro. Yo, por ejemplo,

me voy con un grupo grande, con los rwandeses; ya no estoy con los congoleses. Me separo del Che y tenía que hacerlo porque estábamos subordinados a ellos. Nosotros habíamos estado diciendo, durante casi dos meses, que íbamos a salir a pelear, y en el momento en que nos dan la misión de que salgamos, el Che no se podía oponer, porque los que mandaban eran ellos. Ni el Che ni yo estuvimos de acuerdo con eso, pero no había otra salida.

*¿Cómo reacciona el Che cuando le da el paludismo?*

Al Che le dio muy fuerte, porque se le unió con un ataque de asma. Estaba delirando. Kumi, el médico nuestro, va a verlo. Yo estoy allí con él, y Kumi propone: «Si sigue así, tenemos que mandarlo para Cuba, o sacarlo de aquí», porque como médico no sabía nada de paludismo, no conocía esa enfermedad. Además, él sabía la importancia que tenía el Che para nosotros, por eso decide que había que hacer algo. El Che comienza a recuperarse; no obstante, Kumi y yo hablamos con él, y nos dio una descarga terrible, dijo que para sacarlo de allí había que matarlo.

*Usted ha hecho alusión a libros que saldrán próximamente, relacionados con lo que pasó en El Congo. ¿Por qué se han demorado tanto tiempo en publicarlos?*

Bueno te voy a decir mi criterio, la misión del Congo fue súper secreta, por lo que ha habido algunas reservas.

*¿Usted cree que aún faltan muchas cosas por contar sobre lo que ocurrió en El Congo?*

Yo creo que sí.

*¿Recuerda usted cómo el Che asumió el hecho de que Fidel diera a conocer públicamente su carta de despedida?*

A Tatu lo sorprende. Él no sabía, por supuesto, cuándo Fidel iba a publicar esta carta. El Che tuvo siempre una gran admiración por Fidel, y para él, Fidel siempre fue su jefe. Recuerdo que después del combate donde hirieron a Bahasa —Orlando Puente Mayeta—, que muere más tarde, logramos reunirnos los pocos que éramos. El Che nos cuenta y dice: «Somos trece, uno más que lo que tuvo Fidel en un momento de la Sierra, pero la única diferencia es que yo no soy Fidel Castro».

A Fidel no le queda otra alternativa que publicar la carta porque estaban acusándolo de haber asesinado al Che, de que estaba preso en una cueva, encerrado. Se había creado una atmósfera internacional con la desaparición del Che, y Fidel, a nombre de la Revolución, tuvo que hacerla pública.

*¿Dreke, cuándo se dan cuenta los congoleses que el que estaba allí con ustedes era Ernesto Guevara?*

Bueno, hay un momento en que el Che le revela quien es a Tchamlesso, que era el enlace que estaba con nosotros, y dirigente del Movimiento de Liberación Nacional, de los Jóvenes. Y Tchamlesso comienza a gritar: «¡Escándalo internacional, escándalo internacional!». El Che le dice: «Yo soy el Che, hace falta que tú vayas y le digas a Kabila y a Soumialot que yo estoy aquí». Al resto de las tropas no se lo dicen, después es cuando se enteran.

Personalmente, pienso que a Kabila no le pudo haber gustado mucho esto, porque era un poco difícil admitir que el Che Guevara, uno de los principales ministros de la Revolución cubana, estuviera en El Congo, y que él estuviese en París. Creo que no le pudo haber gustado, pero esa fue la realidad histórica.

*¿Cómo fue la despedida de El Congo?*

El 21 de noviembre, a las siete de la mañana, cerca de la orilla de Kigoma, Che ordenó detener las dos embarcaciones, y situándose cerca una de la otra, nos dijo a todos que

él sabía el estado de ánimo de los compañeros, porque aquella lucha no era lo esperado por nosotros, pero que estaba seguro de que en el momento en que Fidel nos dijera que nuevamente tendríamos otra misión, muchos daríamos el paso al frente.

Con él nos quedamos Mbili, Pombo, Tuma y yo. Cuando terminó las palabras de despedida me dijo: «Después nos vemos, Moja», y fue lo último que le escuché al Che. No volví a verlo nunca más.

## ARGENTINO, PERO NO CANTANTE

*Por petición del Comandante de la Revolución, Ramiro Valdés, el doctor Luis Carlos García Gutiérrez (Fisín), médico estomatólogo, y entonces jefe de la Dirección Nacional de Identificación, fue quien le realizó el cambio de identidad al Che al salir de Tanzania para Checoslovaquia, una vez retirada las tropas cubanas de la guerra de El Congo.*

*Emocionado, cuenta hoy Fisín, al cabo de sus ochenta años, esta historia, de la que solo ha dado algunos testimonios muy limitados, y a pocos periodistas. Su vasta experiencia en la confección de disfraces, durante los años de la lucha clandestina en nuestro país, hizo que se le tuviera en cuenta. A Alfredo Guevara, destacado intelectual cubano y por muchos años presidente del Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográficos (ICAIC), lo enseñó a caminar diferente, durante tres meses, cuando luchaba en la clandestinidad contra la tiranía de Fulgencio Batista, «porque tenía una forma de caminar que llamaba mucho la atención, y todo esto hay que tenerlo en cuenta en un trabajo de falsificación», añade Fisín.*

*Otro trabajo que demandó gran profesionalismo fue el que le realizara al guerrillero guatemalteco Turcios Lima, a quien disfrazó de mujer, porque después de participar en la reunión de la Tricontinental, en La Habana, la CIA lo circula, y él lo viste y le enseña ademanes de mujer para que pueda entrar a su país.*

*Pero sin duda, el cambio de imagen que le ocasionó mayores esfuerzos y tensiones fue el que le hiciera al Che en Tanzania, para que pudiera entrar a Praga.*

Cierto día me llama Ramiro Valdés a su despacho, y yo pensé que sería para algo relacionado con el trabajo diario, ya que él me atendía como ministro del Interior. Allí también estaba Osmany Cienfuegos, quien tuvo una participación directa en toda la misión de El Congo. Me enseñaron una fotografía y me preguntaron: «¿Tú conoces a esta persona?» A mí se me parece a un cantante argentino, que ya se escuchaba por esa época, Alberto Cortés. Ramiro me dice: «Es argentino, pero no cantante. Ese es el Che». Entonces ellos me hablaron de que había que sacar al Che de África, y que debía trasladarme a Dar-es-Salam para mover al Che. Osmany me encargó que fuera muy gato porque aquel era un lugar que estaba infectado de espías de la CIA, por la posición que tenía Tanzania en ese momento. La CIA no sabía aún que el Che estaba en El Congo.

Para mí era un gran honor cumplir aquella misión y le dije: «Ramiro, al cabo de los años mil, vuelven las aguas por donde solían ir». «¿Y eso por qué?», me pregunta Osmany. «Porque este fue un trabajo que yo hice durante quince años, en la clandestinidad, y ya llevaba mucho tiempo sin hacerlo». Parece que como nunca tuve ningún escache me tuvieron en cuenta.

Hicimos el plan de salida que era Praga, París, El Cairo, y de ahí a Tanzania. Menciono solo los lugares donde hice escala y estuve unos días, porque también pasé por otros aeropuertos.

En París compramos dientes, motores para trabajar, prácticos para el trabajo que debía realizar que era una sobredentadura. Compramos tintes y una serie de cosas.

Al llegar a Tanzania Oscar Fernández Padilla, quien era viceministro del Ministerio del Interior, nos estaba esperando en el aeropuerto. Fuimos para la casa que se decía era la cancillería. Yo venía del norte donde había tremendo frío, por lo que llegué con bufanda, cuello de tortuga, muy bien abrigado, y allí hacía tremendo calor. Enseguida me llevaron para un cuarto, donde me encuentro con el Che. Estaba dictando un libro que aún está inédito,\* relacionado con todo lo que ocurrió en El Congo. Él le dictaba a un compañero que escribía a máquina. Che estaba en calzoncillos. Nunca había hablado con él pero sentía tanto calor que le dije: «Permítame quitarme esta ropa porque tengo un calor...». Y me respondió como si lo hubiese pensado: «Bueno, hasta donde yo estoy puede llegar».

\* Se refiere a *Pasajes de la guerra revolucionaria: Congo*, Grijalbo Mondadori, 1999.

Ahí se puso a bromear con Ulises Estrada, oficial del Ministerio del Interior, y yo le informé el plan que llevaba sobre el disfraz. Lo primero consistía en una sobredentadura. A él le gustó mucho esta idea, y después de hecha también, porque le aumentaba la dimensión nazo-mentoniana; es decir, desde debajo de la nariz hasta el mentón, y los labios también al sobrecolocarle las carillas. Con ello, cogía cara de imbeciloide, de gente de pocas luces, ¿no? Y a él le gustó. La sobredentadura requería de un trabajo intenso, que nos llevó toda la tarde del mismo día en que llegué, y casi amanecemos al otro día trabajando. Esto consistía en coger diente por diente, vaciarlos por detrás e irlos adaptando a una impresión, a un modelo que aún se conserva en La Habana y que yo pienso que debía traerse para acá para el Museo de Santa Clara. Entonces, sobre ese modelo se iban colocando los dientes como si se fuera a hacer una dentadura completa. Él disfrutaba viendo aquello.

Mientras trabajaba, me hizo los cuentos de cuando a él le decían el saca muelas, en la Sierra Maestra.

Como tenía de todo lo que necesita un estomatólogo, le examiné la boca y le encontré una caries en un molar. Y le dije: «Mire, Che, creo que usted debe de hacerse esa obturación. Yo se la hago en un momento, porque ahora es muy chiquita, pero dentro de cuatro o cinco años...Entonces me respondió: «Ay Fisín, dentro de cuatro o cinco años casi seguro los bochos, los cerdos jíbaros, estarán jugando con mi calavera en una selva por ahí». Fue una broma en negro. Después, durante esos treinta años que no sabíamos dónde estaba el cuerpo del Che, yo me acordé mucho de aquellas palabras que se convirtieron en algo muy serio.

También expresé la idea de quitarle pelo, pero no de la forma en que él va para Bolivia, porque esa fue una idea suya que te voy a contar después. Él tenía las sienes cubiertas de pelo, y en la frente se le hacía un pico, entonces le sugerí hacerle unas entradas en esa zona. Todo sin anestesia, eso fue con un gran estoicismo por parte de él, porque la CIA se fija mucho en todos esos pequeños detalles para la identificación. Por ejemplo, a Turcios Lima yo lo disfracé como mujer porque había que quitarle las huellas de un balazo que tenía en el cuello, y que la CIA tenía circulado, al igual que el pico de pelo del Che en la frente. Son detalles que identifican a una persona. A él también le gustó esta idea. No lo teñí porque se lo hice a otro compañero allí para ensayar y el teñido se le notaba mucho.

Como el trabajo de la dentadura era de horas, dejó el libro y se mantuvo todo el tiempo viéndome trabajar y conversando. Se interesó por mi familia, por mis hijos y mi compañera. Estaba ubicándose, caracterizándose. Fue bastante crítico con el viejo partido. Yo procedo de ese partido con una dosis de sectarismo, como hemos sido todos los viejos militantes, y aún lo sigo siendo. A veces me doy cuenta de que no me he curado todavía, no admitíamos crítica al partido. No nos equivocábamos nunca y discutíamos. Tampoco yo estaba muy claro acerca de la factibilidad de la lucha armada en América Latina, y cuando le aseguraba que nosotros éramos los mejores de la república mediatizada, me decía: «Usted está equivocado».

Cuando ya era de madrugada, le dije que le iba a dar mis opiniones sobre todas las cosas que me había dicho y me respondió: «Está bien Fisín, con tal de que sean tus opiniones. Si me vas a repetir lo que dice el periódico *Hoy*, no me digas nada». Me fui a dormir molesto. Después me di cuenta de que él tenía la razón, lo cual se lo confesé cuando estuvimos en Praga. Entonces, me respondió: «Yo le creo porque usted es honesto».

Sobre la misión en El Congo me decía que aquellas gentes eran unos bebedores de whisky y me hizo cuentos de los brujos, que se echaban una pasta para que las balas no le entraran. Entonces cogió un guanajo y lo llenó de pasta, y después hizo pedazos al guanajo para que vieran. No eran valientes; sin embargo, peleaban de pie, porque estaban convencidos de que las balas no los tocaban. Él tenía muy mala opinión de los dirigentes aquellos.

Como parte del cambio de imagen le di unos espejuelos retrovisores que le llevaba hechos de aquí. Con ellos veía normalmente, y haciendo un ligero movimiento con la vista podía ver lo que pasaba detrás de él. Aleida me contó que no los llevó a Bolivia, pero sí salió de Tanzania con ellos.

Los zapatos, con los que se le elevó la estatura, los hizo un preso aquí, que no sabía para quien estaba trabajando. Se hicieron unos zapatos normales, como un medio botín. El aumento estaba dentro del zapato, pero para su estatura era bastante.

El chaleco era de tela, pero le pusimos un forro que le hacía una joroba, y lo cambiaba por completo. En un disfraz cualquier detalle es importante. Incluso la ropa que le pusimos al Che para salir fue un pantalón y un saco con rayas verticales, para que se viera aún más alto.

Al otro día pudimos aprovecharlo poco, y al siguiente hicimos una prueba de todo el disfraz. Llegó hasta donde estaba Oscar Fernández Padilla, le preguntó por algo, y entró por un pasillo que había. Padilla, que lo conocía bien, titubeó y siguió a aquel tipo extraño. Lo que quería decir que el disfraz funcionaba.

De regreso a La Habana, me dio veinticinco centavos de dólar que le habían quedado, para que se los entregara a Piñeiro. Cuando se los doy, aquí en Cuba, Piñeiro me dice: «¿Pero qué se cree el Che, que esta Revolución se va a hundir por veinticinco centavos?».

Pasó el tiempo, un día me llaman y me dicen que debo ir a Praga, donde estaba el Che. Allí me contó toda su experiencia con el disfraz. Vivía en una casa en las afueras de Praga. Lo primero que me comentó fue lo de la caída de Turcios Lima, quien hacía poco había muerto en un accidente. Entonces, dijo: «El guerrillero nunca debe de ir a la placa, ni pasando hambre».

Realmente, yo aún no entendía la razón de mi viaje. ¿Qué hacía en aquella casa? Por las mañanas dábamos paseos a pie hasta llegar a un bosque que quedaba bastante lejos. Un día, él, Pachungo y yo entramos a aquel bosque, nos pusimos a caminar y a



conversar y nos perdimos. No sabíamos por dónde salir. El único que iba armado era yo. Había un frío de mil demonios y en el bosque nos encontrábamos espacios sin muchos árboles, y él se paraba y decía: «Uno, dos, tres, para pasar corriendo aquí». Y así estuvimos perdidos hasta por la tarde, cuando se subió en un lugar alto que había y divisó desde allá arriba una casa que habíamos visto por la mañana cuando entramos, y era muy característica porque estaba hecha de troncos. Entonces, nos dirigimos en línea recta hacia la casa. A la salida del bosque encontramos trampas para coger lobos, quiere decir que si nos hubiese cogido la noche, la batalla hubiera sido contra los lobos.

Casi al llegar a la casa nos encontramos a unos muchachitos jugando fútbol, y sin decir nada se abrió a correr y se metió entre ellos a jugar. Otra cosa que hacíamos todos los días era tirar al blanco.

El Che era una persona muy austera. A Pachungo le gustaba mucho el café y cuando iba alguna gente nuestra a visitarnos, Pachungo le encargaba un poquito de café. El café era muy caro en Praga, y más para un hombre que devuelve veinticinco centavos. Pachungo lo hacía escondido, y cuando el Che se enteró, le dijo: «Oye, Pachungo, ¿tú te estás preparando para guerrillero en París o para dónde? Porque él decía que había que tomar té, que era barato, que allí lo único que hacíamos nosotros era gastar dinero.

Siempre tenía aquel lío con el dinero y el ahorro. Un día nos llegó una revista que se publicaba aquí en Cuba para el extranjero, que tenía un letrero que decía: «El café contiene cafeína». Recorté aquel letrero, aproveché que él no estaba en ese momento y se lo puse encima de la puerta de su habitación con dos tachuelitas. Pachungo me avisa: «Ahí viene», y entro para el baño, haciéndome que me iba a rasurar. Realmente pensé que le iba a echar la culpa a Pachungo, pero cuando entró a su habitación me dijo desde dentro: «Fisín, y el té tiene teína».

Antes de partir para Praga, Fidel me había dado un regalo para que se lo entregara al Che. Era una cajita de cartón con nueve fresas. Cuando lo recibió comenzó a hacer cuentos de su experiencia en Banao con las fresas. Le fue quitando con sus uñas larguitas los tallos a las fresas, pidió azúcar, y cuando terminó separó las tres de él, las tres de Pachungo y las tres mía.

Un día, de zonzos, le cuento que en aquellos años en que las cosas estaban tan duras como hoy, yo había ido a la playa de Jaimanitas a comprarle pescado a un pescador. No me dejó terminar. «Fisín, ¿y tus compañeros pueden ir a buscar pescado?». No sé cuantas cosas me dijo, porque no había dudas de que mi posición era de privilegio respecto a los demás compañeros de mi unidad, y del chofer que iba conmigo. Conversábamos y discutíamos mucho a la luz de una linterna, colocada hacia arriba, cuando no teníamos corriente. Leía varios libros a la vez y dormía en el suelo, encima de varias colchonetas. Yo dormía al lado de él. Cierta día cuando se fue a acostar me dijo: «Voy a soñar con los angelitos». Aquello me pareció pueril, y al momento agregó: «con mis angelitos que dejé en Cuba».

Me fui de Praga pensando que sería la última vez. Pero cuando el Che está en Pinar del Río me comunican que debía ir allá; tampoco sabía cuál era el motivo del viaje. Supuse que él tenía algún plan futuro con esta especialidad que yo hacía. Como es lógico, un hombre que tenga en sus manos una empresa como la que estaba acometiendo él, no podía pensar solo en las cosas inmediatas. Tenía que meditar en cómo seguir conspirando cuando tuviera un territorio libre, cómo extender la lucha por toda la América, tenía que llevar a otros dirigentes, otros hombres y parece que él me estaba haciendo un reclutamiento prematuro.

Cuando llegué al campamento, los hombres que lo acompañarían en la misión de Bolivia se encontraban en un campo de tiro, y él estaba parado en un lugar alto

observando cómo se hacía la práctica. Desde allá y muy contento me gritó: «Fisín, ya estoy tan calvo como usted». Porque no le bastó aquello de sacarse las entradas. Después de ver una película en la cual el personaje se disfraza y se quita el pelo, le dijo a la gente: «Eso es lo que yo tengo que hacer». Entonces habló con el Moro,\* y el Moro lo anestesió con lidocaína y le arrancó el pelo. Se lo quitó dos veces porque él quería saber el tiempo que demoraría en salirle, teniendo en cuenta lo que tardaría el viaje para entrar a Bolivia, y no aparecerse allá como un calvo que le estaba saliendo pelo.

\* Octavio de la Concepción de la Pedraja. Médico y combatiente cubano que murió combatiendo en la guerrilla de Bolivia

Me dijo que podía incorporarme a las prácticas de tiro. No me porté mal, tiré bien, pero no me incorporé a las caminatas desde el primer día, porque eran duras. Las hacían con decenas de libras auestas y había que caminar distancias enormes por las montañas de Pinar del Río. A los dos o tres días, cuando iba saliendo entre los últimos, yo estaba descalzo junto a la casa. Se viró y me dijo:

«Fisín, ¿se anima?», porque él pensaba que yo estaba viejo. Di un brinco cogí los tenis pero en lo que me puse los zapatos y subí la loma que era muy inclinada, no me empaté con él. Iba con asma y no pude alcanzarlo.

El que mejor caminaba era Leonardo Tamayo. Salía de último y llegaba de primero al campamento, y cuando los demás cargaban 80 libras, él cargaba ciento y tantas.

Un día, al llegar la noche, Arturo, el hermano de Papi, no regresaba. Cuando apareció, el Che le preguntó: «¿Qué te pasó?». Le dijo que se había extraviado, que no había encontrado el camino por las montañas aquellas. Al otro día por la mañana, Che le indagó: «Cuéntame cómo fue lo de ayer que te extraviaste». Arturo le respondió: «Usted sabe, por allí donde está el río, que hay un riachuelo, que sé yo...». Se quedó callado la boca. Por la noche, a la hora de la comida, que era muy ligera, fundamentalmente toronjas y esas cosas, Che le volvió a preguntar. Yo dije para mí: ¿Por qué insiste tanto en esto, si sabe que se extravió? Al otro día por la mañana le reitera la pregunta. Era la cuarta vez. Hasta que Arturo le responde: «Mire, Che, le voy a decir la verdad, estaba muy cansado y me acosté a dormir». Él lo sabía, pero tenía que lograr que se lo confesara. Le hizo una crítica muy suave, destacó mucho el valor de decir la verdad. Lo hizo muy pausado. Creo que la sanción fue quitarle balas para el otro día, en la práctica de tiro. Sin embargo, en otra ocasión lo vi explotarse de una manera que inspiraba respeto.

En un momento me llevó al cuarto para enseñarme fotos de cómo le había funcionado el disfraz. Incluso una con Osvaldo Dorticós, que había visitado el campamento y en un principio no se percató de que era él. La sobredentadura que le había hecho para salir de El Congo sería la misma que utilizaría para ir rumbo a Suramérica.

Estando allí, alguien cumplió años, no recuerdo quién, y prometió, desde por la mañana, hacerle unas empanadas y efectivamente las hizo, muy sabrosas. Después, el Rubio declamó unas poesías muy buenas y se dijeron varias bromas, incluso el propio Che. Aleida estaba allí, y él dijo: «Cuidado con hacer cuentos verdes delante de Aleida, porque ella se los sabe todos».

De sus encuentros con Aleida recuerdo que era muy cariñoso. En una ocasión fui portador de una carta que le envió a ella, y que él me leyó. La felicitaba y le decía: «Estás dominando la síntesis de la escritura, nadie puede decir que sabe escribir, si no domina la síntesis».

Su personalidad ejemplar era la consecuencia de un esfuerzo diario, continuo y tenaz por parte de él. Un proceso auto-educativo, esa fue la conclusión a la que llegué en el tiempo en que estuve a su lado.

Cuando me iba, me acompañó hasta el carro y me despidió con su conocido: «Hasta la victoria siempre».

## **GUARDO DEL CHE MUCHAS COSAS EN EL CORAZÓN**

*La negra calvicie le brilla ahora a Ulises Estrada. Nada le queda de aquella abundante cabellera que tuvo, en sus años mozos, al hombre que acompañó al Che en su salida de Tanzania hasta Praga, ciudad donde permaneció junto al Comandante Guevara, en un pequeño apartamento, durante más de un mes.*

*Anécdotas sobre el Che hay muchas: «unas son ciertas y otras producto de la fantasía», me dice este hombre alto, delgado y negro como la noche, que tuvo el privilegio de trabajar junto al Comandante Guevara desde los primeros años del triunfo de la Revolución, en la atención a grupos de solidaridad de diferentes países.*

*De aquellos días en Praga conserva secretos que no compartirá con nadie, cosas que guarda en el corazón y se van a morir ahí, me dice el hoy director de la revista Tricontinental.*

A principios del triunfo de la Revolución, yo trabajaba con el Comandante Manuel Piñeiro, que era entonces jefe de la Inteligencia, y junto con el Capitán Olo Pantoja dirigía una unidad que estaba dedicada nada más que a brindarle ayuda al movimiento revolucionario internacional.

El Che se reunía con movimientos revolucionarios de diferentes países que venían aquí. Discutía la ayuda que solicitaban, la aprobaba y nosotros éramos los encargados de materializarla, ya fuera militar, política o económica.

Mi primer contacto con él fue muy impresionante. Me escrutó bastante, me hizo varias preguntas sobre mi vida, mi participación en la lucha revolucionaria, mis aspiraciones... y a partir de ahí, comencé a trabajar directamente con él, cada vez que se reunía con algún dirigente revolucionario. Yo lo llevaba, y participaba en la entrevista. Dirigí algunas operaciones, hasta que se decidió hacer un trabajo especialmente orientado hacia América del Sur y creamos una operación que se llamó «Operación Fantasma». Piñeiro la llamó así porque decía que teníamos que trabajar como los fantasmas, sin que nadie nos sintiera ni nos viera. Hicimos algunas operaciones, una en Colombia, en el año 62, que fue con los hermanos Antonio y Juan Martín Larrota, del movimiento estudiantil obrero-campesino, donde ya el Che planeaba incorporarse a la guerrilla. Siempre en la idea del Che estuvo preparar una guerrilla y, posteriormente, irse a la Argentina.

Entre sus planes estuvo ir a Venezuela, pero allí las condiciones de la guerrilla no eran muy apropiadas; de todas maneras, se lo dijo a los venezolanos, y ellos no estuvieron de acuerdo, porque tenían temor a que los norteamericanos lo descubrieran.

Yo participaba en todas esas reuniones y tomaba nota de cuanto él y los demás decían. Después, se elaboraba un informe y se guardaba. Fracasada la guerrilla de Colombia, el Che no desiste de la idea de irse a América del Sur. Pero por ese tiempo va a África y hace un recorrido oficial por varios países, como Tanzania y Congo Brazzaville. Allí entra en contacto con el movimiento revolucionario africano y comprueba, *in situ*, que los problemas de África eran mucho más graves que los de América Latina. Nosotros,

en realidad, conocíamos muy poco de ese continente. Cuando regresa de ese viaje, el Consejo Supremo de la Revolución Congolese, específicamente Gastón Soumaliot, que era el jefe de esta organización, había venido a Cuba a pedir ayuda, y se le había aprobado. Esta consistía en enviar instructores militares a la guerrilla de El Congo. Fidel le habla al Che de esto e inmediatamente acepta ir al frente de los instructores.

En este viaje, el Che ofreció ayuda militar a una serie de organizaciones africanas, y a mí me tocó ir a entregar esa ayuda a diferentes países. Tanto sabíamos de África, que Piñeiro me dijo que era un viaje de quince días y me pasé cinco meses en un barco, y para salir de Cuba tuvimos que ir a un barco griego que se encontraba en Santiago de Cuba para que nos diera una carta, porque aquí no había permiso de navegación para África.

Cuando terminé este recorrido por varios países africanos me incorporé a la misión del Che en El Congo. No todos los cubanos entendían por qué estar en un país tan lejano. Veían que los congoleses no querían combatir y le tenían terror a los blancos, y el Che fue trabajando en eso. Encontré una situación difícil entre los cubanos. Sabían que yo era del Ministerio del Interior y se me fueron acercando. Me decían que Fidel no conocía lo que estaba pasando allí, que si el Che no le informaba... Y yo me reuní con el Che: «Yo no puedo llevar esta información, la gente me han dicho esto y yo quiero que usted lo sepa», le dije. «¿Y tú que vas a hacer con eso?», me preguntó. «No, yo no voy a hacer nada con esto, pero yo creo que usted debe saberlo». «Tú tienes que cumplir con tu deber, y tu deber es decírselo a Fidel», me ordenó.

Regreso a Cuba porque la situación se va haciendo difícil, por los congoleses. Hay un grupo de ellos que se sienten presionados por los cubanos a pelear. El gobierno de Tanzania no daba todas las facilidades para pasarle ayuda al Che en El Congo, aunque no se sabía que el Che estaba allí, pero sí que había cubanos luchando. Y la Organización de la Unidad Africana, una vez que le dan el golpe de Estado a Moisé Tshombé, decide suspender la ayuda, porque consideraba que ya la dictadura había caído, y le piden al gobierno de Tanzania suspender la ayuda. Nosotros habíamos previsto que eso podía suceder, y así fue que salieron todos los cubanos, menos seis que estaban perdidos. El Che dejó a Fernández Mell, y le ordena que mientras no encontrara a los que faltaban no podía salir.

*¿Y qué le decía él de El Congo? ¿Estaba arrepentido de haber ido allí?*

Lo que estaba era dolido, por la forma en que se desarrollaron los acontecimientos. Él pensó ganar esa guerra, y todo fracasó después.

Al salir de El Congo, va para la embajada nuestra en Tanzania, donde las condiciones tampoco eran buenas. Se pasaba el día encerrado en un cuarto, al que solo podía entrar un compañero del Ministerio de Relaciones Exteriores, que reclutamos como colaborador de la Inteligencia, el compañero Colman Ferrer. Él fue quien le mecanografió su Diario de El Congo.

Regreso a Tanzania a buscarlo, porque aunque él no quería, había que sacarlo de allí. La idea era traerlo para Cuba, porque ya se estaba preparando la operación de Bolivia, pero él decía que no, que después que Fidel había hecho pública la carta, no podía volver, porque ya se había despedido del pueblo de Cuba.

*¿El se molestó con eso?*

No, Machado Ventura fue expresamente a explicarle por qué se había hecho pública la carta. Existía una presión muy grande sobre Cuba y sobre Fidel, incluso por parte de los movimientos revolucionarios. Se decía que el Che había tenido problemas con Fidel, que lo habíamos desaparecido; se decían muchas cosas, y Fidel se vio obligado a

dar a conocer la carta. Eso le hizo no querer regresar a Cuba, y buscamos un país intermedio, en ese caso Checoslovaquia. ¿Por qué Checoslovaquia y no la Unión Soviética? En primer lugar, el Che era muy crítico con los soviéticos. En segundo lugar, nosotros teníamos todas las condiciones operativas en Praga para tener al Che allí, sin ningún tipo de riesgos, ya que por allí pasaban hacia Cuba y desde Cuba todos los revolucionarios que venían a este país a entrenarse, a entrevistas, en fin... Pasaban por allí, donde se les cambiaba el pasaporte, y donde teníamos montado un sistema operativo con casas, apartamentos y transporte. Salgo para Tanzania con el Dr. Luis García Gutiérrez (Fisín), un dentista que le hizo el cambio de imagen al Che, y cuando terminó vine para acá con la foto para que Fidel diera su aprobación. En ese tiempo, va Aleida a Tanzania y se designa al compañero Padilla, que era viceministro del Ministerio del Interior, para que me sustituyera, y no se quedara el Che solo allí hasta que saliera para Praga.

### *¿Y qué dijo Fidel?*

Que no se parecía, que se podía sacar al Che.

Vuelvo otra vez para Tanzania. Al salir de allí, hicimos un alto en el camino para que Colman, quien tenía muchas relaciones con la seguridad tanzana, fuera al aeropuerto y ajustara todo. Nosotros iríamos directo hasta el avión en el auto, mientras él se ocupaba de los pasajes y equipajes. Para ello, debíamos estar atentos y ver cuando el avión pasara, para salir rumbo al aeropuerto, pero en realidad nos entretuvimos y no sentimos cuando pasó.

Che me había nombrado jefe del grupo, que éramos él y yo, porque decía que yo tenía más conocimientos del lugar, pero cuando se enteró de lo sucedido me dice que él volvía a ser el jefe. Cargo que me devuelve cuando ya íbamos llegando al avión.

### *¿Y no hubo ningún problema en el camino?*

No. Problemas hubo en Praga, donde estaban poniendo un documental que él quería ver y yo le dije que no, que no podía salir de la casa, que de ahí íbamos para el aeropuerto. Allí estaba, de encargado de negocios, el compañero José Antonio Arbezú, a quien yo le mandé a decir con el Comandante Eddy Suñol que había estado allá en Tanzania, que en el vuelo tal y tal iba con un compañero y que no lo podía saber nadie de la Embajada. Arbezú lo vio y no lo reconoció, hasta que nos montamos en el carro y el Che empezó a bromear. En esa residencia estuvimos dos días. Por el mediodía estaba cansado y me acuesto. Cuando me levanto, empiezo a buscarlo y la empleada de la casa me dice que había salido.

Enseguida pensé: este se fue a ver la película. Lo busqué en el cine, lo vi y me senté detrás de él. Empecé a hacer movimientos para que me viera, y cuando se dio cuenta, inmediatamente se paró y salió. Al encontrarnos afuera me dijo: «Que error cometí, ¿verdad?. Eso no va a pasar más, jefe».

### *¿Y usted que le dijo?*

Nada. Yo le tenía además de respeto, un poco de miedo, porque él era muy fuerte

Allí, en Praga, nos alojamos en un apartamento que era un cuarto con dos camas, una mesita, un radio, una cocinita y un baño, en una azotea. ¿Por qué elegimos ese apartamento y no la finca que teníamos allí? Porque los checos debían pensar que era un combatiente cualquiera, y no que se trataba de un dirigente. Al día siguiente, cuando el Che se despierta, yo le tenía preparado el mate y voy a la cocinita a preparar unos huevos. Me llama y me dice: «Fíjate lo que te voy a decir, a partir de hoy vamos a hacer un programa de trabajo, y un día cocinas tú y otro yo; un día limpias tú y otro yo; que tú no eres criado mío, ni nada de eso». Y así fue.

El Che se preocupaba mucho por la superación de uno. En Praga, él me peleaba porque yo no leía. Me insistía mucho, quería que yo aprendiera ajedrez, porque desarrolla la mente y la agilidad; hasta que un día me convence para que juegue con él, pero yo no sabía ni mover las fichas. Tenía un libro y se pasaba el día estudiándoselo, y me dejó ganar. Entonces me dijo: «Eres un tramposo, no juego más contigo»; todo para convencerme.

Me costaba mucho trabajo decirle Ramón y tratarlo de tú. Él siempre pensaba que había micrófonos puestos por la seguridad checa, y a mí se me olvidaba. Le decía Comandante, y él no quería. Me agarraba por el brazo y me llevaba para fuera, a la azotea. «Me van a descubrir por culpa tuya, no me digas más Comandante, no me trates más de usted», hasta que me fui acostumbrando. Fue una estancia muy interesante. Hablamos de muchas cosas.

### *¿Como cuáles?*

Cosas internas del país. Todo lo de la microfracción. El papel de algunos dirigentes del Partido Socialista Popular. El racismo. Él decía que los negros éramos culpables de una parte del racismo, porque nosotros les seguíamos el juego a los blancos. «Por ejemplo, para ti el pelo de la negra es pasa, y tú mismo le dices pasa. ¿Y por qué no le dices pasa al pelo de las blancas? Para ti, la boca es bembá y ¿por qué yo no soy el bembón?».

Muchas cosas de las que hablé con él las guardo en el corazón y se van a morir ahí. Me decía: «Fidel tiene que enfrentar un gran problema, que muchos de nuestros oficiales de la Sierra, ya no piensan en la Sierra Maestra de Oriente, ahora piensan en el Sierra Maestra del Hotel Habana Libre», un restauran-cabaret que hay en el último piso. Y todo esto por sus nombres. Era muy crítico, pero no era capaz de pedirte nada que él no fuera capaz de hacer.

A veces salíamos, por las noches, a las afueras de Praga, a los restaurantes de carretera a comer, ya tarde, a las diez de la noche, y las checas me tocaban el pelo, me tocaban la cara. Yo tenía entonces mucho pelo, era un espendrús. Llamaba mucho la atención, porque en Praga, en aquella época, no se veían tantos negros, y entonces al Che eso le disgustaba. Es por eso que regreso para Cuba. El se sentó conmigo como compañero y me dijo: «Mira, aquí hay un problema. Tú llamas mucho la atención. Es la primera vez que un negro llama más la atención que un blanco, pero bueno, te tocó a ti. Yo quiero que tú mismo le pases un mensaje a Piñero diciéndole que mande a otro compañero, y que tú regreses para Cuba». Ya estaban los preparativos para Bolivia. Entonces, le dije que estaba bien que yo regresaba, pero que quería incorporarme al grupo de Bolivia. Y me contestó que yo le hacía más falta a Piñero que a él, porque él necesitaba guerrilleros y que yo de guerrillas sabía muy poco.

Su regreso a Cuba costó mucho trabajo. Fidel le mandó una carta con Ramiro Valdés, que había sido el segundo hombre de su columna en la Sierra Maestra, y eso fue lo que lo convenció de regresar a Cuba, con toda una operación secreta que se hizo. Operación que se volvió a hacer después, al salir de Cuba para Bolivia, porque el tránsito fue nuevamente por Praga. En esta ocasión no fue para la casita, sino para la finca que teníamos en las afueras de la ciudad, donde mismo había estado Tania, cuando fue a hacer el entrenamiento final a Europa. Allí tenía condiciones para caminar y hacer ejercicios.

### *¿Usted cree que él era un hombre feliz?*

Yo creo que sí, aunque le faltó algo: su última victoria. Con la cual soñó y se entregó hasta dar su propia vida. Por eso creo que no fue plenamente feliz, porque él tenía un objetivo central en su vida.

## SOY LO QUE SOY, GRACIAS AL CHE

*El Coronel Leonardo Tamayo se fuma un tabaco tras otro y en cada bocanada de humo es como si estuviera presente el espíritu del Che, quien entre muchas otras cosas, también lo enseñó a fumar.*

*Junto al Comandante Guevara estuvo desde 1957, cuando, con solo quince años, se incorporó a la Sierra Maestra. Allí fue su ayudante y mensajero. Junto a él realizó la invasión, participó en la toma de Santa Clara y después del triunfo de la Revolución fue jefe de su escolta personal. Solo durante los meses que duró la misión de El Congo no estuvo a su lado. Hoy Tamayo es uno de los tres cubanos sobrevivientes de la gesta boliviana.*

### ***¿Usted todavía se emociona cuando habla de la muerte del Che?***

Es lógico. Yo entré con quince años a la Sierra Maestra y tenía un segundo grado de primaria. Siendo casi analfabeto me puso al lado de él. También le agradezco la confianza que depositó en mí como guerrillero. Durante la insurrección aquí en Las Villas, cuando se crea el pelotón suicida por iniciativa de El Vaquerito, voy a llevarle un mensaje de Eloy Gutiérrez Menoyo, y El Vaquerito me está esperando y me dice: «Tamayito, tengo una idea y cuento contigo, crear un pelotón de ataque comando». Le digo: «Vamos a crearlo ya». Le entrego el mensaje al Che; era el desacuerdo de Menoyo de unirse al 26 de Julio, de cooperar y crear un solo frente de lucha aquí. Llega incluso a tener alguna falta de respeto en su mensaje. Y El Vaquerito le dice: «Che, Tamayito y yo le traemos una proposición: crear un pelotón de ataque comando». El Che nos responde: «Veo bien la idea, lo que no me gusta es ese nombre. Eso de ataque comando es de los ejércitos capitalistas, ¿por qué no le ponemos pelotón suicida?». Entonces le sugiere al Vaquerito: «Bueno, y como la idea es de ustedes dos, tú eres el jefe y Tamayito es el segundo jefe». Y así hicimos ese pelotón.

El Vaquerito y yo escogimos los hombres. Nosotros nos queríamos como hermanos. Y el 31 de diciembre, a veinticuatro horas del triunfo, cae El Vaquerito en la azotea del edificio que estaba frente a la estación de policía; la primera y única vez que lo hieren. Esa fue la acción que el Che nos dio como responsabilidad para que nuestro pelotón la tomara, y cumplimos con eso. El primer alto oficial que se hace prisionero aquí, que fue el coronel Cornelio Rojas, lo cogió nuestro pelotón y se lo llevamos prisionero al Che. Se fugó, pero después lo volvimos a coger.

Le agradezco al Che que, al triunfar la Revolución, lo primero que hizo por mí fue ponerme un maestro. Y ya en agosto del año 61, yo tenía sexto grado. Porque él me decía: «Tu trabajo mientras yo esté dentro de la oficina trabajando, es estudiar». Y si él trabajaba diecisiete o dieciocho horas diarias, yo tenía que pasarme ese mismo tiempo estudiando. Lo controlaba, era un fiscalizador tremendo. Todos los escoltas lo esperábamos para almorzar y lo hacíamos juntos en la misma mesa. Traía un documento en la mano y decía: «Lee ahí», y allí mismo te decía si lo estabas haciendo bien o mal. Nos mandaba a la pizarra y le decía a Raúl Arteche, el profesor nuestro: «Ponle un problema ahí». Y nos fiscalizaba como estábamos. O sea, que lo que mi padre no pudo hacer por mí, lo hizo el Che. Esa honestidad, esa seriedad del Che, esos momentos de reaccionar rápido ante cualquier situación, todo eso lo aprendí de él.

Y siéndote honesto, yo aprendí a valorar la capacidad del Che en Punta del Este, Uruguay, en 1961, en la conferencia inter-económica de la llamada «Alianza para el Progreso» de los Estados Unidos para América Latina; y la respuesta tan rápida que el

Che tenía para todas las cosas y cómo salía de la reunión y se iba para las comisiones de trabajo, y si había un compañero exponiendo sobre la educación en Cuba, él se paraba detrás del compañero y decía la educación en Cuba es esto, esto y esto... Salía rápidamente de aquella comisión e iba para la de la reforma agraria, y allí hacía lo mismo. Igual ocurría con las preguntas de los periodistas, esa forma de reaccionar tan rápida. Recuerdo que una vez unos periodistas lo abordaron de una manera informal en el lobby del hotel y el Che aceptó el reto de aquellos periodistas. Y uno le dice: «Doctor Guevara, ¿qué me puede decir de su ex patria?». Y de manera ipsofacta, el Che le responde: «Yo no tengo ninguna ex patria, mi patria es Cuba, mi patria es Argentina, mi patria es el mundo entero, y yo tengo más patrias que tú». Y otro periodista, que era paraguayo, le dice: «Doctor Guevara, ¿a usted le gusta el cine, le gustan las fiestas, le gusta la diversión, le gusta el trago, le gustan las mujeres? E inmediatamente, antes de que terminara de preguntar, el Che le responde: «Me gusta el cine, las fiestas, la diversión, el trago y las mujeres, pero como trabajo dieciocho horas diarias no tengo tiempo para nada de eso, y el día que me dejen de gustar las mujeres dejo de ser hombre».

La delegación nuestra era de cuarenta y cinco compañeros, la misma cantidad de integrantes que la de los Estados Unidos. Ellos se sentaron a la derecha del Che; ahí, pegaditos. Y él comenzó a batirse con un discurso en el que arremetió duramente contra ellos. Todos los que lo antecedieron llevaron el discurso escrito y hablaron unos diez minutos. Che fue sin papel alguno y, cuando terminó, me pregunta: «¿Qué tiempo hablé?». «Una hora y treinta y cuatro minutos». Entonces, en un gesto de descontento con él mismo, me dijo: «Coño, yo quería haber hablado dos horas».

Allí había un gusano, un apátrida, y cuando el Che termina, todo el mundo aplaudió inclusive hasta la delegación norteamericana, y dice: «No aplaudan al asesino comunista este». Le entramos a golpes, e inmediatamente yo saco la bandera cubana que traigo en el bolsillo y amparo al Che con la bandera cubana, me pongo por detrás de él y la bandera cubana por delante. Éramos cuarenta y cinco, y cuarenta y cuatro de nosotros le dimos «un golpecito», de manera que tuvieron que llevárselo de allí.

Después en la Universidad de Montevideo disparan y matan a un trabajador de la Universidad, estando el Che allí. Ese hombre tenía un hijo, e inmediatamente el Che lo trajo para Cuba, le dio una beca, estudió aquí, y cuando terminó su carrera se fue para su país.

De allí el Che hizo un viaje imprevisto a la Argentina. Tomamos una avioneta y fue a ver al presidente, se reunió con él, conversó y regresó a Uruguay. En Argentina se reunió con varios amigos de su juventud. Almorzó con toda su familia, el viejo, la vieja, sus hermanos. El único en la mesa que no pertenecía a la familia, era yo. Ahí es que me entero que al Che le decían Tete cuando niño, porque la vieja lo llamaba así todo el tiempo. Celia, la madre le dice: «Tete, dame veinte dólares», y el Che le responde: «Mirá, vieja, si me levantás por las patas y me sacudís vas a ver que no voy a echar ni un centimo». «Tete, vos no me vas a decir que tú andas sin dinero». «No, yo no te he dicho eso, pero ese dinero es de la Revolución, no es mío, y lo que no es mío, no te lo puedo dar». Y no se lo dio.

Y así mismo pasaba cuando estaba al frente del Ministerio de Industrias. Llegaba algún compañero y le decía: me hace falta tal cosa, y él le respondía: «Ahí hay cantidad, pero eso no es mío, es de la Revolución y la Revolución me lo dio para que lo administrara, no para que lo repartiera, por tanto, no te lo puedo dar».

Otro día fuimos a un cine, al Autocine del Mediodía, el Che, que iba manejando, Aleida, y yo como jefe de la escolta. La mujer no quería cobrarnos, y el Che le dijo:



«Oiga, ¿este cine es suyo?». «No, Comandante». «Pues si no es suyo, cobre». Y tuvo que cobrarle.

***Sobre el proceso revolucionario, él tenía muchas insatisfacciones e incluso cuando el XX aniversario de su muerte, Fidel hace alusión a ello. ¿Usted podría referir cuáles?***

El no estaba de acuerdo con la rebaja del precio del transporte, ni con los comedores obreros, porque él pensaba que eso era una carga para la Revolución. El decía que un país como Cuba no se podía dar el lujo de bajar el precio del transporte y del teléfono.

Sí abogaba porque los estudios fueran masivos: esa cultura que hoy Fidel ha revivido, él fue el primero que empezó a hablar de ella. Decía que la economía de Cuba era un desastre, por la mala administración que teníamos, por la falta de contabilidad. Quería que la economía fuera planificada a corto, mediano y largo plazo. Hablaba del derroche de nosotros los cubanos y que un país subdesarrollado no podía darse el lujo de derrochar. Por ejemplo, yo tenía un carro y me daban trescientos litros de gasolina, y la condición que me ponían para poderme dar trescientos más era que tenía que darle mantenimiento al carro. Eso es un derroche. Entonces, si yo gastaba eso en tres días, iba, le daba mantenimiento al carro y me volvían a dar trescientos litros más. Eso era una barbaridad, un derroche. A eso era a lo que se oponía el Che.

Una vez yo quería hacer una de mis trastadas y él tenía un Chevrolet de la JUCEPLAN, parqueado en el Ministerio, y le digo: «Che, présteme el Chevrolet ese». «¿Qué vas a hacer?». «Voy a dar una vuelta por La Habana, para hacer unas compras». Entonces cogió una hoja de papel y un bolígrafo e hizo una relación de números que parecía una lista de bolítero, y me dijo: «Dile a Manresa que venga acá». Le aviso a Manresa, su secretario, y Che le dice: «Mire a ver, Manresa, si en esta lista se me queda algún número de rutas de guagua, que Tamayito tiene necesidad de ir a La Habana para hacer unas compras». Le dije: «Che, que recio me lleva». Y me respondió: «Cuando tú aprecies, tú estimes, tú consideres a un hombre, llévalo recio para que no se te eche a perder». Yo tenía diecinueve años, era su jefe de escolta, con carro y con juventud. Si el Che no me lleva así, tal vez yo no fuera hoy el hombre que soy.

***¿Cuándo le comunican a usted que va a formar parte de la guerrilla del Che en Bolivia?***

Esa comunicación fue un poco estratégica, porque el Che siempre fue muy cuidadoso. Nosotros éramos dieciocho compañeros y él escoge quince. Le da esa lista a Fidel y deja tres para que fueran elegidos por otros compañeros. Fidel se la entrega al Ministro de las Fuerzas Armadas, y el día 18 de julio de 1966 fuimos llamados por Raúl Castro, para ver si estábamos dispuestos a cumplir una misión internacionalista. No se nos dijo a dónde, ni con quién. Pero este llamado fue personal, no fue colectivo, porque el Che lo recomendó así, por si acaso algún compañero se arrepintiera o dijera que no, ante su solicitud, de manera que los demás no lo supieran.

Vilo, Braulio y Benigno fueron los tres que no estaban incluidos en la lista de los quince compañeros que propuso el Che. A Braulio lo escogió el ministro de las FAR; a Vilo, Fidel; y a Benigno, Sergio del Valle, porque ambos habían sido invasores en la columna de Camilo. Tengo que decirte que aunque Benigno traicionó, fue muy valiente en Bolivia y cooperó mucho con la salida nuestra de allá, como de origen campesino que era. Nunca fue cobarde en la guerrilla.

Cuando el Che se estaba haciendo el trabajo de camuflaje, y querían presentarle a los compañeros que íbamos con él a la guerrilla —porque él los conocía a todos, exceptuando a Benigno—, no quiso enfrentarse a nosotros, ni se nos comunicó que íbamos para Bolivia al mando del Che. Cuando llegó ese momento, se nos presenta un

señor con el nombre de Ramón, que era un español que sabía mucha táctica de guerra de guerrillas, y que iba a ser a partir de ese momento nuestro instructor.

En la primera decena del mes de septiembre nos trasladan para San Andrés, antes habíamos estado en Cayajabo, al mando del Comandante Pinares, ambos sitios ubicados en Pinar del Río. Para San Andrés nos lleva el entonces Comandante Raúl Menéndez Tomasevich, ya fallecido. Cuando llegamos al lugar, el tal Ramón se nos presentó con un traje azul de cuello y corbata, botines, un sombrero de paño debajo del brazo, unas gafas, unos mechones de canas, con una depilación total, y una sobre prótesis dental que le imposibilitaba comer alimentos sólidos. Hablaba como un español y se nos presentó. Todo el grupo estaba en formación militar, y al llegar aquel hombre a donde estábamos nosotros, nadie lo conoció. Ese fue el objetivo por el cual se nos ocultó. Tomasevich le dice: «Mire, doctor, este es el grupo al cual usted le va a dar el entrenamiento», y nos fuimos presentando por los nombres que cada uno de nosotros habíamos escogido. En el caso de San Luis, Rolando; en el de Pinares, Marcos, y así sucesivamente. En el caso mío, Urbano, porque el único hermano varón que hubiera podido tener se llamó así, y no lo conocí, porque tanto mi mamá como él murieron en el momento del parto. Y por eso me puse ese nombre, porque es el único que yo no puedo olvidar nunca.

Cuando nos presentamos, aquel hombre, hablando como español, le dice a Tomasevich: «Comandante, ¿y tengo que decirles algo?». «Bueno, doctor, si usted quiere». «¿Y que les digo, comandante?». «Lo que usted quiera, doctor». Che se queda con esa mirada fija de él, nos mira a todos y se echa a reír, y ya con deseos de que lo conociéramos, de que supiéramos quien era, le dice a Tomasevich hablando como argentino: «¿Qué les digo, comandante, que son unos comemierdas?». Suárez Gayol es el primero que reacciona y dice: «Coño, si es el Che». Y a partir de ese momento se rompe la formación y nos fundimos en un abrazo con él.

Allí, en San Andrés, los entrenamientos eran muy severos. Era una disciplina consciente, porque cada uno de nosotros sabía lo que iba a hacer y para donde iba. Después, cuando conocimos la topografía de la selva boliviana, nos dimos cuenta de que lo que habíamos visto aquí era una décima parte de aquella topografía inhóspita.

Lo hacíamos de una manera tan consciente, que tomábamos una cantimplora de agua y tenía que durarnos dos y tres días, en dependencia de los kilómetros que caminaríamos; sin embargo, pasábamos por los ríos y ninguno bebía, y muchos regresábamos después de los tres días con agua en la cantimplora. Las caminatas de noche eran súper difíciles; los que más se las sintieron fueron el Médico, Pinares y Vilo, porque estaban muy obesos. En ocasiones, teníamos que socorrer al Médico con la carga que tenía, porque el Che nos dijo que cada uno de nosotros tenía que llevar como mínimo una carga de ochenta libras, más el fusil y doscientas balas, y de ahí para allá todo lo que el compañero quisiera cargar. Había muchos que cargábamos ciento y tantas libras, más quinientos cartuchos.

*¿Dicen que usted era uno de los que más cargaba?*

Es lógico, tenía veinticuatro años y había energía. También Miguel Hernández y Braulio eran muy fuertes.

El Che probó a casi todo el grupo, en resistencia. Él sabía que yo caminaba mucho, porque veníamos juntos desde la Sierra Maestra y había sido su mensajero en la Sierra y su ayudante en la invasión, y nos ponía a hacer caminatas por las lomas, un recorrido largo, a ver en qué tiempo cada uno hacía ese recorrido. Braulio y Benigno eran muy rápidos.

### *¿Y el Che cómo cargaba y cómo caminaba?*

Él era ejemplo por su férrea voluntad, sacaba fuerzas de donde no tenía. Incluso en momentos cuando todos nosotros estábamos agotados, con los pies llagados, cinco y siete días sin beber agua y sin comer, el Che decía: «Un alto para descansar, diez, quince minutos», a veces en horas de la madrugada, y cuando se cumplía el tiempo, él se levantaba y nos daba la orden de continuar. Así lo hizo aquí en Cuba, y en Bolivia. Lo recuerdo en la invasión, cuando se quedaba dormido con todo el cuerpo dentro del agua, y solamente dejaba la cabeza afuera. En una ocasión, estábamos Hermes Peña, Argudín y yo —fue cuando la invasión, después de la toma de un cuartel, aquí en Las Villas—; su cansancio era tanto, que se acostó en el piso de una casa, le armamos la hamaca y por mucho que lo llamábamos y le decíamos: «Che, levántese, que está durmiendo en el piso», y le respondía a Hermes, que cayó en Argentina junto a Massetti: «Acuéstate tú en mi hamaca que yo voy a seguir aquí en la tuya». «Che, que usted está durmiendo en el piso». Y él repetía lo mismo, hasta que lo dejamos. Al otro día, cuando se levantó, nos dijo: «Oigan, ustedes son unos come... ¿cómo me dejaron durmiendo en el piso?».

### *¿Usted le tenía mucho respeto, Tamayo?*

Bastante, pero el respeto de un hijo hacia un padre, porque él pensaba que nosotros éramos sus hijos. Nos decía: «Oye, pórtate bien porque te voy a dar una galleta». Como si fuéramos muchachos, esas cosas las hacía él con nosotros. Era un respeto de un padre hacia un hijo, y de un hijo hacia un padre.

Yo tenía mucha confianza con él. Incluso Alberto Castellanos —que me llevaba más de nueve años, porque el entró con veintitantos a la Sierra y yo tenía quince, era un muchacho—, cuando estábamos en la escolta, me decía: «¿Qué tú le sabes al argentino, que tú le contestas y él no te dice nada?». «Nada, que yo no le tengo miedo. Él me dice una cosa y yo le contesto otra». Al Che no le gustaba que se le quedaran callados, le gustaba que le replicaran. Al que se le quedara callado, lo apartaba un poco, pero a quien le respondía, lo atraía hacia él, porque decía que el hombre sumiso no podía abrirse camino. Por eso, si me decía una barbaridad, yo le decía otra, con una confianza absoluta.

### *¿Hasta qué punto se puede hablar de esa confianza?*

En una ocasión, siendo presidente del Banco, me dice: «Oye, Tamayito, en la casa se me quedó un cheque firmado, pero ten cuidado no se te pierda porque tiene doscientos millones de dólares. Está para el lado que yo duermo». Aleida no estaba en la casa, y yo le digo: «Venga acá, ¿y cuándo yo lo he visto a usted durmiendo en su cama?». Cosas de esas... Nos hablaba de su familia, de cuando le entraban los cables al Ministerio de Industrias, con noticias de que le habían detenido a su madre porque era muy revolucionaria, y cuando venía a Cuba iba cargada de libros y otro tipo de literatura. Entonces, enseguida me llamaba y me lo decía. También me contaba de sus aventuras por Latinoamérica junto a Granados, y en ocasiones nos hablaba del proceso revolucionario en Cuba. Él era un defensor acérrimo de los bienes de la Revolución, y nos decía: «Si todos los ministros fueran como tal ministro, Cuba progresaría rápido». Defendía siempre los bienes de la Revolución. En Bolivia, nos insistía: «El dinero que traemos hay que ahorrarlo, porque cuando esto se acabe, a Cuba no le vamos a pedir ni un centavo más, porque Cuba se ha desangrado mucho para la lucha de liberación de los pueblos, y no podemos desangrar más a Cuba. Tendremos hasta que asaltar un banco aquí en Bolivia, pero no podemos pedir más». Y nunca nos quedamos sin dinero, porque lo supimos administrar.

*Retomemos aquella estancia en San Andrés. ¿Cómo eran las visitas de Fidel al campamento?*

No solo en San Andrés, Fidel nos visitó desde que estábamos en Cayajabo. Nos enseñó un tipo de tiro que yo creo que inventó él. El tiro de manguera, que consistía en poner un tanque de hormigón de cincuenta y cinco galones de frente y concentrar todo el fuego en su fondo, es decir, tirarle en ráfaga los cuarenta cartuchos. Iba varias veces a la semana, y esa misma frecuencia la mantuvo después, cuando estábamos con el Che, lo único que se quedaba hasta tres y cuatro horas más. Siempre me decía que mi misión como parte de la escolta no había concluido, que lo más importante era cuidar la vida del Che.

*¿Cómo ocurre la salida suya para Bolivia?*

El 24 de octubre terminamos el entrenamiento y se nos dieron cinco días para estar con la familia en las casas nuestras, pero con la condición de no decir para dónde íbamos. Yo les dije que pasaría unos cuantos años sin venir a Cuba, porque iba dos años a la Unión Soviética a estudiar táctica, y después a Checoslovaquia a estudiar tanque. Y el 29 de octubre tomamos el avión de La Habana a Moscú. De Moscú, fuimos a Checoslovaquia. El Che estaba allí y nos dice que no podíamos salir hasta que él no llegara a Bolivia y recibiéramos un cable donde nos dijera que había llegado sin novedad, por si acaso él y el Pacho eran reconocidos en algún aeropuerto, que nosotros no sufriéramos las mismas consecuencias. A la semana recibimos el cable. El Che era tan estricto en sus cosas que ninguna pareja podía saber por qué ruta iba a viajar la otra. O sea, yo nada más sabía el recorrido que íbamos a hacer Braulio y yo, que éramos los compañeros de viaje; los dos negros viajábamos juntos. Entonces, desde Checoslovaquia, Braulio y yo fuimos a Frankfurt, pero por tren. Cuando llego al aeropuerto de Frankfurt pregunto: «¿Próximo viaje para Santiago de Chile?». «Miércoles, a las diez de la mañana». Le digo: «Déme dos boletos». Pago mis boletos me los echo en el bolsillo, me voy para el hotel y el miércoles tomo mi avión.

Y cuando estamos en el aire anuncian que llegaremos a las siete de la noche a Nueva York, hora de Frankfurt; una de la tarde, hora de los Estados Unidos. Le digo a Braulio: «Hemos metido la pata, vamos para los Estados Unidos». Escuchamos cuando anunciaron que íbamos a pasar por encima de Cuba. Bueno, de Frankfurt a Nueva York, de Nueva York a Jamaica, de Jamaica a Ecuador, de Ecuador a Chile, y de Chile a Bolivia.

¿Qué pasó con esto? Yo pensé que era como una ruta de guagua que todas iban para un mismo lugar, y en vez de tomar el vuelo 556 con destino a Dakar, Bangladesh, tomo el 596. Pensé que los dos, aunque hicieran recorridos diferentes, entraban a Chile.

Cuando llegamos a Nueva York nos pidieron el certificado de vacuna, e hicimos el paripé de que lo estábamos buscando, pero los dos dijimos que lo habíamos perdido. Nos llevaron para un salón, nos inyectaron, y nos dejaron salir para Jamaica. Aquello fue un error garrafal porque yo iba viajando como turista panameño, e imagínate que hubiéramos ido a dar en una de esas escalas, a Panamá.

Cuando llego a Bolivia, hago el número siete, y el Che nos pregunta cómo hicimos el viaje. «Lo hicimos bien, lo que cometí un pequeñito error, me equivoqué de vuelo y fui a los Estados Unidos». Se echa a reír y me dice: «Tú no has cometido ningún error, tú lo que has hecho tremendo descubrimiento. Descubriste que si vestimos a un elefante de persona, también llega aquí, a Bolivia».

Acto seguido él dice: «Nosotros también tuvimos un pequeño problema en Dakar, tal parecía que me habían conocido, porque en igualdad de condiciones viajaban otros

latinos; sin embargo, ellos no llamaron la atención de las autoridades, y a Pacho y a mí nos detuvieron, y a cada instante se aparecía un funcionario del aeropuerto y nos preguntaba que de dónde veníamos, a dónde íbamos y a qué nos dedicábamos, y hasta querían hablar con el embajador o el cónsul de nuestro país». En este caso, era España, porque ambos viajaban como españoles, como hombres de negocio de carne. Ambos llevaban pistolas debajo de las axilas, y ese era el gran problema, porque también les exigieron el certificado de vacuna, y al quitarse el saco, imagínate. Y Pacho nos contaba que el Che le decía: «Oye, avisa cuando sacamos las pistolas y descojonamos esto aquí». «Aguanta, que de aquí salimos», le decía Pacho.

«Con tan buena suerte que al otro día nos dejaron salir, pero con la condición de que al día siguiente nos presentáramos con la documentación en orden. Así lo hicimos, y estamos aquí», dijo el Che concluyendo su historia. Pero yo, con mi elefante a la espalda le dije: «Usted también ha hecho un gran descubrimiento, señor mío». «¿Yo también descubrí algo?» «Si, no solo vestir al elefante de persona, sino que puede viajar sin documentos».

Estando ya en Ñancahuazú, cerca de la casa de calamina, el Che se reunió con todo el grupo y nos asignó responsabilidades. Nombró a Vitalio Acuña (Vilo), segundo jefe del destacamento, y de la retaguardia, aunque también se apoyaba en Israel Reyes (Braulio), para el pelotón de la retaguardia; a Antonio Sánchez (Pinares), jefe de la vanguardia, y él, jefe del pelotón del centro y del destacamento; Inti Peredo, político por la parte boliviana y Eliseo Reyes (San Luis), por la cubana; Octavio de la Concepción y de la Pedraja (Moro), en los servicios médicos; José María Martínez Tamayo (Papi), comunicaciones; Gustavo Machín (Alejandro), operaciones; Harry Villegas (Pombo), servicio. Carlos Coello (El Tuma) y yo éramos los ayudantes de él. Lo mismo le cargábamos los libros, que le armábamos la hamaca cuando tenía sus crisis de asma, que avisábamos a la vanguardia, que abríamos sendas.

### *¿Ustedes nunca lo llamaban por Che?*

No, decir eso estaba prohibido. En un momento Rolando, el capitán San Luis, le dice: «Yo creo, Ramón, que usted ya debe cambiarse el nombre», y el Che se pone Fernando.

### *Tamayo, usted fue testigo excepcional del encuentro que sostuviera el Che con el secretario general del Partido Comunista boliviano, Mario Monje. ¿Qué sucedió en aquel encuentro?*

Poco después de habernos establecido en el campamento central, a ocho kilómetros de la finca de Ñancahuazú, el 31 de diciembre de 1966, se produjo la entrevista entre el Che y Mario Monje. La conversación fue en el monte, a unos doscientos metros del primer campamento que tuvimos, y que después abandonamos precisamente porque al campesino vallegrandino le dio por pensar que aquello era una fábrica de cocaína.

Junto al Che estábamos Guido Peredo, Coello, René Martínez Tamayo y yo. Eran las nueve de la mañana, y a una distancia entre diez y quince metros Monje levanta la cabeza, mira y, en una forma sorprendida, admirativa, dice: «Coño, Che, qué flaco tú estás». Y el Che lo mira y le dice: «Coño, Monje, qué barrigón tú estás»

Se saludan con un abrazo y después de dos horas de conversación de diferentes tópicos el Che le dice:

— Bueno Monje ha llegado la hora que tanto esperábamos, y a ti te toca jugar un gran papel en esta historia, serás el segundo jefe de la guerrilla y el jefe político, aunque ante el pueblo figurarás como el jefe. Firmarás todos los comunicados en nombre de nosotros, pero siempre cumpliendo instrucciones mías.

—Mira, Che, yo no permito que ningún extranjero mande la lucha armada en mi patria, exijo el mando militar y político, total y absoluto. Si fuera en otro país, nada más que iría contigo aunque fuera para cargarte la mochila.

—Monje, tú sabes que yo considero a Fidel mi maestro, es como si Fidel llegara a la Argentina y yo me encontrara allí. ¿Tú piensas que yo le voy a hacer objeción de nacionalidad? En esas condiciones te encuentras tú hoy aquí. Tú sabes que la Revolución cubana me ha dado unos conocimientos militares que tú no tienes. Cuando esta noticia salga al exterior y diga: allí está el Che y está Mario Monje, nadie va a pensar, ni va a creer que Monje está dirigiendo al Che Guevara. La falsa modestia no nos conduce a nada. Ya este es nuestro territorio, y solo muerto me sacan de aquí.

—Mira, Che, tú sabes que la CIA es muy poderosa y puede infiltrar a un hombre e inmediatamente se dará cuenta de que yo no soy el jefe efectivo, que soy un monigote.

—Si esto es lo que te preocupa, yo me comprometo contigo a levantarme todos los días bien temprano, cuadrarme delante de la tropa y pedirte las instrucciones, y con eso dejamos satisfecho al agente de la CIA.

—Mira, Che, ni aunque venga Lenin yo le entrego el mando.

—Si fuera Malinowski, estuvieras hablando de otra manera.

Esto el Che se lo dice porque Monje era malinowskista.

#### *¿Y se dijeron palabras duras ese día?*

Sí, hubo sus palabras fuertes en medio de aquella conversación que no tenía lógica por parte de Monje. Este diálogo, que duró desde las once de la mañana hasta las cuatro de la tarde fue así. Era una respuesta tras otra, y a las cuatro de la tarde ya Monje, sin tener otro modo que rebatir al Che, sino exigiendo el mando militar y político, le dice: «Bueno, Che, dame una oportunidad hasta el día 10 de enero, que yo vuelva aquí con mi decisión tomada». Che le dice: «Está bien, acepto, te invitamos a una cena típica cubana». Era 31 de diciembre, no había acciones combativas, y asamos un lechoncito, el que acompañamos con una cerveza para cada uno.

Después que cenamos y se tomó su cerveza, le pidió al Che una reunión con el grupo de bolivianos. Le encendimos un fogón y se lo llevamos para allí. Monje comienza diciéndoles a los bolivianos que estaban a tiempo de abandonar la lucha, y que el que no lo hiciera sería expulsado del partido, que sus familiares se morirían de hambre porque no podrían contar con ningún tipo de ayuda económica por parte del partido. Inti, Coco, todos los bolivianos le rebatieron aquello y ninguno abandonó la guerrilla. Carlos, un muchacho que despuntaba como muy bueno, se para inmediatamente y le dice al Che: «Ramón, Mario está diciendo estas palabras, vamos a tomarlo preso y fusilarlo aquí».

Ese 10 de enero nunca llegó para Mario Monje. El Che pensaba salir el día 1 de enero al primer recorrido de entrenamiento para los bolivianos, que no estaban entrenados, y de reconocimiento del territorio donde se sucederían las futuras acciones combativas. Estuvimos esperando todo el mes de enero; al no llegar, el Che toma la decisión de salir. En marzo, llegan a La Paz Regis Debray, Ciro Bustos y un grupo de cuatro o cinco bolivianos que se iban a incorporar a la guerrilla. Tania fue cuatro veces a donde estaba Monje, a pedirle un práctico, y él se negó las cuatro veces. Es por eso que Tania le sirve de práctico a Debray y al resto del grupo, porque Debray llevaba un mensaje de Fidel para el Che, y no se sabía lo que decía ese mensaje. Entonces, Tania, violando órdenes del Che, porque ella tenía orientado no moverse de la ciudad, decide servirle de guía al grupo.

Mario Monje había quedado en entrenar entre trescientos y cuatrocientos hombres que venían de la vida civil, que no conocían de armamentos ni estaban entrenados. Entonces, qué hace el Che, elige las zonas más inhóspitas, más apartadas, donde no hay campesinos ni nada, para poder entrenar a estos hombres, y por eso es que nos quedamos aislados. Después, Monje le manda una carta al Che donde muestra todo su descontento con la lucha armada, y nos niega todo tipo de ayuda. El Che nos lee la carta y al final nos dice: «Y la revolución que no crea paredón, vaya al paredón», refiriéndose a Mario Monje. Yo entendí que cuando triunfara la revolución al primero que había que fusilar era a Mario Monje, por traidor.

*¿Entonces, no tuvieron más vínculos con Monje?*

No tuvimos más vínculos. Cuando Villegas y yo estábamos de regreso en La Paz, él mandó un compañero que sabía en dónde estábamos nosotros, para tener un contacto, a lo que nos opusimos severamente. Le mandamos a decir que no estábamos dispuestos a recibir traidores, y que si se aparecía allí lo íbamos a aniquilar. Él sabía la responsabilidad que tenía de la traición, y podía habernos matado para que esa traición no se supiera.

*Fidel, en el VII Congreso de los periodistas, nos contaba sobre la postura de Mario Monje y nos decía: «¿Saben lo que yo hubiera hecho si Monje me plantea que quiere ser el jefe? Yo le digo que sí, cómo no. Yo le digo que era el jefe del movimiento, de la guerra y de todo..., pero el carácter del Che era tan rectilíneo, que él no era capaz de hacer eso».*

Yo te diría que el Che, independientemente de ser testarudo, era tan limpio, tan honesto, que ni al enemigo le jugaba sucio. Por ser honesto y por ser limpio... Y yo le decía a Villegas: yo le hubiera dicho ¿tú quieres el mando?, correcto, ven para acá, trae a los hombres y él mismo hubiera tenido que decirle al Che, dirige tú. Porque él le dijo al Che, tú puedes ser mi principal asesor aquí, hasta tanto yo tome la experiencia necesaria. El Che le responde: «Yo no soy asesor de nadie, ni nunca me he creído asesor. Ser asesor es rehuir responsabilidades y nunca lo he hecho». El Che hubiera podido hacer eso, tú quieres el mando, cógelo. En el primer combate, Monje iba a demostrar que no tenía capacidad de mando.

*¿Y qué decía aquel mensaje de Fidel, que traía Debray?*

No sé.

*¿Ustedes nunca supieron qué se trataba en los mensajes que le enviaba Fidel al Che?*

Se transmitía de aquí para allá. Recibíamos a través de Radio Habana Cuba, por un cifrado, pero no teníamos forma de mandar nada para Cuba. A través de números se hacían unas operaciones matemáticas. José María Martínez Tamayo (Papi) era quien tiraba las antenas del radio y captaba los mensajes que llegaban de manera esporádica.

*Algo especial que recuerde de una acción combativa junto al Che, allí en Bolivia.*

Te decía que el Che nos miraba como hijos. El 26 de junio cuando matan al Tuma, él escribe en su diario: «Siento la muerte del Tuma casi como la de un hijo», y después habla de las cualidades del Tuma. Cuando el Che iba a una emboscada, como el Tuma y yo éramos sus ayudantes, yo le decía al Tuma: «Quédate tú con las mochilas y el instrumental quirúrgico, que yo me voy con Ramón». Y cuando el Che se quedaba, que no iba a la emboscada, yo le decía: «Quédate tú con Ramón, que yo voy a la emboscada». Y ese día estábamos Tuma, Villegas y yo pilando arroz, y el Che le dice: «Tuma, hoy vamos a dejar a Urbano aquí y vas conmigo para que releves a los compañeros que están desde por la mañana allí, y vengan a comer». Ese día había mucha comida. Y le dice el Che: «Y prueba tu suerte, a ver si no te matan». Y en los

primeros tiros cae el Tuma con un balazo en el estómago que le destrozó el hígado, y le perforó los intestinos. El Che, personalmente, lo sacó, junto al médico y Papi, y lo llevaron para donde yo estaba con el instrumental quirúrgico. Yo también era ayudante del médico para las operaciones. A sangre fría lo abrió, prácticamente estaba sin vida ya. El solo hizo un pequeño movimiento cuando el médico lo abrió. Le sacamos el pedazo de hígado con una pañoleta que Papi llevaba como seis meses con ella en el cuello. Mientras el médico suturaba la herida, el Che alumbraba con una linterna. O sea, que el Che nunca operó ni curó a nadie mientras estuvimos allí. Cuando el médico le está suturando el colon, yo le pongo la mano en el corazón y siento que no late. Ya estaba muerto. Le echamos todas las vísceras y lo cerramos. Lo envolvimos en su colcha y en la hamaca. Lo montamos atravesado en un caballo, amarrado con una sogá, y de allí lo trasladamos. Hoy sabemos que fue a ocho kilómetros y trescientos metros. Inti, el Che y yo quisimos enterrarlo, pero no pudimos, ya que la tierra estaba muy dura y lo único que teníamos eran las bayonetas. Por tanto, logramos cavar un par de cuartas. Lo tapamos con la hamaca y le echamos tierra a los lados. Y al otro día, el Che nos decía a Villegas y a mí: «Entre el murmullo y el hableteo de la gente oigo la voz del Tuma».

*A propósito del Tuma y de usted, Che escribe en su diario: «Hoy hablé con Urbano y con Tuma, con este último no pude siquiera hacerme entender sobre el origen de mis críticas». ¿Qué fue lo que pasó?*

El Che nos llama al Tuma y a mí no por cosas de nosotros, sino por situaciones que se daban en la guerrilla, principalmente problemas de entendimiento entre los bolivianos y los cubanos. Primero, me llama a mí solo, y yo no entendí. Le dije: «Esta bien. Ya yo sé que cuando usted echa ese tipo de descarga, yo no tengo que hacer caso». Pero cuando llama al Tuma, le dice: «Conmigo no va, aquí el que haga una cosa mal hecha usted le mete la descarga, pero a mí no me la eche como conejillo de indias».

*En un momento del Diario, justamente el 14 de mayo, Che dice que antes de salir ese día, reunió a todo el mundo y les tiró una descarga sobre los problemas afrontados, fundamentalmente el de la comida, critica a varios compañeros entre ellos a usted, por comerse un charqui (carne salada) a escondidas. ¿Usted recuerda ese momento, Tamayo?*

Cómo no. Después se aclara, en el libro de Pombo, que fue un chisme. Tú sabes que existían algunos problemas entre los bolivianos y los cubanos. Esa fue una carne podrida que dejamos Villegas y yo, el día 10 de abril cuando cae Suárez Gayol, porque tenía muchos gusanos y la dejamos allí a la intemperie. Después, a los muchos días, pasamos por el mismo lugar, y como yo caminaba delante, el León, un boliviano, le dijo al Che que yo había pasado por allí donde estaba ese charqui. Cosa que no era cierta.

*¿Y usted le contó todo eso al Che?*

Se lo conté, hablé con el Che, y se aclaró que no era real, porque era una carne podrida que habíamos dejado Villegas y yo en medio del monte, y no es posible que después de un mes pudiera todavía haber carne allí.

Después, en una ocasión estábamos Villegas, Benigno y yo en una emboscada y llamo a León y le digo: «Oye, de Cuba a aquí hay diez mil kilómetros, le dije hipotéticamente, y nosotros hemos venido a hacerles la revolución a ustedes, dejándolo todo. Por tanto, en el primer encuentro que tengamos te voy a dar un tiro en la cabeza y vas a quedar como un héroe aquí». El día 26 de septiembre este señor se entrega al ejército, y fue quien habló por los codos, dijo que el Che estaba dirigiendo la lucha, que había tantos cubanos, la cantidad de armas que teníamos, los enfermos que había y las condiciones



físicas en que estábamos. O sea, que le dio toda la información necesaria para que el ejército hiciera lo que hizo. Nos metieron la cuarta y octava divisiones, con el consiguiente desenlace que ya conocemos del 8 de octubre. Eso fue informado por este traidor para buscar problemas con los cubanos. Incluso después él se pasó a las filas del ejército.

***Tamayo y ¿por qué esos problemas entre bolivianos y cubanos?***

Era con algunos bolivianos. Con aquellos dispuestos a luchar no había problemas. Con Inti, Julio, Coco, Carlos, Moisés Guevara, con mucha gente que estaba dispuesta a luchar no hubo problemas. ¿Con quien hubo? con la resaca, con los flojos, con ese grupo que subió al monte y no estaba convencido. Son los que el Che cataloga como resaca, son los que protestaban por todo, que cuando hacíamos un descanso y había que buscar un poco de leña para prender la candela y cocinar lo poco que teníamos, no lo hacían. Se iban para la poceta o el río a buscar un poco de agua. Y entonces, en ocasiones, el Che dijo que el que no trabajaba no comía, y se le daba menos ración que los que trabajaban. Para que se tenga una idea, dos latas de leche la mezclábamos con té, y era para veintidós hombres, ya puedes imaginarte qué tomábamos. A esa falta de alimentos hay que sumar las largas caminatas que hacíamos, y algunos de esos hombres no estaban dispuestos a ese rigor.

***Usted le garantizó varias comidas a la tropa. Hábleme de sus dotes de buen cazador.***

Tuve la suerte de que aprendí a tirar bien, y siempre les tiraba a los pajaritos en la cabeza para no dañarles el cuerpo. Un día estábamos de guardia Arturo y yo, y como a trescientos metros le tiramos a un anta. ¡Estábamos pasando un hambre...! El anta tiene cabeza de cerdo y cuerpo de burro, y tiene la característica de que, cuando lo sorprenden de frente, avanza para arriba de uno. Para matarlo con el M1 tuve que darle siete tiros, corrí barranco abajo para alcanzarlo, y cuando llego, dejo al animal muerto en el río y voy corriendo a avisarle a la tropa, porque eran siete tiros. Cuando llego todo el mundo estaba recogiendo las hamacas. Les digo: «Un momento, el problema es que matamos un anta». Viene el Che y me dice: «Bueno, te salvaste porque lo mataste». ¿Por qué?, le pregunto. «Porque has gastado muchas balas». Me lo dijo en un tono jocoso, porque balas sí teníamos bastantes. No era como aquí en Cuba, que Fidel era muy celoso por el poco parque que teníamos, pero allí habíamos ocupado muchas balas en los primeros combates que tuvimos. Así garantizamos la comida de varios días, porque ese animal tiene mucha carne.

***En varias ocasiones, el Che hacía alusión a alimentos que le aumentaban el asma. ¿De qué vivía entonces?***

Tenía que comer de lo que apareciera, porque él era enemigo de la preferencia. Si cogía tres cucharadas de mote, maíz hervido, eso se servía a todo el mundo. Solo en el café admitía un poquito más, porque el de él era amargo y al resto se le echaba azúcar, y como era yo el que cocinaba y colaba, yo le echaba un poquito más porque el azúcar tiene glucosa, y da energía.

Una vez discutimos severamente por causa de la cocina, debido a protestas y cosas de la gente, y dije: no cocino más. Entonces, puso a Benigno de cocinero. Después, San Luis habló conmigo y me convenció. Yo tenía un carácter muy difícil, incluso el Che hace alusión en el Diario a mi mal carácter, pero había compañeros que a la hora de servir el poquito de comida, a las nueve, diez u once de la noche, no se encontraban ahí y tú no ibas estar contando. Uno iba sirviendo de acuerdo con lo que te iba quedando; además en medio de la oscuridad. Entonces había compañeros que después llegaban. Y dije, qué va, porque era algo que yo hacía como voluntario, lo hacía mientras los demás descansaban, después de un día abriendo senda, avisándole a la vanguardia o a la

retaguardia, o cazando, en fin que yo siempre estaba en movimiento, era bastante fuerte.

*¿Cómo pasaba el Che sus ataques de asma en medio de tantas adversidades?*

Sus ataques de asma eran crueles. Había veces que buscaba un madero rollizo y se acostaba boca arriba para oprimirse los pulmones y poder respirar, y en otras ocasiones se acostaba boca arriba y nosotros le metíamos la mano por la espalda y lo movíamos levantándolo por los pulmones para que pudiera cruzar todo el oxígeno comprimido que tenía en los pulmones. Era terrible, era desesperante. Al menos, a mí me desesperaba, pero su espíritu era increíble. En una ocasión, perdió el conocimiento, lo cargamos ocho kilómetros en hamaca, sin conocimiento, y cuando se restableció, como a las cuatro de la madrugada, nos dijo que ya podía caminar, insistimos con él severamente que debíamos quedarnos, y nos dijo con estas palabras: «Yo no puedo ser el freno de la guerrilla, yo tengo que ser el motor impulsor. Tenemos que seguir caminando».

Con esas crisis asmáticas severas caminaba, y no quiso nunca que nadie le cargara su mochila, la de sus pertenencias. La de los libros sí, porque él leía muchísimo. Yo creo que se leyó más libros en Bolivia que las veces que comía. Él llevaba el libro que se estaba leyendo en la tapa de la mochila y si parábamos diez minutos, ahí mismo lo abría y se pasaba ese tiempo leyendo. A veces hacíamos fogatas por las noches, y ahí leía, por eso tenía esa cultura tan vasta.

A veces, cuando estábamos extenuados o un poco melancólicos, él salía con un chiste, un cuento o un poema, y un día nos dice: les voy a hacer un chiste argentino: «Tata tiene un hijo que se llama Miguelito y llega a la mayoría de edad. Miguelito se enamora y le dice: Tata, vamos que te voy a presentar a mi novia. Cuando llega allá le dice: mira, Tata, esta es mi novia Yolanda. Lo llama y le dice: Me da pena contigo Miguelito, pero Yolanda es hermana tuya, es hija mía. Se van para la casa y dice: bueno, qué voy a hacer si es hermana mía. A los pocos días le vuelve a decir: Tata, vamos que te voy a mostrar a mi novia y le presenta a Isabel. Lo vuelve a llamar y le dice: coño, Miguelito, a mí me da pena contigo, pero imagínate, las locuras de cuando uno era joven, Isabel es hermana tuya, es hija mía. Bueno, así fue presentándole novias y todas eran hijas de Tata. Un buen día, llega Miguelito triste, se sienta al escritorio y agacha la cabeza, y la madre lo ve. Miguelito, ¿qué te pasa? Nada mamá, problemas de hombre. Miguelito, yo soy tu madre y tú tienes que decirme lo que te pasa. Mamá, te dije que son problemas de hombre. La madre insiste. Bueno, mamá, si yo te digo lo que pasa tú no vas a pelear con Tata, ni le vas a decir nada. Te lo prometo Miguelito, que yo no le voy a decir nada, dijo la madre. Mira mamá, el problema es que yo le presenté Yolanda a Tata, y dice que es hermana mía, le presenté a Isabel y otras más y fue lo mismo. Ven acá, Miguelito, y de todas cuál es la que más te gusta. No mamá, la que más me gusta es Yolanda. Cásate con Yolanda, que tú no eres hijo de Tata».

Pinares también hacía muchos cuentos. El llamaba al Che doctor, y le decía: «Doctor, créamelo, como se lo estoy diciendo».

*Tamayo, ¿cuántos kilómetros de selva limpiaría usted aproximadamente en Bolivia?*

Abrí unos cuantos kilómetros y en lugares muy inhóspitos e intrincados. Con una vegetación muy tupida. Imagínate cómo sería, que el Che describe que estuvimos cuatro horas abriendo caminos, y ellos lo transitaron en cuarenta y cinco minutos. Todo ello con machetes sin filo, pues no teníamos ni lima para amolarlos.

Manuel, Miguel y yo éramos los que siempre abríamos camino. Che escribe en su Diario: Miguel y Urbano, «mis obras públicas». Eran kilómetros y kilómetros de selva; a veces lo hacíamos en condiciones muy difíciles, cuatro o cinco días sin beber agua.

*En sus apuntes del 29 de marzo, Che dice, a propósito de la muerte de dos guerrilleros: «Tenían orden de no pasar por la quebrada, pero en los últimos días se han incumplido reiteradamente las órdenes que doy». ¿A qué se debía esto?*

Es verdad que se incumplían en varias ocasiones las órdenes, y yo no digo que fuera por indisciplina, que fuera por incumplir las órdenes del Che, sino que uno se habitúa tanto a esa vida de la guerra, del ruido y del tiroteo, que es tan normal como estar trabajando en una oficina. Y cuando tú pierdes ese miedo, todo lo haces normalmente, crees que las balas no matan, como sucedió, por ejemplo, cuando matan a Raúl e hieren al Pacho y a Ricardo. Pero no era por un problema de falta de autoridad, era exceso de confianza de los compañeros. Un día, en medio de un combate, yo me quedé dormido, porque el tiroteo me daba sueño.

*Eso parece humor negro.*

Pero es así, es real. Me acostumbré, porque desde los quince años estoy oyendo tiros y bombazos. El miedo a la guerra es por el ruido, si no hubiera ruido, la gente no se asustara tanto.

*¿Tal vez por ese desenfado suyo ante la guerra, las balas no lo mataron?*

Pero sí me hirieron tres veces, aquí, en la antigua provincia de Las Villas.

*Che siempre tenía en cuenta el día del cumpleaños de sus seres más queridos, y así lo refería en su Diario. ¿Nunca le comunicó nada al respecto, teniendo en cuenta la confianza que le tenía?*

El Che sí lo comentaba, pero también se acordaba del cumpleaños de cada uno de nosotros, y cuando no teníamos nada de comida y se acercaba el cumpleaños de un guerrillero, él guardaba un poquito de arroz y si no había comida para los demás ese poquito de arroz se cocinaba y se guardaba para el compañero que cumplía años, aunque nadie más comiera. Ese era el sentimiento humano del Che. Su humanismo estaba muy por encima del de una persona normal. Eso se veía hasta con los prisioneros: cómo el Che designaba la medicina de su tropa para curar a un adversario prisionero.

*¿Y cuando lo soltaba, que le decía?*

A todos se les proponía que si querían quedarse podían hacerlo, o si no, irse para sus casas o para los cuarteles, que hicieran lo que querían en ese instante. Nosotros cogimos prisionero cinco veces a un mismo hombre, durante la campaña de Las Villas. La primera vez fue en las Vegas de Jibacoa, y de ahí para acá, hasta que llegamos a Santa Clara.

En el cuartel de Güinía de Miranda, cuando el ejército se rinde, un compañero no oye la voz de alto al fuego y siguió tirando, y el Che le dio con el fusil por las costillas. «Oye, no ves que ya se rindieron, y un hombre cuando se rinde deja de ser enemigo».

*Algo relacionado con eso. Dice el Che en su Diario «A las 17, pasó un camión del ejército, el mismo de ayer con dos soldaditos envueltos en una frazada en la cama del vehículo. No tuve coraje para tirarles y no me funcionó el cerebro lo suficientemente rápido como para detenerlo, lo dejamos pasar». Yo me preguntaba, ¿cómo un hombre, con esos sentimientos, con esa condición humana, podía ir a la guerra?*

Porque Che sabía que la guerra, cuando era de liberación, y no de exterminio y aniquilamiento, era necesaria y útil. Precisamente por tener sentimientos es que iba a la

guerra, porque cuando la mayoría se beneficia, vale la pena luchar. Che estaba convencido de que en la guerra morían inocentes, pero que era necesaria.

*Dice el Che en sus apuntes: «Me sentía desfallecer y debí dormir dos horas para poder seguir a paso lento y vacilante. La marcha en general se hizo así. Comimos sopa de manteca». A qué cree usted que se debe ese estado de ánimo lento y vacilante. En El Congo, él varias veces se cuestionó aquella guerra, que llegó a catalogar sin objetivos, ¿en Bolivia nunca lo hizo?*

Cuestionarse, jamás.

*El tiempo transcurrido, ¿no le hace ver las cosas desde otra óptica hoy?*

Hoy podemos comprender mucho mejor que en aquel momento, cómo actuaba el Che. Jamás vaciló, ni hasta en los momentos más difíciles. Porque incluso cuando mataron a Vilo y a su grupo, él nos decía: vamos a llegar a Santa Cruz, atacamos el cuartel, damos un golpe de sorpresa, levantamos la moral de los combatientes y nos abastecemos de medicinas y víveres, y continuamos hacia el Chapare, que allí los campesinos y la población tienen más nivel político y cultural y podemos tener más preparación. Desde el principio esa fue la idea, ir para Chapare, pero esperando a que el partido enviara a los hombres, él eligió aquella zona inhóspita para el entrenamiento. El Che hubiera ido desde el principio para la zona de Chapare, porque allí estaban los mineros, que se habían reunido y habían planteado donar un día de trabajo para la lucha armada, y muchos estaban dispuestos a la lucha.

*Cuando el Che muere, ¿a qué distancia usted estaba de él?*

Yo estoy en una posición, y él me manda a buscar. Él está con Villegas, el Chino, Chapaco y el Médico, y me manda a buscar. Me dice: «Urbano, tú y Pombo ocupen la quebrada», a doscientos cincuenta y trescientos metros hacia arriba tomando como punto base donde él se hallaba. Estas son las últimas palabras que me dice el Che. Eso fue a las diez de la mañana. A la una de la tarde rompe el combate, a las dos y tanto yo le digo a Villegas: «Pombo, están cazando uno a uno a los nuestros, por esos rafagazos esporádicos». «¿Tú crees?» Le digo: «Sí, eso me da mala espina». El Che a las dos de la tarde manda al Ñato y a Aniceto a relevarnos a Villegas y a mí. El ejército está arriba y nosotros abajo, esa es la otra desventaja que tenemos. El Ñato va caminando delante y Aniceto detrás, pero el ejército domina esa parte de la quebrada, y cuando pasa el Ñato parece que se quedan velando y le disparan a Aniceto y lo matan. El Ñato sigue en dirección a donde estamos nosotros, pero hay otra parte de la quebrada antes de llegar a donde estamos, que el ejército domina también, y le abre fuego al Ñato. Trata de salir a avisarle al Che para decirle la situación que hay, pero no puede, porque la zona de atrás está ocupada. Pombo ve al Ñato, que comienza a hacerle señas, y me dice: «El Ñato nos está haciendo señas de que bajemos». Le digo: «No nos podemos retirar Pombo, esta no es una orden de Fernando». Pero sigue el Ñato haciendo señas desde el lugar, como a las seis de la tarde y se pone la mano en el hombro, indicándonos de que el jefe decía que bajáramos. Ante esa situación, le digo a Villegas: «Sal tú, que yo te cubro la retirada». A Villegas lo que le pusieron fue un carnaval de balas, perdemos el contacto visual y nos desconectamos. Yo trato de salir, no sé si me vieron o no, o fue fortuito, pero lanzan una granada de fusil que me cayó pegadito. Me levantó un poco y me dejó los oídos chillando. Aprovecho todo el polvo que levanta la granada, y salgo del lugar. Cuando llegamos a donde dejamos al Che por la mañana encontramos el jacket del Médico, el instrumental quirúrgico y la mochila. Ya el Che, por supuesto, estaba herido y prisionero. Yo considero que al Che lo hieren ciento cincuenta o doscientos metros más para abajo de donde lo habíamos dejado nosotros por la mañana, que es cuando él saca al Médico, a Chapaco, a los cuatro compañeros que

pudo sacar , y que mueren el día 12 de octubre, en el río Iquire, en un lugar que se llama Los Cajones. O sea, que entre cuatrocientos cincuenta o quinientos metros de donde nosotros estábamos es que hieren al Che aproximadamente.

*¿Y ahí usted pierde el contacto con Villegas?*

No. Nos volvimos a unir. Como ya era oscuro de arriba para abajo no nos veían. Al llegar allí a donde había estado el Che por la mañana, subimos por la izquierda de la quebrada y fortuitamente nos encontramos a Inti, a Darío, y a Benigno. Estos nos tiran una piedra para que no continuáramos, y entre dos luces nos hacían señas de que en el frente, en una quebrada, todavía se veían los movimientos del ejército. Regresamos al lugar donde había estado el Che, y ellos, cuando se hace bien oscuro, bajan inmediatamente. Les preguntamos a qué hora se retiró Fernando, y a la vez ellos nos preguntan si no estaba allí con nosotros. Ahí comenzó la incertidumbre y la triste soledad, sin saber dónde estaba el Che. Me reúno con Inti y propongo que Pombo asuma la jefatura del grupo hasta tanto apareciera Fernando, porque siempre donde hay dos, uno tiene que mandar. Y acordamos que Villegas fuera el jefe del grupo hasta que apareciera el Che. Como a las dos de la madrugada, nos pusimos contentos porque vimos residuos de alimentos y reconocimos que eran de la gente nuestra, pero después perdimos todo ese rastro y lo que habíamos visto era del Médico, Chaparro y los demás compañeros que el Che había podido sacar. El día 9 temprano, yo soy el primer hombre que camina delante. A las seis de la mañana paramos en un lugar muy árido donde no había vegetación. Otra de las cosas que denotaban aquellos gestos humanitarios del Che, es que a Alarcón lo habían herido, y el Che, que tenía un pequeño radio de bolsillo, se lo da a Benigno y le dice: «Mira Benigno, coge este radiecito para que oigas música y se te olvide que estás herido».

Entonces, por la mañana cuando acampamos, le digo a Benigno que me dé el radio para oír las noticias. Acordamos que la guardia la haríamos en el mismo orden de marcha, por tanto, a mí me tocaba de primero. Cuando estoy escuchando las noticias, a las ocho de la mañana, Radio Altiplano, que era la voz del Estado, dice que el Che había sido hecho prisionero en combate y herido levemente en las piernas, y describen todas las propiedades que el Che llevaba encima, menos el Diario, los relojes (el de él y el del Tuma), y el dinero. Eso se lo callaron. Pero sí hablan detalladamente del vestuario que él llevaba puesto: un pantalón de caqui con bolsillos de camuflaje cosidos por fuera, porque él le había arrancado los bolsillos a un pantalón de camuflaje ya deteriorado que él tenía y se los había cosido. Todo eso lo detallaron. También se refirieron a los pies envueltos en un protector de una piel de montura. El Che llevaba varios meses descalzo, y con la cuchilla múltiple que él tenía sacaba pedazos de la colcha y se los envolvía en los pies para protegérselos de las piedras y poder caminar, hasta que el Ñato encontró esa piel de montura, pero se la puso fija en el pie que no podía sacársela. El Che se puso debajo dos pares de medias, uno de lana tejida, verde, y todo eso lo describieron. Cuando yo oigo la noticia, no me quedan dudas de la veracidad. Despierto a Villegas, le tiro una piedrecilla que era como nos despertábamos nosotros, y Villegas no quiere creer la noticia. A la una de la tarde dicen que el Che había caído prisionero en combate, gravemente herido y describen otra vez todas las propiedades, o sea que ya están preparando a la opinión pública nacional e internacional para el asesinato, y a las ocho de la noche dicen que el Che había sido muerto en combate, y describen todas las propiedades.

Imagínate lo que causó en Villegas y en mí, que estábamos junto a él desde el año 57 en la Sierra Maestra, hicimos la invasión y estuvimos aquí en La Villas. Sabemos que le dieron la orden a un suboficial para que lo matara, este entró varias veces a donde

estaba el Che y salía diciendo: «No, yo no lo mato». No obstante, al Che alentarle y decirle tú eres militar, y los militares cumplen órdenes, mátame. Le dieron un poco de bebida alcohólica y en estado de embriaguez salió diciendo: «No, yo no lo mato». Hasta que Gary Prado le dice que es una orden, y tiene que matarlo. Le ordena no darle ningún tiro en el tórax ni en la cara, que sea en el vientre, y es cuando le da el rafagazo en el vientre, y de esa manera lo asesinan.

Su muerte fue oscura y cruel. Tenerlo allí herido sin curarlo ni darle asistencia médica. Tener que embriagar a un oficial de las fuerzas armadas en presencia de un agente de la CIA y darle un balazo en el vientre. Indudablemente, la humanidad perdió lo que más brillaba en esa época en el internacionalismo combativo.

*Se dice que el Che siempre enseñó a sus soldados a no quedarse sin la última bala, por si en algún momento eran apresados por el enemigo. Sin embargo, a él lo capturan vivo.*

Él tiene proyectiles, pero no tiene con qué disparar. Él tiene el M2 con dos disparos, uno en el cerrojo, que lo inutiliza por completo, y otro en el cañón, y las balas que tiene la pistola están mojadas y no dan fuego.

*¿Usted qué hizo en ese momento?*

Tanto Villegas como yo no pudimos aguantar las lágrimas y nos dimos la espalda para no mirarnos. Era perder al hombre a quien le debía todo lo que era y lo que soy. Che me enseñó hasta fumar tabaco, porque cada vez que él encendía uno y lo llevaba más de la mitad, me decía: «Mira, fúmate este», porque no lo mojaba, lo fumaba como si fuera un cigarrillo.

*Usted que lo conocía tan bien, ¿ha imaginado ese momento?*

Debe haber sido muy duro y de gran impotencia. Él no habló ni una sola palabra y cuando fueron allí, le dio una galleta al general. No sé cuántas cosas le pasarían a él por la cabeza en ese momento. Para nosotros los sobrevivientes, fue un golpe muy duro.

## LA FOTO QUE HA RECORRIDO EL MUNDO

*Se afirma que la imagen más reproducida en el mundo, en la historia de la fotografía fue captada por un cubano. También el diario español El País la considera entre las cuatro fotos más importantes del pasado siglo.*

*El rostro endurecido del Comandante Ernesto Guevara, de mirada penetrante, melena larga y boina negra fue tomado por el lente ágil de Alberto Díaz Gutiérrez, Korda, en un instante de ira y dolor, cuando Cuba despedía para siempre a ciento treinta y seis de sus hijos, y Fidel pronunciaba por primera vez, la inmortal frase: «Patria o muerte».*

*El uso de la luz natural era una premisa fundamental en el quehacer artístico de este fotógrafo, autor de otras fotos muy importantes, como la de la entrada de Fidel a La Habana junto al Comandante Camilo Cienfuegos; y de unas cuatrocientas o quinientas instantáneas captadas a Che Guevara.*

Después de la Segunda guerra mundial, hubo dos húngaros de apellido Korda, que hicieron cine en Inglaterra, y a mí el Díaz o el Gutiérrez me parecían muy comunes aquí en Cuba para utilizarlos en un estudio comercial, y le puse Korda al estudio, también por la afinidad fonética con Kodak, entonces la marca de película fotográfica más reconocida.

*¿En qué año fue eso?*

Eso fue en el 54. Desde que comencé, me dediqué a la fotografía publicitaria y me especialicé, y fui creador de la fotografía de modas en Cuba, buscando prototipos de mujeres que tuvieran que ver con la línea de modelos que existían en el mundo, y tuve mucho éxito en eso.

Pero el día en que Fidel entra a La Habana, yo salgo a las calles con mi cámara a tomar fotos de aquel suceso tan histórico, y comienzo a llevar estas fotos al periódico *Revolución*, órgano del Movimiento 26 de Julio, y lo hacía sin recibir ninguna remuneración. Al director del periódico le gustaron mis fotos, y cuando Fidel va a Venezuela, en el año 59, me nombra como fotógrafo acompañante. En ese mismo año, Fidel va a los Estados Unidos invitado por los clubes de prensa norteamericanos, y me vuelven a nombrar para acompañarlo en ese viaje, que incluyó varias ciudades como Boston, Washington, Nueva York y la Universidad de Harvard. Y así parece que, poco a poco, a Fidel le empezaron a gustar mis fotos, aunque yo seguía trabajando de voluntario para el periódico, sin cobrar ningún sueldo, y llegó el momento en que los compañeros de la escolta de Fidel, por orden de él, me mandaban a llamar para que lo acompañara en recorridos a través de Cuba. Anduvimos por la Sierra Maestra, y ahí fue cuando hice un reportaje muy famoso, que se publicó durante siete días, y que titulé: «Fidel vuelve a la Sierra».

Y en ese transcurso, ya dedicado un poco al trabajo de la prensa, el día 5 de marzo de 1960 se improvisa una tribuna en la esquina de 12 y 23, en El Vedado, a unos ciento cincuenta metros de la entrada del Cementerio de Colón en Ciudad de La Habana, y Fidel pronuncia el discurso fúnebre por las víctimas del sabotaje del barco *La Coubre*. Estaban presentes como es lógico, todos los ministros y personalidades del Estado, y entre ellas, Che Guevara; pero él se ubicó en un segundo plano, y no se veía, y yo estaba en la calle con mi cámara fotográfica. En un momento inesperado, el Che se asoma al borde de la tribuna a mirar el gentío que había en la calle. Yo le pude tomar dos fotos. Estuvo minuto y medio ahí, y se retiró otra vez para atrás. Entonces, en ese instante tomé la foto esa que se ha convertido en la imagen de él. Y te cuento, como dato histórico, que entre las que llevé al periódico *Revolución* por la noche para ser publicadas al día siguiente, estaba la del Che. Pensé, desde el principio, que era una buena foto, pero no me la publicaron. Me sacaron muchas del acto, pero esa no. Siete años más tarde, esa imagen adquiere otra dimensión.

*¿No supo por qué?*

No, el director artístico del periódico, o quien seleccionó las fotos, parece que no le dio importancia, o no le gustó. Entonces permaneció casi desconocida, sobre todo aquí en Cuba, hasta después de la muerte del Che. Pero primero se hizo famosa en Europa, porque en el verano del 67, yo le había regalado dos copias de esa foto al editor italiano Giangiacomo Feltrinelli, quien llegó a mi estudio enviado por Haydée Santamaría, entonces presidenta de la Casa de las Américas. Este hombre tenía una casa editorial en Milán y, a los diez días del asesinato del Che en Bolivia, hace un póster de un metro por setenta centímetros, y aquello fue una explosión en Europa. Yo tengo libros de manifestaciones, en el año 68, en París, donde aparece la foto. De huelgas y manifestaciones en Sudamérica, en Europa, en Japón, y en todas partes aparece la foto. Dicen amigos italianos que yo he visitado, que en seis meses Feltrinelli vendió un millón de copias del póster, y después es que se conoce en Cuba, cuando Fidel pronuncia el discurso fúnebre por la muerte del Che en la Plaza de la Revolución. Aparece puesta a tamaño gigante, ahí en la Plaza, en el mismo edificio donde hoy está en metal. A partir de entonces, se hace conocida en Cuba también.

*¿Sabe cómo se seleccionó esta foto para ese día tan histórico?*

La seleccionó Celia Sánchez. Resulta que hace poco más de un año, estuvieron en Cuba reporteros de la BBC de Londres, haciendo una investigación sobre la foto del Che, y filmaron videos y entrevistaron a Orlando Fundora, quien fuera director del Departamento de Orientación Revolucionaria. Él contó que unos diez días antes de que Fidel pronunciara el discurso fúnebre, Celia lo llamó y le dijo que trajera las fotos que él tuviera del Che, y Fundora le llevó un grupo de diez, doce, catorce... y las puso sobre una mesa, y cuando Celia vio la foto, dijo: «Esta es la que yo quiero allí, en la Plaza de la Revolución». Y de eso me enteré el año pasado, cuando pude leer la entrevista que concedió Fundora, porque nunca antes supe quién había ordenado poner esa foto allí.

*¿Y que pasó cuando usted vio esa foto allí, ese día tan doloroso e histórico para todos los cubanos?*

Para mí fue una gran emoción, pero al entrar al Memorial donde reposan sus restos, en Santa Clara, me emocioné más, cuando vi que la lápida de la tumba del Che tiene esa imagen, hecha en relieve. Para mí fue muy emocionante verla en su nicho.

*Usted hablaba de que esa foto se había dado a conocer primero en Europa. ¿Con qué tiempo de antelación se conoció primero en Europa que en Cuba?*

Más o menos una semana antes de que la pusieran en la Plaza.

*¿Es decir, que el Che nunca vio la foto con la que más se le conoce en el mundo?*

Creo que no. Una vez yo le quise mandar la foto a Aleida, a través de Celia, y ella me dijo: «No, que a Aleida no le gusta esa foto».

*¿Por qué no le gustaba esa foto?*

Lo ignoro. A mí, como fotógrafo, siempre me gustó, y le hice una copia grande que la puse en mi estudio.

*¿Esa fue la primera foto que usted le tomó al Che?*

No, ya en 1959 yo había tenido que hacer trabajos con él, que por cierto era muy majadero para dejarse retratar, porque no le gustaba ser utilizado para la prensa. Incluso, fui algunos domingos cuando hacía trabajo voluntario, y el segundo domingo, cuando llegué, me mandó a que colgara la cámara y a que me pusiera a trabajar, para ver si después me daba la oportunidad de retratarlo.

Una vez el periódico me manda a Camagüey, donde él estaba probando la máquina cortadora de caña, que era una idea de él. Cuando lo encontré en el campo de caña, después de buscarlo todo el día, me preguntó: «¿Dónde usted nació?». Le respondí: «En La Habana». «¿En la ciudad o en el campo?». «En la ciudad». Le digo, muy contento, que el periódico me había mandado a tirarle fotos, y me vuelve a preguntar: «¿Tú has cortado caña alguna vez?». «No, Comandante». Entonces llama a uno de sus escoltas, lo manda a pedir un machete, me lo entrega y me dice: «Colabora con la zafra del pueblo y nos vemos la semana que viene». Me tuvo una semana cortando caña para poderle tirar una foto.

*¿Logró tomarle una buena foto?*

Magnífica. Estuve un día entero subido en la máquina cortadora junto con él. Incluso, por la tarde, después que terminaba de cortar, él se ponía a hacer labores de mecánica con los operadores y también tengo una serie muy buena de esas.

*Volvamos a su foto más conocida. Esa imagen se ha comercializado bastante, e incluso muchos artistas se han inspirado en ella para trabajar la figura del Che. ¿Qué criterios tiene usted sobre esa comercialización?*



Hay algunas comercializaciones que son respetuosas y serias; otras, que son de mala calidad, hechas por artesanos y gente que no tiene un buen nivel artístico; y hay un uso, por el cual yo he nombrado a un grupo de abogados en Europa, para proceder contra gente que han hecho un perfume para hombres que se llama Che Guevara, con mi imagen; hay un tipo de fosforera norteamericana muy famosa que está utilizando la imagen; hay anuncios de una revista inglesa, en una doble página a colores, con la foto, y llena de botellitas con un Vodka que es muy popular en el mundo capitalista que se llama Smirnoff. Lo anuncian con la foto del Che y dice: «Bebida caliente». Y más recientemente, una religión protestante en Europa, ha hecho un póster llamando a la juventud a participar en actos de Semana Santa, y la imagen es el Che de mi foto, sin la boina negra y con una corona de espinas. Se llama «Chesucristo», y el Vaticano ha protestado, porque dice que es una falta de respeto. Han hecho cincuenta mil copias.

Yo me he pronunciado contra esto bastantes veces, y he intervenido hasta con abogados, porque me parece una falta de respeto querer convertir al Che en un perfume...

*Se puede decir que fue una suerte, una casualidad, el resultado de su profesionalismo, de su agilidad... es decir se unieron muchas cosas en ese momento para que esa foto pudiera ser lo que es hoy, y también tuvieron que pasar muchas cosas para que se conociera como se conoce en el mundo. Me gustaría saber qué piensa cuando reflexiona sobre todo eso.*

Para mí, el mayor valor que tiene es que, en una carrera un poco frívola como la que yo llevaba, pues yo estaba dedicado a la publicidad y a las fotos de modas, haber podido hacer una foto que se considera hoy en día —según el periódico *El País*, de España y algunos libros de fotografía— la imagen más reproducida en toda la historia de la fotografía... Entonces, me llena de un sano orgullo poder dejar una obra que me sobrevivirá, que quizás los nietos de mis nietos la vean y digan: «Mira, eso lo hizo mi tatarabuelo».

## **EL HALLAZGO DE LOS RESTOS DEL CHE**

*Parecía que las decenas de versiones que existían sobre la muerte del Che quedarían, para siempre, negándose unas a otras, para exacerbar el halo místico que ha acompañado a la figura del Comandante guerrillero.*

*Justamente a los treinta años del asesinato del Che en La Higuera, después de una intensa búsqueda que resumió el esfuerzo de muchos años, aparecen sus restos. La noticia del hallazgo vuelve a colmar las primeras páginas de las principales agencias y diarios del planeta, tal y como ocurrió cuando su muerte, en 1967.*

*Científicos cubanos y argentinos fueron los protagonistas de esta misión, que se emprende a partir del testimonio ofrecido por el General retirado Mario Vargas Salinas, el 9 de noviembre de 1995. La declaración: «Los restos del Che están sepultados en el aeropuerto de Valle Grande», confirmaba, de manera oficial, antiguas versiones.*

*La doctora María del Carmen Ariet, coordinadora científica del Centro de Estudios Che Guevara, ha dedicado más de dos décadas a indagar en la vida y obra del guerrillero. Desde 1982, trabaja junto a Aleida March en la documentación personal del Che, y permaneció en Bolivia durante todo el tiempo que se extendió la búsqueda del Che y el resto de sus compañeros caídos en combate.*

*La acuciosa labor de investigación histórico-social realizada por la Dra Ariet, única mujer del grupo, contribuyó a focalizar la zona donde se cruzaban las versiones más importantes, en la pista auxiliar del aeropuerto de Valle Grande, y a la vez agilizar la búsqueda, amenazada por un tenso clima electoral.*

Estaba en Bolivia impartiendo unas conferencias, y me encuentro con Jon Lee Anderson, uno de los biógrafos del Che. Anteriormente, él había estado en Cuba, y yo había sido una especie de consultante. Entonces, me propone que, a partir de La Paz, lo acompañara para hacer juntos el recorrido que realizara el Che hasta Ñacahuasú. Era una idea tentadora. Al llegar a Santa Cruz, Anderson tenía concertada una entrevista con el General retirado Vargas Salinas, que en el momento de la guerrilla era capitán, y fue quien le hizo la emboscada al grupo de Joaquín, en Vado del Yeso, por tanto fue un personaje muy vinculado a las acciones. En la entrevista, Salinas le corrobora a Anderson que el Che estaba enterrado en Valle Grande, específicamente en la pista. No era nueva la versión, pero sí una de las más seguras; al menos, una de las que más debíamos tener en cuenta por las características de los testimoniantes que la habían dado.

La importancia de esta declaración recaía en sus móviles. Según Vargas Salinas, era necesario poner la historia en su lugar, cerrar esa página, y que, por tanto, él entendía que el gobierno boliviano debía establecer las coordinaciones necesarias para que dijera dónde estaba enterrado el Che, y entregárselo a sus familiares.

Vargas Salinas le concede la entrevista a Anderson porque se trata de un biógrafo del Che, y no de un periodista, y él lo que perseguía era que aquellas declaraciones se le presentaran al gobierno de Bolivia, sin propaganda de ningún tipo, para que se comenzara a buscar al Che, que su ánimo no era otro.

Se le pidió a Anderson que no hiciera comentarios sobre la entrevista. Él acepta, pero a los pocos días, Vargas le da una entrevista a un periodista boliviano diciendo más o menos lo mismo, y este periodista hace pública la noticia. Entonces, Anderson, al ver que ya Vargas había roto el silencio, plantea que, independientemente de lo que Cuba y Bolivia acordaran, él iba a hacer pública la entrevista, y efectivamente, al otro día sale publicada en el *New York Times*. El boom que se produce con esta noticia es casi tan grande como el de 1967, porque la mayoría de las agencias noticiosas comienzan a presionar al gobierno boliviano para que diera una respuesta.

En fin, la misma noticia que se había dado a conocer días antes en un periódico boliviano, tiene una resonancia totalmente diferente cuando la hace pública el *New York Times*.

Entonces, el presidente de turno, Gonzalo Sánchez Lozada, emite un decreto presidencial para crear una comisión de gobierno e interrogar a algunas de las personalidades vinculadas a los sucesos, entre ellos al general Gary Prado, que fue quien aprisionó a Che Guevara. Es así como se lleva a Vargas Salinas a Valle Grande, porque en un libro que él había escrito también dice que estaba en Valle Grande. Aquí se aventura a afirmar, incluso, que estaba en la pista. Cuando llega a Valle Grande, estaba aturdido o se hace, y ante toda la prensa que lo estaba esperando, dice que el enterramiento había sido en un lugar de la pista, pero que no se acordaba. La prensa fue muy agresiva con él, también porque estaba detenido en su casa, con prisión domiciliaria, por orden del ejército.

Por otra parte, Gary Prado diciendo que todo era una falsedad. Es así como, el 29 de noviembre de 1995, se traslada a Bolivia el equipo de antropología forense de Argentina, equipo que tenía una relación con varias instituciones bolivianas porque ellos habían trabajado en la búsqueda, en otros momentos de las dictaduras militares;

además tienen una vasta experiencia de realizar esa labor en otras partes. Cuando ellos llegan, no había aún ningún cubano. Entonces, se decide designar al Dr. Jorge González, quien en aquel momento era el director del Instituto de Medicina Legal, para que se incorporara al grupo de búsqueda, como representante de los familiares cubanos, y yo que voy posteriormente.

Al cabo de un tiempo, el grupo argentino plantea que si el gobierno boliviano no cooperaba económicamente, ellos tenían que retirarse, porque el equipo era autofinanciado. El ejército, por su parte, dice que ellos habían colaborado y que se había demostrado que todo era mentira de Vargas, y que el Che no aparecía. El equipo argentino le entrega al gobierno un informe de hasta dónde ellos pudieron trabajar; un informe realmente serio, y proponen la posibilidad de que comenzara otra etapa, con características diferentes. Cuba supo aprovechar muy bien este espacio. El Dr. Jorge se enferma, y me voy para Bolivia el 31 de marzo de 1996, para trabajar como investigadora, mientras se organizaba un grupo interdisciplinario. Durante meses, me dedico a la investigación, para, con todos los elementos históricos y todas las versiones que se habían acumulado desde la muerte del Che, en 1967 proporcionar información, que sirviera de soporte al trabajo de búsqueda. Emplearíamos las mismas técnicas que los argentinos, pero con un trabajo investigativo previo.

Para ello, me nutro de varias fuentes, pero nunca pude ir a ningún lugar oficial a consultar documentos porque no se me autoriza. Los que estuvieron a mi alcance, fue porque algún militar que los tenía en su casa me los fue facilitando. Otro elemento importante fue el análisis de la prensa de época, lo que me aportó valiosos datos y nombres de implicados.

Mi papel como historiadora era aproximar los posibles lugares donde hacer las excavaciones y las pruebas, a partir de un orden de prioridades de las versiones más importantes, de las más de cincuenta que existían. En total, fueron treinta y seis los guerrilleros caídos; de ellos, veintitrés estaban enterrados en Valle Grande, y trece en otras zonas. Nuestro propósito, desde el principio, era encontrarlos a todos

Hubo momentos muy tensos. A finales de marzo de 1997, estoy nuevamente en Valle Grande y, cuando estamos trabajando, llega una persona de la alcaldía, con una ordenanza municipal para suspender la búsqueda. Llamo a la Embajada y nos orientan retirarnos, hasta que se aclararan las razones. Una era que los militares que nos vigilaban permanentemente estaban muy temerosos de que se les escapara el Che.

Ellos se percatan de que estábamos muy próximos a donde estaba la fosa. Nosotros no lo sabíamos, pero ellos sí, y ese es el momento en que comienzan a confabularse, porque estábamos en una fase de trabajo en la que el arqueólogo, con una perforadora, aplicaba una técnica con la cual se sabía si las muestras de tierra estaban cerca de restos óseos, porque aumenta el PH del suelo, y entonces, si dábamos en el clavo, no había necesidad de cavar mucho.

Ese fue el momento en que nos llegaron mensajes de que nos querían vender información, y la práctica demostró que ellos lo que tenían era temor, porque ya estábamos próximos al lugar.

Por esa época llega Benigno, uno de los tres sobrevivientes de la guerrilla, que ya había traicionado, con una posición muy negativa, y va a La Higuera bajo el supuesto de ayudar a uno de los biógrafos del Che a armar un documental sobre sus vivencias y memorias de aquellos acontecimientos. Hizo declaraciones y dijo que ninguno de nosotros éramos científicos, que todos éramos gente de la seguridad de Castro, y que, como estaba cerca el XXX aniversario, Castro había aprovechado para hacer un show político, que él estaba seguro de que el Che había aparecido en los años 70, y que

Castro lo que quería era hacer un show resembrando los restos del Che. Este testimonio de Benigno prácticamente no tiene resonancia, porque era muy mentiroso y absurdo. Además, había entrado ilegalmente al país, porque a pesar de que él traiciona a la Revolución, para Bolivia era de las gentes que no podía entrar al territorio, porque era un guerrillero que se había escapado.

Llega además, por esos días, Felix Ramos, que era de los cubanos del Team CIA, que fue quien fotografió el Diario del Che, en La Higuera, también con la intención de desinformar y de hacer ver a la opinión pública que estábamos totalmente equivocados.

Pero, en mayo, hay un intento —el más siniestro de todos. El famoso Gustavo Villoldo, que era el jefe del Team CIA de cubanos en Bolivia, le manda una carta a la hija del Che en Cuba, diciendo que los cubanos estaban en una búsqueda ciega, que ya había pasado un año y tanto, y que el resultado era negativo, y que él se ofrecía, porque sí sabía dónde estaba el Che. Por supuesto, Aliusha no responde.

¿Por qué entra Villoldo a jugar? Porque ya se sabía que en las elecciones, que estaban muy próximas, en julio y agosto de ese año, Gonzalo Sánchez de Losada no iba a salir presidente, sino Hugo Bánzer, otro reconocido dictador. Se trataba, entonces, de ganar espacio porque de no aparecer el Che, Bánzer podía reajustar los cálculos a partir de los decretos y resoluciones anteriores a él. En mayo, por la acción de las sedes diplomáticas de ambos gobiernos, se reanuda la búsqueda. Como ya el gobierno sabía que no iba a ganar en la elecciones, nos dio a los cubanos un tiempo, y dijo que en el caso de que en junio no apareciera el Che, ellos iban a solicitar que viniera Villoldo a Bolivia, porque era mucho lo que se habían apostado y que ellos querían terminar esta página de una manera satisfactoria. Así, trabajábamos mañana tarde y noche. No sé si el espíritu del Che estuviera presente en todo esto, porque, imagínate, el caso de que Villoldo viniera, y el Che fuera encontrado por los mismos que lo mataron. Todos los días se informaba a Cuba sobre cómo avanzaban los trabajos, y cuando ya se vio que la aparición de los restos del Che sería inminente, empezó a destaparse la gente que quería hablar. Entonces, me pasaba el día recogiendo más versiones, porque yo podía estar relativamente segura de que el Che podía estar allí, pero la gente comenzó a hablar de otros lugares de enterramiento, declaraciones que después resultaron válidas para el hallazgo de otros guerrilleros. Era una vorágine permanente.

El Che aparece el 28 de junio de 1997, y el día antes, por la tarde, se decide que yo vaya a Santa Cruz, porque el mismo 28 tenía que recibir orientaciones en La Paz sobre cómo debía comportarse el equipo cubano si Villoldo aparecía. Solo nos quedaban 72 horas. Felizmente, por la mañana, cuando ya estoy en trámites para irme para el aeropuerto, me llaman por teléfono para decirme que regrese pronto para Valle Grande, porque habían aparecido restos óseos. Al menos las tensiones disminuyeron, porque hasta que no se identificaran los restos, el gobierno no tenía nada que ver con Villoldo.

Al aparecer la fosa, estaban Héctor Soto, el antropólogo y el jefe del equipo, el Dr. Jorge González, porque los geofísicos se encontraban desplazados hacia otros lugares. Fue un instante de llanto, en el que hubo una mezcla de alegría con la emoción. El impacto fue demasiado fuerte. Todos esos días fueron de duda y de tensiones, porque aunque existían fuertes indicios, no estaban aún las pruebas legales.

Entonces, se llamó al equipo de medicina forense argentino para que estuviera presente. Hacíamos guardia permanente, porque el enemigo había amenazado con que quería meterse en la fosa para robarse los restos.

En la medida en que la fosa común, ubicada en la pista auxiliar del aeropuerto de Valle Grande, se fue ampliando, fueron apareciendo los restos, hasta que finalmente vimos que estaban los siete combatientes.\* Los esqueletos se fueron numerando según su aparición. El número dos se encontraba boca abajo. Una parte de él estaba cubierta por una capa, que resultó ser el abrigo del Che y al registrarla encontramos en un bolsillo, la bolsita con picadura de su pipa. Le faltaban las manos, y se sabe que al Che le habían cortado las manos, lo que nos hizo pensar que era él, pero nunca se dijo nada oficialmente hasta que no se hicieron todas las investigaciones en el hospital japonés de Santa Cruz. Los restos del Che fueron los últimos en desenterrarse.

\* Alberto Fernández Montes de Oca (Pacho), René Martínez Tamayo (Arturo), Orlando Pantoja Tamayo (Olo), Aniceto Reinaga (Aniceto), Simeón Cuba (Willy) y Juan Pablo Chang (El Chino).

Una vez encontrados los restos se dejaron tal y como aparecieron en el lugar, pero sin tierra, y después se fueron levantando por piezas y guardando dentro del osario, en diferentes bolsas, todo lo que pertenecía a ese resto. Estábamos rodeados de periodistas de diferentes partes del mundo, más el cordón de los militares que nunca nos abandonó, y en el momento en que se levantan los restos del Che el silencio fue rotundo.

Como contábamos con tan poco tiempo, y ante la presión de una acción del enemigo, decidimos levantar todos los restos en un mismo día, unas horas antes de irnos. No corrimos el riesgo de que en la casa estuvieran unos y en la fosa otros.

Por las características del suelo de Valle Grande, tan seco y además por la profundidad en que se encontraban, los restos estaban bastante conservados.

La única destrucción fue la que el propio ejército motivó. Solo el cráneo del Che estaba entero, porque, cuando mandan a Mario Teherán a asesinarlo, le dicen que dispare del cuello hacia abajo, porque como habían dicho que el Che había muerto en combate de una herida del corazón y querían presentarlo públicamente, no podían aparecerse con que la cabeza estaba destrozada, pero la mayoría del resto de los guerrilleros, tenía en el cráneo un hueco de bala como consecuencia del tiro de gracia.

Es simbólico que en esta fosa aparecieron restos de las tres nacionalidades que participaron en la guerrilla, cubanos, bolivianos y peruanos.

Este fue un trabajo en escala, en el que todas las especialidades fueron importantes, para llegar al resultado final.

Durante dos años, los especialistas cubanos habíamos permanecido allí, de manera ininterrumpida. Sentíamos la satisfacción de poderle decir al pueblo de Cuba, y al mundo, que habían sido hallados los restos del Che y de sus compañeros, justamente en el XXX aniversario de su caída en combate.

Por nuestra parte, continuamos, y al frente de la pista encontramos un verdadero cementerio de guerrilleros. Posteriormente, se estableció un área de operaciones en la zona sur para encontrar a los demás combatientes caídos. La labor de búsqueda se extendió desde marzo de 1996 hasta el 2001, cuando aparece el último de los restos.

*La impronta de La Higuera*

Al recorrer todo el territorio donde operaba la guerrilla, uno se da cuenta de lo inhóspito del lugar, y del desempeño de ese pequeño grupo de hombres que fueron verdaderos héroes al enfrentarse a tal crudeza.

La Higuera es una experiencia frustrante. De pronto, te preguntas: ¿Cómo es posible que a un hombre con capacidad de ser útil, no solo a Cuba, sino a todo el pensamiento revolucionario latinoamericano, cómo a ese hombre lo matan ahí, de una forma tan bestial y salvaje? Cuando llegué allí por primera vez, me senté, y hasta que no me repuse de ese golpe tan brusco, de ese mazazo, no pude reaccionar.

La Higuera es un caserío minúsculo. Cada día son menos los que la habitan, unas ciento cincuenta personas a los sumo. La mayoría son analfabetos, y con un nivel de vida donde no se vislumbra futuro. Las casas son de paja y adobe. La carencia de agua es notable en esta zona de desierto tropical, donde apenas llueve. El entorno es muy agresivo.

Hablan del Che como un santo, como San Ernesto de La Higuera. Con la mayor naturalidad, te describen que cuando el Che estaba por esos entornos ellos no entendieron, no sabían. Hay muchas leyendas de la imaginaria popular. La gente de La Higuera dice que desde que mataron al Che todos los 8 de octubre el cielo se nubla. Cuando lo hieren en una pierna, él tiene un ataque de asma muy fuerte y así camina desde la Quebrada del Yuro hasta La Higuera, trayecto que es bastante difícil y en las condiciones en que lo hizo, más aún. Por tanto, tiene que ir poco a poco, y haciendo paradas. Entonces hay una famosa piedra donde el Che se recuesta. A esta piedra le han ido picando pedazos, que se han convertido en amuletos. Comparan este trayecto con las estaciones de Cristo después que le colocan la cruz; es decir, una especie de vía crucis, una mezcla entre el dios que ellos conocen, con esta persona que murió porque, según ellos, los vino a salvar, y que, además, es médico. San Ernesto de La Higuera lo llaman, le imploran, y tienen confianza en que los va a acompañar siempre.

## **REENCUENTRO**

15 de octubre de 1997. A Santa Clara llegan forasteros de diferentes latitudes. Rostros de latinos, indios, europeos, se entrecruzan en medio del gentío. Han venido para encontrarse con el hombre que cree fervorosamente en los sueños.

La solemnidad sobrecoge a la tricentenaria ciudad del centro de la Isla. Hay tristeza y una extraña alegría en la gente. El mutismo impresiona en este lugar que solo conoce del jolgorio. Al duelo del atardecer se suman los cientos de totíes que, cada tarde, invaden el parque Vidal. Solo una tenue música, que es canto y vida al héroe de entrañable presencia, se deja escuchar por los altoparlantes, mientras un infinito cordón humano espera pacientemente a ambos lados de toda la carretera central, hasta la Plaza Mayor.

Con la caída del sol, como quien quisiera pasar inadvertido ante tanta multitud, entra nuevamente, después de casi cuatro décadas, el Che a Santa Clara. Llega agitando el tiempo con sus sueños.

Esa noche, la ciudad es toda luz. Ha venido gente de disímiles partes, pero el silencio conmueve. A pesar de que Santa Clara vive una de las madrugadas de mayor ajetreo

en su historia, la gente habla en susurro. Nadie se atreve a romper tanta solemnidad. Esa noche Santa Clara no duerme.

Quienes compartieron de cerca con el guerrillero, o se batieron junto a él, tiro a tiro, son los primeros en ir al reencuentro. Muchos, como el Capitán Descalzo, el Coronel Tamayo, o el General Harry Villegas, quisieran decirle algo en esta noche de tantos recuerdos encontrados, pero prefieren callar.

Ininterrumpidamente, y al paso, desfila la gente hasta la recién restaurada sala de la Biblioteca Martí. Los rostros van sobrecogidos hacia donde está el guerrillero de América.

En la calle, corresponsales de todo el mundo rebotan desde sus computadoras portátiles lo que acontece. Tal vez esa noche hayan comprendido por qué los santclareños se empeñan en hacer de esta, la ciudad del Che.

En el centro de la tricentenaria plaza, hombres y mujeres de la Cruz Roja Cubana desafían al sueño, para cuidar de la salud de quienes permanecen en vela.

El amanecer llega vestido de trajes multicolores. Niños y jóvenes de todas las enseñanzas se incorporan al cordón humano, infinito ante la mirada. En mutismo total, se suman al tributo. Los mismos jóvenes que una y otra vez cantan junto al trovador: «después de tanto tiempo y tanta tempestad, seguimos para siempre ese camino largo por donde tú vas», vienen a su encuentro en esta mañana de octubre. En cada mano, una flor: rosas, gladiolos, azucenas... Con esmero las colocan sobre el espeso y largo colchón, poco a poco levantado frente al edificio de estilo neoclásico.

Muchas flores llegan desde diversas partes de Cuba y del mundo, y con ellas el mensaje de admiración y cariño hacia el héroe: «A ti, Che, escudo contra la nostalgia». «Para ti, el hombre más completo que he conocido».

En el interior del recinto, donde perennemente se le rinde honor, están las ofrendas enviadas por Fidel, Raúl, amigos cercanos, y familiares.

Así transcurren los tres días. Santa Clara parece quedarse eternamente sumida en el silencio.

El 17 de octubre, en horas tempranas, sale el cortejo fúnebre hacia la otra plaza: la que lleva su nombre. La gente toda se traslada hacia el lugar. Frente a la gran estatua, al parecer dura y blanda a la vez, se rinden los honores militares. Fidel habla. Los guerrilleros huesos son colocados en el lugar donde estarán por siempre, y la enorme multitud comienza a rendirles honores en el mausoleo recién construido. El interior semeja las montañas y los bosques de la Sierra Maestra.

Desde muy lejos, desde el sur del continente, llega una rosa roja. Chichina Ferreira, la mujer que el Che amó en su juventud, la ha enviado desde Argentina.

Afuera, permanece el cordón humano. La gente va pasando lentamente frente a las lápidas. Al centro, un haz de luz toma forma de estrella sobre la imagen mundialmente conocida del Che, ahora trabajada en relieve.

Santa Clara presiente que, a partir de este instante, será otra ciudad. Y ciertamente lo es, desde que esta tierra volvió a sentir la mirada recién amanecida del Che.

***NO VENIMOS A DESPEDIR AL CHE, SINO A RECIBIRLO\****

Familiares de los compañeros caídos en combate:

Invitados:

Villaclareños:

Compatriotas:

Con emoción profunda vivimos uno de esos instantes que no suelen repetirse. No venimos a despedir al Che y a sus heroicos compañeros: venimos a recibirlos.

Y veo al Che y a sus hombres como un refuerzo, como un destacamento de combatientes invencibles que esta vez incluye no solo a cubanos, sino también a latinoamericanos que llegan a luchar junto a nosotros y a escribir nuevas páginas de historia y de gloria.

Veo además al Che como un gigante moral que crece cada día, cuya imagen, cuya fuerza, cuya influencia se han multiplicado por toda la tierra.

¿Cómo podría caber bajo una lápida? ¿Cómo podría caber en esta plaza?

¿Cómo podría caber únicamente en nuestra querida, pero pequeña isla?

Solo en el mundo, con el cual soñó, para el cual vivió y por el cual luchó, hay espacio suficiente para él.

\* Discurso pronunciado por el Comandante en Jefe, Fidel Castro, el 17 de octubre de 1997, en Santa Clara, durante la ceremonia de inhumación de los restos mortales del Comandante Ernesto Che Guevara y seis de sus compañeros caídos en Bolivia, ante una multitud, en la Plaza que lleva el nombre del Guerrillero Heroico y donde se efectuó una revista militar.

Más grande será su figura cuanto más injusticia, más explotación, más desigualdad, más desempleo, más pobreza, hambre y miseria imperen en la sociedad humana.

Más se elevarán los valores que defendió cuanto más crezca el poder del imperialismo, el hegemonismo, la dominación y el intervencionismo, en detrimento de los derechos más sagrados de los pueblos, especialmente los pueblos débiles, atrasados y pobres que durante siglos fueron colonias de occidente y fuentes de trabajo esclavo.

Más resaltará su profundo sentido humanista, cuanto más abusos, más egoísmo, más enajenación, más discriminación de indios, minorías étnicas, mujeres, inmigrantes; cuanto más niños sean objeto de comercio sexual u obligados a trabajar en cifras que ascienden a cientos de millones; cuanto más ignorancia, más insalubridad, más inseguridad, más desamparo.

Más descollará su ejemplo de hombre puro, revolucionario y consecuente, mientras más políticos corrompidos, demagogos e hipócritas existan en cualquier parte.

Más se admirará su valentía personal e integridad revolucionaria, mientras más cobardes, oportunistas y traidores pueda haber sobre la tierra.

Más su voluntad de acero, mientras más débiles sean otros para cumplir el deber. Más su sentido del honor y la dignidad, mientras más personas carezcan de un mínimo de pundonor humano.

Más su fe en el hombre, mientras más escépticos; más su optimismo, mientras más pesimistas; más su audacia, mientras más vacilantes; más su austeridad, su espíritu de estudio y de trabajo, mientras más holgazanes despilfarran en lujos y ocios el producto del trabajo de los demás.



Che fue un verdadero comunista y hoy es ejemplo y paradigma de revolucionario y de comunista. Che fue maestro y forjador de hombres como él. Consecuente con sus actos, nunca dejó de hacer lo que predicaba, ni de exigirse a sí mismo más de lo que exigía a los demás.

Siempre que fue necesario un voluntario para una misión difícil se ofrecía el primero, tanto en la guerra como en la paz.

Sus grandes sueños los supeditó siempre a la disposición de entregar generosamente la vida. Nada para él era imposible y lo imposible era capaz de hacerlo posible.

La invasión desde la Sierra Maestra a través de inmensos y desprotegidos llanos, en la toma de la ciudad de Santa Clara con unos pocos hombres, dan testimonio, entre otras acciones, de las proezas de que era capaz.

Sus ideas acerca de la Revolución en su tierra de origen y en el resto de Suramérica, pese a enormes dificultades, eran posibles. De haberlas alcanzado, tal vez el mundo de hoy habría sido diferente.

Viet Nam demostró que podía lucharse contra las fuerzas intervencionistas del imperialismo y vencerlas. Los sandinistas vencieron contra uno de los más poderosos títeres de Estados Unidos; los revolucionarios salvadoreños estuvieron a punto de alcanzar la victoria; en África, el apartheid —a pesar de que poseía armas nucleares— fue derrotado; China —gracias a la lucha heroica de sus obreros y campesinos— es hoy uno de los países con más perspectivas en el mundo; Hong Kong tuvo que ser devuelto después de 150 años de ocupación, que se llevó a cabo para imponer a un inmenso país el comercio de drogas.

No todas las épocas ni todas las circunstancias requieren de los mismos métodos y las mismas tácticas, pero nada podrá detener el curso de la historia. Sus leyes objetivas tienen perenne validez.

El Che se apoyó en esas leyes y tuvo una fe absoluta en el hombre. Muchas veces los grandes transformadores y revolucionarios de la humanidad no tuvieron el privilegio de ver realizados sus sueños tan pronto como lo esperaban o lo deseaban, pero más tarde o más temprano, triunfaron.

Un combatiente puede morir, pero no sus ideas. ¿Qué hacía un hombre del gobierno de Estados Unidos allí donde estaba herido y prisionero el Che? ¿Por qué creyeron que matándolo dejaba de existir como combatiente? Ahora no está en La Higuera, pero está en todas partes, dondequiera que haya una causa justa que defender.

Los interesados en eliminarlo y desaparecerlo no eran capaces de comprender que su huella imborrable estaba ya en la Historia y su mirada luminosa de profeta se convertiría en símbolo para todos los pobres de este mundo, que son miles de millones, jóvenes, niños, ancianos, hombres y mujeres que supieron de él. Las personas honestas de toda la tierra, independientemente de su origen social, lo admiran.

Che esta librando y ganando más batallas que nunca. ¡Gracias, Che, por tu historia, tu vida y tu ejemplo! ¡Gracias por venir a reforzarnos en esta difícil lucha que estamos librando hoy para salvar las ideas por las cuales tanto luchaste; para salvar la Revolución, la patria y las conquistas del socialismo, que es parte realizada de los grandes sueños que albergaste! Para llevar a cabo esta enorme proeza, para derrotar los planes imperialistas contra Cuba, para resistir el bloqueo, para alcanzar la victoria, contamos contigo.

Como ves, esta tierra que es tu tierra, este pueblo que es tu pueblo, esta Revolución que es tu Revolución sigue enarbolando con honor y orgullo las banderas del socialismo.

¡Bienvenidos, compañeros heroicos del destacamento de refuerzo!

Las trincheras de ideas y de justicia que ustedes defenderán junto a nuestro pueblo, el enemigo no podrá conquistarlas jamás, y juntos seguiremos luchando por un mundo mejor.

¡Hasta la victoria siempre!

## EL DIARIO QUE EL CHE NO ESCRIBIÓ

*Sí, hermanos. Sí, soy yo.  
Sí, hermanos argentinos,  
leales hermanos cubanos,  
los del suelo boliviano,  
en Valle Grande, La Higuera,  
los que dan vuelta a la tierra  
después de andar los caminos,  
sí, hermanos. Sí, soy yo.*

*...  
Sí, soy yo porque la tierra  
no fue cofre de mis manos  
que son trofeos de guerra  
y ni su sombra dejaron.  
Pero ustedes no olvidaron  
ni glorias ni desengaños  
y que pasaron treinta años  
para decir: Soy la tierra.  
Sí hermanos. Sí, soy yo.*

### I

*Tal parece que entre el poeta Hamlet Lima Quintana\* y el Che hubo una especie de puente musical, un hilo o trueque poético que los uniera, aun cuando nunca se conocieron personalmente. Así, cuentan que «La samba para no morir», escrita por el poeta, era tan cantada por el Che durante su recorrido por Suramérica que los indios peruanos le adjudicaron su autoría. Años más tarde, Hamlet Lima escribe Diario de regreso,\*\* el que, según el poeta, le dictara el propio Che.*

\* Hamlet Lima Quintana murió el 21 de febrero de 2002, a los 78 años, víctima de un cáncer de pulmón. Se le consideraba el último juglar que le quedaba a Argentina, tras la muerte de Armando Tejada Gómez, su gran amigo.

\*\* Véase completa en los Anexos.

*«Yo creo que el destino mío como poeta era escribir este Diario», me dice el autor de los 14 poemas que fueron escuchados íntegramente, y por primera vez, en la plaza Ernesto Che Guevara, de Santa Clara, el 14 de junio de 2000, al cumplirse el aniversario 72 del natalicio del Guerrillero Heroico. Músicos de Santa Clara, el lugar donde el Che librara su mayor batalla; y de Argentina, su tierra natal, se unieron en esta cantata para rendirle así homenaje al guerrillero de América.*

*Para el escritor y poeta argentino Hamlet Lima Quintana, autor de 29 títulos editados y de más de 400 canciones, este Diario de regreso, el Diario que el Che no escribió, es su obra cumbre:*

«Alguien ha dicho que el poeta puede estar toda la vida escribiendo para al final hacer una sola obra, que ese es el destino del poeta, y yo creo que el destino mío era hacer esta obra que hice en una semana, ocho días a lo sumo».

### ***¿Cómo nace este Diario de regreso?***

Esto tiene una historia. Tengo que decir que el Che es para mí la figura más importante del siglo. No de ahora, de toda la vida, hasta por una razón contemporánea; yo sería en estos momentos un poquito mayor que el Che. El Che ha sido un motivo de preocupación siempre para mí, no solo por lo que hacía, sino por lo que escribía, por su pensamiento. Tengo en casa todo lo que de él se ha publicado.

Yo tenía un proyecto viejo de escribir una cantata sobre el Che, pero no esto, sino una cosa distinta; tanto, que lo hablé con un hermano del Che en Buenos Aires. Él se ofreció para poner a mi disposición todos los antecedentes que tuviera, pero yo fui postergando la idea. Cuando leo las declaraciones del militar arrepentido en Bolivia, que dice dónde estaban enterrados los restos del Che, me asaltó como un relámpago. Esto es lo que tengo que escribir, me dije. El golpe final de inspiración lo tuve cuando se descubrieron los restos, entonces me puse a escribir su nuevo nacimiento.

Y tanto fue así, que lo hice de una manera apasionada, como tiene que ocurrir con una obra de este tipo, un tanto febril, y la terminé antes de que los restos del Che llegaran a Santa Clara. Se la entregué a Oscar Cardozo Ocampo,\* ese destacadísimo músico argentino, para que le pusiera música. Así nació la obra, y te confieso que es la primera vez que me ocurre. La única vez que me ha ocurrido en mi vida, y tengo veintinueve libros publicados aparte de las canciones. La primera vez que me ocurre que algunas de las frases de los poemas se me producían durante el sueño. Me levantaba corriendo escribía la frase y después construía el poema con esa frase o sobre esa frase. Algunas las he utilizado para los finales.

\* Oscar Cardozo Ocampo falleció el 21 de julio de 2001, en un accidente automovilístico.

### ***¿Qué pasó cuando terminó de escribir?***

Imagine a una mujer grávida y después de parir, pero muy feliz, muy feliz, y terminé como unos diez días antes de que llegaran los restos a Santa Clara.

### ***¿El hecho de que sean catorce poemas fue intencional?***

Fue intencional en segundo término, porque al principio yo escribí quince, pero después, junto a Oscar, decidí sacar uno. Primero, porque era reiterativo y después, porque era ideal que fueran catorce, por ser el día del nacimiento del Che. Es tanta mi devoción por él, que tengo en mi casa una copia del acta de su nacimiento en Rosario.

Anteriormente, había escrito otros poemas sueltos sobre el Che, y una canción de texto breve que se llama «Canción para Ernesto», pero fragmentos y cosas que no tenían la dimensión que tiene esta obra, de una hora aproximadamente. Es otra historia.

### ***En el momento de su muerte, ¿escribió algún poema?***

No, en momentos como esos yo no puedo escribir, anonadado, humillado, porque todo latinoamericano se sintió humillado con su muerte.

### ***¿Y cómo usted sabe que el Che cantaba su «Samba para no morir» en su andar por Latinoamérica?***

Porque me lo han contado no solo bolivianos, sino también Jaime Torres, que es charanguista, toca el charango muy bien. Venía de hacer una gira por Bolivia, justamente por el lugar donde había entrado el Che, y los músicos jóvenes de ese lugar le hicieron un homenaje en ese pueblito donde no hay ni luz eléctrica. La celebración fue en un rancho de barro, y uno de ellos cantó la «Samba para no morir». Él les pregunta: ¿De dónde conocen ustedes esa samba?! «¡Ah! Si esta es la samba del Che». «¡Cómo la samba del Che! Esa samba se llama «Samba para no morir», y es de Hamlet Lima Quintana», les dice Jaime. «Bueno aquí la conocemos como la samba del Che, porque él la cantaba en las noches, acá en este mismo lugar».

Cuando el Che entró por el oriente boliviano, nadie sabía quien era él en ese tiempo. Iba acompañado de una guitarra y cantaba «Samba para no morir». Por eso le dicen la samba del Che.

Esta samba es muy conocida en Argentina, y en el exterior también, está traducida a varios idiomas, tiene muchas grabaciones, la primera la hizo Mercedes Sosa, y acá en Cuba la interpreta el grupo Manguaré.

*¿Podría decir un fragmento de esa samba?*

El estribillo que se repite, por ejemplo, dice:

*Al quemarse en el cielo la luz del día, me voy.  
Con el cuero asombrado me iré,  
ronco al gritar que volveré,  
repartido en el aire a cantar siempre.*

*¿Qué pensó usted cuando supo que los restos iban a ser traídos acá?*

Pues muy bien, porque creo que es donde tenían que estar. Había cierto grupo en Bolivia que quería que los restos quedaran allí, no con mala intención, sino porque consideraban que los restos debían estar en el lugar donde había caído. Sucede que ese lugar donde estaban no era el lugar donde había caído porque a él lo asesinaron en La Higuera y llevaron los restos a Valle Grande; y en segundo lugar, toda la gran lucha del Che estuvo en Cuba. Entonces, yo aplaudí la idea de que los restos del Che fueran traídos a Cuba, y particularmente a Santa Clara, donde se produjo su batalla más importante. Ayer me emocioné viendo los vagones del tren que su columna derribara.

Nunca había estado en Santa Clara, pero este es el sexto viaje que hago a Cuba. Me emocioné muchísimo cuando vi el Mausoleo; me parece una obra escultórica de dimensión internacional. Todo está muy bien hecho. Y al ver que en este sitio sería estrenada esta obra sentí varias cosas encontradas. Experimenté una emoción intensísima, porque en la medida en que iba escribiendo, le iba leyendo los poemas a una amiga, que es profesora de literatura, especializada en poesía latinoamericana y que fue la gran compañera de un poeta muy amigo mío, que era como mi hermano, Armando Tejada Gómez, autor de «Canción con todos», por ejemplo, y ella me decía cada vez que le leía uno: «Te los está dictando el Che», porque la obra está escrita en primera persona.

Y frente al Memorial, encontré mucha coincidencia con lo que yo había escrito, y yo no creo en esas cosas, pero lo único que se me ocurrió pensar fue: «¿Y por qué me los dictó a mí?».

*El sueño, la utopía, se hizo tangible. Desde su propio pedestal, parecía que el Che alzaba su voz para decirnos: «Sí, hermanos, soy yo, vuelvo a la vida para sumarme al pueblo». Los versos del poeta, el canto y la sonoridad de músicos argentinos y santaclareños se escucharon justamente en el sitio donde permanece, más vivo, el espíritu del Guerrillero, y regalarle así a Santa Clara, la ciudad que suele nombrarse del Che, el estreno mundial de este Diario de regreso, nacido de la pluma del bardo bonarense Hamlet Lima Quintana.*

*El músico argentino Oscar Cardozo Ocampo, compositor de una gran trayectoria, pianista y merecedor del premio Konex, el reconocimiento más importante que se le otorga a un músico en ese país, fue quien compuso la música para los catorce poemas, a través de los cuales, el Che nos habla desde que volviera a nacer en tierra boliviana para nuevamente entregarse a la vida.*

*Cardozo Ocampo relata que para este viaje musical se inspiró en varios géneros latinoamericanos.*

Es el Che quien canta, cuenta, se emociona, se alegra, y se entristece; y va relatando todo lo que le pasa a sus huesos desde que los encuentran en Valle Grande hasta que llegan a Santa Clara. Todo ese trayecto, que dura tres meses, está relatado por Ernesto Guevara, a través de las palabras del poeta.

Se trata de ser bastante leal con los lugares por donde transcurre el viaje, que comienza en Bolivia, vuela por Suramérica, pasa por La Habana, hasta Santa Clara. Hay ritmos bolivianos, peruanos, uruguayos, argentinos... Cuando el avión levanta vuelo hay un ritmo brasileño, pasa por los Andes y hay una Baguala, se emociona mucho al cruzar el Mar Caribe y canta un tango, y cuando llega finalmente a La Habana y se encuentra con su gente, canta música cubana, y la canción de la llegada a Santa Clara trata de universalizar la despedida de Ernesto Guevara.

***¿Usted decía que esta cantata había sido un desafío para el poeta, para el cantante y para usted como compositor?***

Sí, para el poeta, porque tiene que escribir las palabras que diría el Che, con qué profundidad hablaría, porque en esta obra no puede decir cosas domésticas, cotidianas, elementales. Todo en este lenguaje tiene que ser trascendente. Después, saber qué tipo de música elegir, porque es el Che quien va a cantar. Una vez elegida la música y las palabras, cómo se dirían. Ahí está el desafío del músico, del cantante y del poeta. Nos hemos metido dentro de la piel de Ernesto Guevara, con toda la audacia, con toda insolencia y con toda admiración y respeto.

Y el trabajo con la Orquesta Sinfónica de Villa Clara es muy importante, porque el hecho de que esta obra, en la cual vengo trabajando hace dos años y medio, sea ahora interpretada por músicos cubanos, eso para mí supone un regalo, un regalo que tiene su responsabilidad. Tuve la suerte de encontrar aquí, al frente de esta agrupación a un músico muy talentoso, al maestro Rubén Urribarres, con muy buena disposición para ayudarme a integrar mi música a estos elementos, con todo un nivel profesional de primera, que me tranquilizó y me dio mucha alegría. Para mí, es un premio haber tocado mi música con músicos cubanos. Treinta cubanos y diez argentinos.

Santa Clara ha sido la depositaria de este estreno mundial. Esta iniciativa tuvo el apoyo del Partido Comunista Argentino, y del Ministerio de Cultura de Cuba, y juntando estas fuerzas, es que hemos podido estar acá.

Nosotros quisimos ser respetuosos con la imagen del Che que ya tiene el espectador. Lo que a lo mejor no tiene es una imagen sublimada, en la poesía y en la música, de lo que sería el interior del Che, porque aquí el que habla es el Che y habla desde su espiritualidad, desde su profundidad. Quisimos ser fieles desde nuestra capacidad de creadores y artistas, meternos dentro de las entrañas del Che. Es un desafío y está

hecho con todo respeto y con toda audacia; hemos puesto nuestra admiración y nuestro amor. Es un riesgo, pero considero que estas insolencias hay que asumirlas, porque uno tiene que jugarse la vida y arriesgarse como artista. Somos muy conscientes de lo que representa esta figura para el mundo. Por otro lado, está subyacente en esta labor todo el amor hacia Cuba, porque cuando se escucha esta obra se nota que hay todo un afecto hacia la lucha de este país. Nosotros nos responsabilizamos de lo que decimos en voz de Ernesto Guevara: «Y vuelvo hacia este pueblo que me nombra y revive mi lucha con paciencia». Asumimos eso, parte de nuestras palabras, que son las de Che, y parte de nuestro amor por esta tierra y este país.

Hace dos años iniciamos la grabación y ahora va a salir en distintos países. El sueño nuestro, que era una especie de utopía, es que el estreno mundial de la obra se realizara en Santa Clara y después de mucho tiempo de trabajo, y de poner mucho empeño, hemos conseguido hacerlo.

Cuando llegamos a la plaza fue un momento muy emotivo y nos reafirmó nuestra idea de que el lugar ideal para nuestro estreno era ese. Es ahí donde se siente una presencia extraordinaria del espíritu de Guevara, y eso es muy importante para nosotros, a la hora de la interpretación, a la hora de hacer que palabras nuevas, apócrifas, nazcan de la boca del Che. Es muy difícil hacer hablar a un personaje de esta magnitud, y con palabras que supuso Hamlet que él podía decir, y hacerlo en ese lugar es doblemente valioso para la obra.

Yo estoy encantado desde el primer día que llegué a Santa Clara porque me he encontrado un ambiente muy propicio para el trabajo que estamos haciendo y esto ha hecho que la obra haya crecido aún más. Creo que si la obra tenía una dimensión, ahora esa dimensión es mayor aún.

### III

*El cantante argentino Jairo, intérprete de más de seiscientos canciones, quien durante años residiera en Francia y España, declararía, tiempo más tarde, sobre aquel memorable concierto ofrecido en Santa Clara:*

Logramos presentar la obra en Cuba, en Santa Clara, y ahí fue todo increíble. Por un lado, los cubanos aceptaron una obra de ficción ¡en la que el Che habla! El Che es un personaje para los cubanos, sobre todo en Santa Clara, a la cual llaman la ciudad del Che. Ahí está el Memorial Guevara, una especie de cripta donde están los compañeros del Che que cayeron en Bolivia. En cada nicho, hay un retrato en relieve de cada uno, su nombre y apellidos abajo. La sola diferencia es que la del Che está sobre un saliente y hay una luz que no se sabe de dónde viene, que llega exactamente sobre la estrella de su boina. Es la única diferencia.

Cuando llegamos allí, Hamlet fue solo, con su dilema; no sabía por qué había escrito esa pieza, aparte de amar al personaje, que él admiraba; había una coincidencia ideológica, pero... Y él entró al Memorial, solo, miró al Che y le dijo: ¿Por qué yo? Estaba muy emocionado. ¿Por qué fui yo el elegido para escribir esto? Algo medio loco, ¿no?

Cuando hicimos el concierto, con doce músicos argentinos, parecía una selección nacional de fútbol. Se agregó la Orquesta Sinfónica de Santa Clara, con músicos de toda la región. Era muy emocionante para mí, y muy difícil al mismo tiempo, cantar. Estábamos en la Plaza de la Revolución, yo veía al público, a la orquesta y luego yo

venía de una estatua del Che distante unos sesenta metros atrás, más arriba. Yo venía de allí y desaparecía y volvía a aparecer sobre el escenario. Estaba detrás de la estatua cuando empezaba a hablar. Yo decía: «Sí, mis hermanos, sí soy yo. Sí, mis hermanos de Bolivia, mis hermanos cubanos... Soy yo» y yo salía de allí, con la música.... El texto es de una gran belleza, todos lloraban. En un momento, hay una canción, «Despedida del anochecer», donde el Che se despide de la Tierra... y muchos lloraron. Fue impresionante.\*

\* Véase Solange Bazely, «Jairo: un encuentro parisino»,  
[http://www.musicargentina.com/site/product\\_info.php/products\\_id/324/language/es](http://www.musicargentina.com/site/product_info.php/products_id/324/language/es).

## ***DONDE LA VICTORIA VIVE SOBRE LA MUERTE***

Javiera tiene siete años. No pudo conocer a su abuelo, el hombre de la boina negra y la estrella en la frente, pero entiende que ese hombre supo amar y por eso quiso dejarle una rosa calcada con esmero, como lo hacen las niñas de su edad.

Otra niña, de 14 años, argentina, hizo que su madre viniera expresamente hasta Santa Clara a traerle una pequeña misiva.

Querido Che:

Esta carta es muy difícil de escribir...

Quisiera decirte tantas cosas como por ejemplo ¡¡Te amo!!

Espérame que voy a ir. Chau

*Un beso eterno. Coni*

Desde Bolivia, una mujer llegó para conocer a su padre, después de muchísimos años. En sus manos, una bandera del país, un ramo de flores amarillas y rojas y un pequeño búcaro de plata cuidadosamente cifrado: «Con amor, tu hija Lena». Junto a la ofrenda, una fotocopia en blanco y negro con la imagen del guerrillero Casildo Condori — Víctor, en la guerrilla boliviana comandada por el Che. Llegó sin pronunciar palabras. Conmovida. Solo después, como casi siempre suele ocurrir, se dirigió a una de las trabajadoras del Mausoleo y la hizo su confidente.

Así han llegado cientos de tributos al Memorial desde que los restos del Guerrillero y sus compañeros yacen en este sitio.

Obras de artesanía de todas las nacionalidades, banderas, monedas, velas, poemas; un mechón de pelo; prendas quitadas bajo los efectos de la emoción, flores de variados colores, dedicatorias llenas de afecto: «Para el hombre que me hace llorar de alegría. Para mi inspirador y guía, mi consejero y amigo».

Disímiles objetos son guardados celosamente como parte de la colección, los que llevan consigo toda la carga emocional y sentimental de quienes visitan el lugar.

Otros prefieren tener una comunicación más íntima con el Che. Por eso desde Italia llegó un coro de música clásica y pidió permiso para cantarle. Representantes del «Movimiento Sin Tierra» de América Latina, le hicieron su ritual, le hablaron en sus dialectos, le cantaron, para finalmente beber todos de una misma agua y comer de un mismo pan. Personas que vienen para pedirle por la salud de los suyos. Gente que a menudo retorna y permanece minutos en silencio frente al nicho, tal vez para colmarse de las energías que le transmite el héroe; o tal vez, para compartir una historia muy personal.

Quienes desde hace años trabajan en el Memorial Ernesto Che Guevara tienen incontables experiencias. Entre ellas nunca puede faltar la del joven norteamericano que, antes de morir, pidió que sus cenizas fueran expandidas al pie de la estatua del Guerrillero, y tal como era su deseo se hizo; o la de la muchacha alemana que no pudo realizar su sueño de «encontrarse» con el Che, y después de su muerte sus padres lo hicieron en su nombre, y como constancia de ese viaje dejaron una foto y una dedicatoria.

Así, el lugar donde desde 1997 permanece el Che junto a sus compañeros de lucha, se ha convertido en centro de peregrinación para muchas personas de este mundo por el cual él soñó y luchó. ¿Cuántos latinoamericanos, desde el río Bravo hasta la Patagonia, han venido a encontrarse con el Guerrillero de América? ¿Cuántos europeos, africanos, asiáticos? Casi un millón 200 mil personas han pasado por este santuario de la Revolución latinoamericana, donde el Che tiene su morada, sin tiempo para el descanso; donde el Che pacientemente escucha, sin distinción de credos y razas; donde el Che infunde seguridad, en un planeta cundido por el temor y la inseguridad.

Por eso, suelen llegarle cartas como esta:

Che:

[...]

Ante todo te doy las gracias por representar las cosas que siento y pienso.

Es bueno tener un cable a tierra en una Argentina tan indiferente, injusta y ambiciosa; y vos sos ese cable a tierra. Por eso, gracias de nuevo.

Mi hijo se llamará Ernesto...

¡Hasta la victoria siempre!

**SELECCIÓN DE FIRMAS QUE APARECEN  
EN EL LIBRO DE VISITAS DEL MEMORIAL ERNESTO CHE  
GUEVARA DE SANTA CLARA,  
A PARTIR DE LA LLEGADA DE SUS RESTOS  
EL 17 DE OCTUBRE DE 1997**

¡Hasta la victoria siempre!

Fidel Castro Ruz  
17 de octubre, 1997

¡Hasta siempre Comandante!

Raúl Castro Ruz  
17 de octubre, 1997

La delegación del Partido Comunista de Viet Nam ha recordado y recordará siempre las palabras del Guerrillero Heroico, que dicen «Crear uno, dos y más Viet Nam».

Admiramos al Che por sus extraordinarias cualidades y gloriosas hazañas que aportó a la Revolución cubana y latinoamericana. Che vivirá siempre en los corazones de los pueblos humildes del mundo entero.

Nguyen Jhi Xuan My  
Miembro del Buró Político del Partido Comunista de Viet Nam



Jefa de delegación  
3 de noviembre, 1997

Che,

un hombre puede ganar o perder muchas batallas, pero solo será realmente derrotado cuando no sea un sueño quien levante su espada.

Waldo Leyva  
Poeta cubano  
7 de noviembre, 1997

When I think of you there is only love. I also believe you are the new Christ. But this is secondary.

Alice Walker  
Escritora norteamericana, autora de la novela *El color púrpura*  
22 de noviembre, 1997

A mis 44 años, después de 4 días de haber pisado suelo cubano, por primera vez, he tenido la emoción de visitar este lugar. Admiradora del valeroso pueblo cubano desde mi más tierna juventud y de los héroes que hicieron posible su revolución, he sentido conmovida mi alma al estar frente a la tumba del Che. Este museo me ha hecho sentir compartiendo con él distintos momentos de su vida. Crea y recrea el clima exacto de su existencia. Con toda mi admiración y mi respeto, agradezco como argentina, que así se haya hecho.

Mónica Esther Rubio  
Argentina  
7 de enero, 1998

Junto a mi hija Eva Herastieri hoy he derramado lágrimas de emoción junto a los restos del Guerrillero Heroico y sus compañeros. Gracias por este sitio tan bello.

«Hasta la victoria siempre»,

Angela Reynoso  
Argentina.  
7 de enero, 1998

Hace algún tiempo visito este lugar, desde octubre pasado no volvía, es difícil, yo no voy casi nunca al lugar donde quedan los restos de los hombres, prefiero los lugares donde la vida florece por el recuerdo de esos hombres, pero algo especial me sucede aquí, es donde reposan los restos de mi papá y sus compañeros, pero no reposan en paz, pues por la patria en pie resplandecen y trabajan. Aprovecho para agradecer a mi pueblo su amor y respeto a mi padre y les aseguro mi entrega total a la causa más hermosa: la dignidad plena del hombre.

Un fuerte abrazo

Aleida Guevara March  
Estefanía Machín Guevara, Celia Machín Guevara  
4 de febrero, 1998

It was a great honor to be hear and learn more about the life of Che Guevara. Here is as if he is still with us.

Angela Er. King  
Subsecretaria General de la ONU  
Junio, 1998

Un orgullo muy grande es haber visitado la plaza y el Mausoleo del Che Guevara en esta hermosa ciudad de Santa Clara. Queda con los compañeros nuestra enorme emoción y el testimonio de la solidaridad sin límites con el pueblo de Cuba y su Revolución.

Ana María Fernández  
Secretaria General del Partido Comunista Colombiano  
10 de junio, 1998

El que suscribe estas líneas fue el primer soviético que conoció al Che en México, en julio de 1956. Aquel día atendí al Che en la Embajada de la URSS donde le entregué a petición suya tres novelas de autores soviéticos (*Así se templó el acero*, *Un hombre de verdad* y *Chapaev*) y también mi tarjeta de presentación, que después sería encontrada por la policía mexicana y serviría de fundamento para acusar al Che de comunista.

Volví a ver al Che después del triunfo de la Revolución cubana, en La Habana en febrero de 1960, cuando le entregué, en nombre del gobierno soviético, dos pistolas con parque. Siendo el traductor de Micoyán en aquel entonces, participé en importantísimas conversaciones que sostuvieron Fidel y el Che con Micoyán en la casita de la Laguna del Tesoro.

Serví de intérprete al Che en su primer viaje a la URSS en octubre-noviembre de 1960, acompañándolo por doquier hasta Corea del Norte. Nos despedimos porque yo tuve que salir con otras misiones a México... para no vernos más.

Palabras no son capaces para expresar la grandeza del Che. Su vida, su obra, su ejemplo hicieron más rica la historia de la humanidad. El Che enalteció el ideal revolucionario, dio otras medidas al hombre.

Hasta la victoria siempre

Nicolás Leonov  
17 de agosto, 1998

He venido a verte Comandante para mantener mi promesa de luchar por ese hombre nuevo, que lo busco todos los días en mi patria. Estoy convencido de tu obra viviente al visitar Santa Clara.

Alfredo García M.  
Pdte. del Consejo Municipal de Valle Grande, Bolivia  
19 de octubre, 1998

Qué decir ante este ejemplo de conservar vivo al Che: solo desear que, como ha dicho Fidel a los niños y jóvenes de Cuba, «que todos sean como el Che».

Con profunda admiración,

Roberto Díaz Castillo  
Escritor guatemalteco  
22 de octubre, 1998

Es un privilegio comprometedor visitar, vivenciar las esperanzas militantes del pueblo cubano en este santuario.

Si algo nos dice la vida y la palabra de Ernesto Guevara traducida por el presidente Fidel Castro en el retorno de sus restos, es la necesidad de adecuar la acción presente a los anhelos y aspiraciones de nuestros pueblos con las herramientas «adecuadas» al momento y la situación.

Atentamente,

Comandante Francisco Arias Cárdenas  
Gobernador del Estado de Zulia, Venezuela  
16 de enero, 1999

En este lugar magnífico donde la muerte no existe y la vida sigue a torrentes, donde está el ejemplo exigente de los combatientes latinoamericanos encabezados por el Che, sentimos que los sueños más nobles son realizables, si hay seres humanos revolucionarios íntegros como el Che.

Con Cuba, Fidel y el Che,  
mil veces venceremos.

Gladys Marín  
Secretaria General del Partido Comunista de Chile  
9 de febrero, 1999

¡No seas guataca! Me dijo. Y tenía razón. Nunca lo olvidaré.  
Hasta la victoria

Fotógrafo cubano, autor de muchas de las fotos  
Raúl Corrales  
tomadas al Guerrillero  
Heroico.  
26 de marzo, 1999

He sentido el mayor orgullo de mi vida al contemplar la imagen de mi foto cubriendo la lápida del «Guerrillero Heroico». Esto vale una vida.

Korda  
Fotógrafo cubano, autor de la foto más conocida del Che  
26 de marzo, 1999

Como homenaje al jefe y compañero de lucha, de un subordinado y admirador.  
Hasta la victoria siempre.  
Venceremos.

General Rogelio Acevedo  
Ex integrante de la Columna 8 dirigida por el Che  
4 de abril, 1999

Agradezco a la vida y a ustedes el privilegio de haberme permitido llegar a este santuario de la Revolución Latinoamericana para recibir en la memoria del Che la carga energética que trasmitiré al pueblo patriota puertorriqueño con todo el peso emocional y estético de esta impresionante obra monumental. Nosotros también marcharemos hasta la victoria.

Juan Mari Brás  
Secretario General del Partido Comunista de Puerto Rico  
18 de agosto, 1999

Al Che, hombre del mundo como diría nuestro Cesar Vallejo. Del mundo pero desde nuestra común «Patria Grande», latinoamericana.

Al Che, mito imborrable para las juventudes que enfrentarán los nuevos desafíos del milenio próximo, con el ejemplo de su voluntad invencible y de su amor a nuestros millones de hombres y mujeres humildes, para que alguna vez la globalización sea equitativa, y el pueblo reciba su parte legítima e impostergable.

Agradezco haber estado aquí con mi nieto mayor, que estoy seguro contribuirá a que en el Perú haya, por fin, libertad con bienestar. Y sacrificio para lograrlo.

Alfonso Grados Bertonini  
Congresista del Perú  
8 de septiembre, 1999

Al visitar el Complejo Monumental Escultórico de la Plaza Ernesto Che Guevara he tenido una visión caleidoscópica de la historia más reciente del pueblo de Villa Clara y de sus múltiples victorias alcanzadas por quien por derecho propio es su hijo más ilustre: El Che.

La estancia en el Memorial, donde reposan los restos de los héroes de la gesta boliviana y de luchas anteriores, algunos de los cuales tuve el inmenso privilegio de conocer, me provocó una emoción tan singular y profunda que es imposible describir y el deseo de repetir la célebre frase, tan sentida como histórica:

¡Hasta la victoria siempre!

Fidel Castro Díaz-Balart  
Físico cubano  
29 de noviembre, 1999

Para el Memorial no podría decir otra cosa que:

«Estoy muy impresionada; tal parece que el Che y sus compañeros de lucha están aquí con nosotros».

Para el Che: tengo ocho meses de embarazo y hace tres que sé que es varón, se va a llamar Ernesto.

Estoy muy feliz de poder estar aquí, de haber recibido una medalla muy grande para mí como deportista.

Un abrazo

Déborah Andollo  
Deportista cubana, campeona del mundo en apnea profunda.  
noviembre de 1999\*

\* Déborah Andollo regresó al Memorial, el 20 de julio de 2002, con su pequeño hijo Ernesto.

En el día del cumpleaños de Ernesto Guevara, luz de América y con la emoción del estreno del «Diario del regreso», dejo mi mejor abrazo a la dirección del Memorial, junto a una jornada sin olvido.

Hasta la victoria siempre

Hamlet Lima Quintana  
Escritor argentino, autor de la cantata *Diario de regreso* dedicada al Che.  
14 de junio, 2000

Memorial: ámbito soñado, anhelado, por su significación, y hasta un poco temido porque la emoción nos conmueve y moviliza para creer en la esperanza y el destino. Gracias por acogernos y amparar el alumbramiento de «Diario de regreso».

Oscar Cardozo Ocampo  
Compositor argentino, autor de toda la música de la cantata *Diario de regreso*.  
14 de junio, 2000

Gracias por permitirnos realizar nuestro sueño, estrenar esta obra tan querida por nosotros en este lugar donde el espíritu del Che está más que presente. Gracias

Doris Petroni  
Productor artístico y general de la cantata *Diario de regreso*.  
14 de junio, 2000

Nuestro deseo es que estas canciones salidas del corazón cumplan con las emociones que nos fueron dejando paso a paso durante los últimos tiempos. Seguramente viajarán mucho y serán tocadas en los sitios más lejanos, pero el marco de hoy, en la plaza de la Revolución de Santa Clara, la del Che, es y será para nosotros inolvidable. Gracias a la dirección del Memorial por habernos brindado una recepción tan cálida. Esperamos haber estado a la altura de esta circunstancia en un día tan señalado como el aniversario del Che.

Jairo  
Cantante argentino que interpretó íntegramente la cantata *Diario de regreso*.

14 de junio, 2000

Con gran emoción, amor y satisfacción he visitado con mi nieta Susana y mi bisnieto Félix el nicho de mi querida e inolvidable hija Tamara, Tania la Guerrillera, del Mausoleo Ernesto Che Guevara, donde descansa en su último reposo junto al Che y a los otros combatientes de la heroica guerrilla del Che.

Estoy profundamente agradecida al estimado y tan querido compañero Comandante en Jefe Fidel y a todo el pueblo cubano por esa dicha de madre de una comunista vieja. Sé muy bien protegida aquí en Cuba, la patria verdadera de Tania y también la mía.

Nadia Bunke  
Madre de Tamara Bunke (Tania)  
31 de agosto, 2000

Se sobrecoge el corazón al visitar este hermoso monumento a la memoria de nuestro Che y de sus heroicos compañeros.

Sergio Vitier  
Músico y compositor cubano  
16 de noviembre, 2000

He venido hasta ti... Y cada día crezco en el noble ejército de tu altura y amor definitivo. Mis músicas, mis amigos y yo hemos venido a «saludarte» el 25 de noviembre de 2000 cuando ya eres más limpio que la historia.

Amaury Pérez  
Cantautor cubano  
25 de noviembre, 2000

Una emoción me embarga al estar en esta plaza enorme erigida en honor a uno de los hombres más completos de nuestra América: Ernesto Che Guevara, un hombre a imitar por su gran trascendencia histórica; su ideal de hombre nuevo. Como educador que soy estoy comprometido a construir en las escuelas y en la Universidad Pedagógica Nacional donde me desempeño como profesor titular. El Che para mí es un ejemplo que estoy comprometido a seguir. [Soy] oriundo de Hidalgo, Veracruz, México, vivo muy cerca de Tuxpan, de donde salieron los héroes del Centenario.  
Profundamente

Jorge Manuel Castillo Cano  
Profesor mexicano

30 de abril, 2001

Con motivo de nuestra visita a este maravilloso complejo escultórico, recordando el natalicio de mi esposo Roberto (Coco) Peredo, la familia de él en su conjunto agradecemos la gentil y cariñosa bienvenida que nos ofrecieron.

También hacemos votos por que su dedicación y amor en el trabajo que realizan se vea recompensado en la misma forma por todos los que visitan este hermoso lugar.

Mireya E. de Peredo  
Viuda del guerrillero boliviano Coco Peredo

Honrados, conmovidos y agradecidos

Familia Peredo

¡Tras 42 años, 10 meses, 10 días y 7 horas, con sus días, gestos, emociones, madrugadas, caminos, versos, sueños y esperanzas jamás derrotados, por fin llegué a entregarle al Che mi abrazo!

Ramón Colombo  
También por Laura, Ernesto, Enrique, León Felipe y Paloma Blanca,  
y todos los compañeros que soñaron y murieron por su ejemplo.  
11 de octubre, 2001

He podido constatar que el compañero Comandante Ernesto Guevara de la Serna está vivo en los logros de la admirable Revolución Cubana, en la sangre de la isla, en las sonrisas, en las miradas, en la alegría de este pueblo hermano.

Este es un lugar para recordar al Che y para hacernos acuerdo de que vive en cada una de nuestras luchas, que su residencia es el mundo entero, que es mi hermano que inspira cada jornada, y que nos recuerda que la lucha contra la injusticia, la opresión, las desigualdades es un deber permanente.

Gracias Che por recibirme en tu morada y gracias por estar en nuestra morada diaria que es la vida, los sueños que construimos, la alegría de servir y de creer en un futuro mejor.

Dr. Andrés Paéz Benalcaza  
Viceprefecto de Pichincha, por Izquierda Democrática,  
Ecuador  
12 de octubre, 2001

Mi respiración todavía está cortada, mis hijas están en tus ojos. ¡Querido Che! tu vida es como el mar y la montaña, juntas fuerza y calma, amor y lucha. Gracias a los creadores de este lugar donde la vida vive en ustedes. ¡Mis queridos y amados guerrilleros!

Hebe de Bonafini  
Presidenta de las Madres de Plaza de Mayo.  
Argentina

El 19 de abril de 2002 quedará grabado en mi vida y será fuente de fuerza y amor por la única causa por la que vale la pena vivir y morir: la causa sagrada de los excluidos y despreciados.

Ellos son la única esperanza para la humanidad.

Quedé impresionado hasta el fondo de mí ser.

Theo Klomberg  
19 de abril, 2002

Al Che:

En nombre de Fabio, el muchacho del Copacabana. Che: fue víctima de una bomba el 4 de septiembre de 1997. Los mandantes confesos de la mafia cubano americana nunca fueron juzgados y esperamos justicia en tu nombre porque mi hijo te adoraba.

Giustino Di Celmo  
Padre de Fabio Di Celmo, joven italiano,  
víctima de un atentado terrorista en septiembre de 1997,  
en el hotel Copacabana.  
23 de mayo, 2002

El máspreciado de mis sueños fue hecho realidad hoy 21 de julio de 2002. Tuve el honor de sentirme más cerca de [ti] Che querido. Derramé las mismas lágrimas que derramé en la muerte de mi único hijo. Che siempre te consideré hijo de mi vientre

Te queremos para siempre en solidaridad y amor.

Laura Ortiz  
Brigada de Solidaridad *Juan Rius Rivera* de Puerto Rico.  
21 de julio, 2002

El memorial, el Museo y todo el escenario que rodea este monumento, son sobrecogedores. Hacen pensar en la epopeya del hombre para alcanzar la libertad y la

justicia social. Es el mejor homenaje al hombre más «universal» de todos. Es un honor el poder estar en este singular lugar.

Víctor Hugo Godoy M.  
Ministro de Trabajo de Guatemala  
25 de julio, 2002

Nicaragua, tierra de Sandino, con el propósito de poner mis empeños para el rescate de nuestra Revolución Sandinista.

Manuel Zúñiga.  
Alcalde sandinista del Departamento de Matagalpa, Nicaragua

En donde descansan tus restos, de donde se erige tu espíritu, de donde te levantas ante el mundo, en la fragua del ejemplo no cabe más que el silencio, el pensamiento fuerte y la conciencia retrospectiva de la historia, con la única alternativa de que patria socialista o muerte, seguros de que venceremos.

General de División Ramón Pardo Guerra y familia  
11 de agosto, 2002

Este museo representa, contiene todos los árboles que forman y hacen existir al bosque, pero al revés... Un solo bosque; el pensamiento; la mirada, la lucha que forma un complejo de vida, como la vida misma es. Un hombre representa el bosque en el cual nosotros fungimos como árboles de un destino común: la libertad.

Gracias por las pequeñas chispas que encienden el modesto esfuerzo de nuestras honestas acciones. Su eterno chicharrón

Gael García Bernal  
Actor mexicano, quien posteriormente encarnó al Che  
en la película *Diario de motocicletas*,  
estrenada en Santa Clara el 14 de junio de 2004.  
Agosto, 2002

¿Como sintetizar en palabras el profundo agradecimiento por lo que este extraordinario sitio me ofrece? Viendo esas miradas, esos rostros, esas pasiones, no puedo más que sentirme orgulloso de pertenecer a este gran único pueblo latinoamericano. ¡Gracias al pueblo cubano por ofrecernos este maravilloso ejemplo! ¡Hasta la victoria siempre!

Siempre suyo

Rodrigo de la Serna  
Actor argentino quien posteriormente encarnó al personaje de Alberto  
Granados en la película *Diario de motocicletas*.  
Agosto, 2002

Anduvimos por este escenario de dignidad de puntillas; conteniendo la respiración; trémulos; lo hicimos con la emoción del compromiso, sintiéndonos un poco responsables de haber hecho tan poco por universalizar sus ideas, las ideas de un hombre que toma parte del cosmos de las ilusiones no realizadas pero siempre exigidas, siempre necesarias. El Che representa nuestro nexo de unión con la utopía de los desposeídos, que día a día y de su mano, se nos hace realidad presente.



¡Hasta la Victoria Siempre!

José A. Borroso  
Alcalde de Puerto Real, España

Cuando pregunten ¿Quiénes fueron? Antes será: ¿Quién los guió? Esta es tu victoria.

Grupo Che Vive Universidad  
26 de octubre, 2002

Che

*Che, tú lo sabes todo,  
los recovecos de la Sierra  
el asma sobre la yerba fría,  
la tribuna,  
el oleaje en la noche  
y hasta de que se hacen  
los frutos y las yuntas.  
No es que yo quiera darte  
pluma por pistola  
pero el poeta eres tú.*

Miguel Barnet  
Poeta y narrador cubano. Premio Nacional de Literatura.  
22 de noviembre, 2003

«Y cuando al Che muerto le lavaron la cara fue como un Cristo resucitado».

Ernesto Cardenal  
Poeta y sacerdote nicaragüense.  
22 de noviembre, 2003

En la claridad de Santa Clara,  
vivo Comandante, vivo, vivo, vivo...  
Che Comandante, vivo, viva tu victoria sobre la muerte.

Julio Valle Castillo  
Poeta nicaragüense.  
22 de noviembre, 2003

Estremecido el corazón ante el trozo de patria. Húmedos los ojos que supieron del Che por las fotos y no por lo palpable. Los poetas y trovadores de la «Estrella de Cuba», en gira nacional por el bicentenario de Heredia, dejamos aquí un pedazo de nuestro más auténtico sentir de la isla, de donde somos y donde permaneceremos. En la tierra donde quiero vivir donde estaremos en nombre de todos.

Teresa Melo  
Escritora cubana.  
Octubre, 2003

Hoy hemos tenido la más impresionante experiencia de nuestros viajes a Cuba, y tal vez de los mayores de nuestra vida.

El Che vive.

Juan de Dios Villanueva Guerrero  
Secretario Político Provincial PLA Sevilla, España.  
1º de octubre, 2003

He vuelto a ti, a tus huellas siderales, sin fatiga y perennes. Cenizas que son fuego volcánico, brotando en rebeldía. Que tu ejemplo no tenga descanso, mientras las luchas libertarias sean necesarias en cualquier lugar del mundo. Seguirás siendo faro para nuestras luchas. Hasta siempre comandante.

Ariel  
Comandante del Ejército de Liberación Nacional de Colombia

2 de noviembre, 2003

Se cumple hoy una vieja promesa de visitar este memorial hecha en Valle Grande en 1997, cuando los bolivianos hicimos un homenaje al Che y a sus compañeros en Ñancahuazú, a los 30 años de su muerte.

Ahora volvemos a sentir la misma emoción y renovamos nuestra fe y nuestro deseo de construir un mundo mejor y más justo.

Juan Ignacio Siles del Valle y Zonia Rolón Roth  
Bolivia  
6 de febrero, 2003

Che querido:

Por tus ideales tengo una hija argentina desaparecida y otra detenida durante 8 años de dictadura

Mi hija vive en este momento en este lugar donde descansan los restos de un hombre que fue ejemplo de lucha y de coraje.

¡Viva el Che!

Edith Aiello  
Buenos Aires, Argentina  
1º de abril, 2004

En mi país no hay un lugar donde pueda rendirte culto, solo mi corazón. Hoy he llegado hasta aquí y la emoción de estar cerca de tus restos físicos me completa. Todo esto es bello, pero sigue siendo mi corazón el lugar preferido para recordarte.

Gracias por tu ejemplo.

Francisco Villa  
Chile  
Abril, 2004

¡La memoria de los héroes siempre se queda en los corazones de las personas por cuyo futuro ellos pelearon!

Para nosotros el Che fue además un gran ajedrecista.

Anatoli Karpov  
Ajedrecista ruso, varias veces campeón mundial.  
29 de abril, 2004

Nunca la historia se vuelve tan aplastante como al entrar a este lugar. Se sienten los gritos de combate, el galope de Rocinante, el tableteo de ametralladoras victoriosas.  
Jamás existirá un lugar más apropiado para gritar a los cuatro vientos.  
Hasta la victoria siempre.

Inti Peredo  
Hijo de Inti Peredo, combatiente de la guerrilla boliviana  
27 de julio, 2004

## *ANEXO TEMAS DE LA CANTATA «DIARIO DE REGRESO»*

### **Sí, soy yo** (huayno)

Sí, hermanos. Sí, soy yo.  
Sí, hermanos argentinos,  
leales hermanos cubanos,  
los del suelo boliviano,  
en Valle Grande, La Higuera,  
los que dan vuelta a la tierra  
después de andar los caminos,  
sí hermanos. Sí, soy yo.

Sí hermanos. Sí soy yo.  
Olvidando la partida,  
entera, el alma y herida,  
pero hecha piedra en el campo,  
con la tierra por vasija  
donde a las raíces viejas  
les di vida con mi vida.  
Sí, hermanos. Sí, soy yo.

Sí, soy yo porque la tierra  
no fue cofre de mis manos  
que son trofeos de guerra  
y ni su sombra dejaron.  
Pero ustedes no olvidaron  
ni glorias ni desengaños  
y que pasaron treinta años  
para decir: Soy la tierra.

Sí hermanos. Sí, soy yo.

## **Vientre del barro**

(Canción)

Mi cuerpo se hizo barro con el barro  
un corazón de luz entre la sombra  
que cuando más nos crece más nos nombra.  
Luces y sombras en el mismo carro.

Después fui fuego y braza en la ceniza,  
toda la tierra se volvió mortaja  
y en ella fui el antiguo en su tinaja,  
carne y raíz, dolor, piedra caliza.

Fui el alimento de las plantas duras,  
la paja brava, alguna flor silvestre  
como una fiesta de sabor campestre,  
todas las formas de las formas puras.

Alguna vez pude elegir las metas:  
Un algarrobo, un tala, un tibio sauce,  
le di a mi sangre un lecho para el cauce  
y puse el corazón en las violetas.

## **Las figuraciones**

(aire de chacarera)

Los sueños siempre son interminables  
mientras pasan los días,  
se puede enumerar lo innumerable  
en claras utopías.

Y pasaron flamencos, los rosados,  
acuáticos, distantes,  
imágenes tranquilas de un pasado,  
la historia del instante.

Así volví a pintar lo despintado  
por Córdoba o Rosario  
como un puma en el cielo va orientado  
bailando en el calvario.

Las garzas, las palomas van sumando  
amor en mi palestra.

Las victorias me dicen que soñando  
voy por Sierra Maestra.

Alguien canta una música celeste  
entre mi amor profundo  
y en el sol que amanece por el Este  
voy abrazando al mundo.

### **Pertenencia de la tierra**

(aire de loncomeo)

Ella me recibió cálidamente  
como dentro del útero amoroso  
de esta tierra latinoamericana.  
Comprendí la razón de los mapuches,  
los quechuas, los aymaras, mocovíes,  
los mayas, los aztecas, los toltecas,  
los taínos, siboneyes, borinqueños,  
o en otras latitudes más al Norte  
los sioux, los mohicanos, los pies negros  
y muchos más del ártico al antártico,  
América en origen de la vida.

Ellos dicen, y ahora lo comprendo,  
que todos pertenecen a la tierra  
y a esa madre le devuelven sus muertos,  
a esa madre de madres, el principio  
de toda la libertad entre los hombres.  
Ahora lo comprendo, sostenido  
para darme un segundo nacimiento,  
amparado en el útero caliente  
de esta tierra latinoamericana.

### **A modo de paloma**

(candombe)

Despierto, hermanos, ya estoy dispuesto  
a que organicen todos mis huesos  
menos mis manos que están ausentes  
como viajeras del infinito.  
Pongan mis huesos en una barca,  
la proa al viento de la victoria,  
sol en la cara como he vivido,  
la cara al frente como he luchado.  
Pongan mis huesos en estatura  
transfigurada en una bandera  
de pueblos libres que irán cantando  
mi eterno amor revolucionario.  
Pónganme en luz de todas las luces,  
pongan la barca timón al norte,  
destino en Cuba, la bien parida,  
porque a la vida ya estoy dispuesto.  
Parten mis rosas hacia el futuro  
y son mis huesos todos rosales,

veo un temblor en el aire tibio  
porque en mi vuelo, vuelo en paloma.

**Despedida del anochecer**  
(habanera)

Veo el anochecer de Valle Grande,  
tránsito azul en sombras de La Higuera,  
algún recuerdo gris por la emboscada  
en La Higuera al norte, los zumbidos  
en abejas de plomo prostituido,  
todo lo que ha quedado atrás, distante,  
en los treinta años de habitar la tierra.

Yo soy el habitante sin olvido,  
el hacedor de sueños en los hombres  
que buscan un lugar de fiesta y lumbre  
para la libertad bajo estos cielos.  
Yo soy el gran amante de esta tierra,  
lo cotidiano en días de milagro  
el permanente transcurrir de un río.

Veo el anochecer y me despido  
porque aquí disfruté mi propia muerte,  
los compañeros de esta madre tierra.  
Porque aquí me hice piedra, cuarzo y vidrio  
como el cacique, un siboney altivo,  
o un taíno o borinqueño en siglos duros,  
para volver y liberar al pueblo.

Veo el anochecer y me despido:  
Adiós amada tierra boliviana,  
adiós mi cuna madre, mi vasija,  
yo ya me voy, te dejo mi suspiro.

**Volando por el cielo**  
(ritmo del nordeste brasileño)

Volando por el cielo,  
de cielo azul vestido,  
sin gritos y sin miedo,  
mi sueño prometido.  
Despierto y asumido  
mis alas doy al vuelo,  
caliente y aterido  
no quiero ser un duelo.  
Astilla de este suelo

soy pájaro de piedra  
y llevo a mis abuelos  
sujetos como hiedra.  
La paz ya no me encierra  
y asciendo por el viento  
como ángel de la tierra  
cantando lo que siento.  
Y nueva luz presiento  
pues al quedar delante  
sentí en un grito lento:  
¡Salud, mi Comandante!

### **Confesional de América** (baguala)

Te miro desde la altura  
la inmensidad de los Andes,  
raíz del cuarzo maduro,  
tragedia de piedra dura.

Te he recorrido paciente,  
pueblo tras pueblo perdido,  
libres nos quise, altaneros,  
de cóndores los parientes.

Veo pueblitos, los mismos  
por los que yo fui al combate,  
crucé quebradas y montes  
camino de tus abismos.

Viví en harapos la pura  
paciencia de hombres sufridos,  
dejé prendidos mis sueños  
soñando crestas de altura.

Tus lagos de mil colores  
vuelan conmigo y me siguen,  
te dejo mis pensamientos,  
la flor de claros amores.

Así esta carta pensante  
te cae desde lo alto,  
dice que te amo hasta el hueso,  
firmada: Tu Comandante.

### **Ay, corazón no te desboques** (tango)

Ay, corazón, no te desboques tanto  
vas a cruzar del Pacífico al Caribe,  
confiesa que al llegar llevas un tango  
y un aire tropical que te revive.  
Ay, dulce sombra de mi antigua sombra,  
este soy yo dolido por la ausencia  
y vuelvo hacia este pueblo que me nombra  
y revive mi lucha con paciencia.

Ay, corazón, no te desboques tanto  
al alcanzar el cardinal del infinito  
si cruzas este siglo como un canto,  
raíz elemental que guarda un grito.  
Dame templanza, alárgame las alas,  
dame la luz para que en luz yo suba  
que en un milagro vestiré mis galas  
y pon la proa con destino a Cuba.

### **Del cielo y de la tierra** (guajira)

Aquí se me confunden la vida con la muerte,  
resumo en cada hueso la historia compartida,  
presente con futuro, lo débil con lo fuerte,  
el éxodo y la meta, la tierra prometida.

Los pájaros anuncian el sol de la mañana,  
un día riguroso, finales de la ausencia,  
un cielo de festejo bruñido de campanas,  
la sangre de mi sangre repone mi presencia.

Aquí renace todo, la lucha y el martirio,  
lo heroico de la Sierra, la noche y la candela,  
hermanos, hermanos de la gesta,  
tan claros, tan claros como un lirio,  
las voces, las voces de los pueblos,  
el ron y la canela.

Recíbanme en sus brazos de revolucionarios  
pues vengo de las sombras abriendo una ventana.  
He vuelto, he vuelto para siempre  
y soy, soy un asombro diario,  
he vuelto, he vuelto a la alegría  
cantando por La Habana.

### **Yo soy el recordado** (rumba)



Recorro el malecón, miro a la gente  
de esta isla paciente y generosa  
y la veo sufrida y rumorosa  
cantando pese a la agresión de enfrente.

Caribe el sol, azul de mar caliente,  
caminando por el Sur tengo pueblos doloridos  
por el Norte está el mal que no ha podido  
bloquear la luz de este pueblo valiente.

Y por la Habana Vieja  
me quedo renovado  
pues nadie me ha olvidado  
y mi voz no se queja.  
El suelo está empedrado  
con luces de mis ojos.  
Yo no soy el despojo,  
yo soy el recordado.

Caribe el sol, azul de mar caliente,  
caminando por el Sur tengo pueblos doloridos,  
por el Norte está el mal que no ha podido  
bloquear la luz de este pueblo valiente.

### **Imágenes cotidianas** (bolero)

Mis ojos van por el mar profundo,  
o van al fondo de sur a norte,  
van recorriendo toda la isla,  
van descubriendo mi claro mundo.

Pasa un mulato con su mulata,  
tienen la ropa cansina y pobre,  
pasa el alegre viejo en un bote,  
pasa el frijol en mesa barata.

Pasa mi historia cruda y lejana,  
pasan mis hijos, pasan mis nietos,  
las mariposas de algún verano,  
pasan las luces de la mañana.

Y todo pasa junto a mi paso,  
pasa el azúcar, pasa un pescado,  
y nunca pasa ningún fracaso.  
No hay días perdidos que me confundan.  
Hay soles siempre,  
nunca hay ocaso.

**Cántame un son, Nicolás**  
(son cubano)

Cántame un son Nicolás...  
Un son de palomas breves,  
un son que siempre me lleve  
a la música del mar.  
Cántame un son Nicolás,  
un son, Nicolás Guillén.

Cuéntame un cuento también,  
también Nicolás Guillén...  
palabras que estén diciendo  
penas de un pueblo sufriendo  
por la crónica fatal  
que los piratas del mal  
imponen matando el bien.  
Cántame un son Nicolás  
un son, Nicolás Guillén...

Sabes que vuelvo recién,  
recién Nicolás Guillén...  
de un sueño profundo y noble,  
puro de plátano y roble,  
como un hijo de este sol  
en inicial de color  
pintando el farol del mar.

Cántame un son, Nicolás,  
un son Nicolás Guillén...  
un son para andar soñando,  
uno del pueblo cantando  
a la gloria y a la paz.  
Cántame un son, Nicolás,  
un son Nicolás Guillén.

**Resurrección en Santa Clara**  
(canción)

Siento los golpes del tiempo acompasado  
como una lluvia goteando entre mis huesos,  
un pueblo entero me deposita un beso  
como envolviendo mi germinal pasado.

Y soy semilla frutal de primavera,  
una paloma que vuelve en el arrullo  
enamorando la sangre del capullo

que va gestando la flor de la pradera.

Siento el silencio que llega del invierno  
atravesando la tierra y su latido,  
oigo que estalla la fuerza del bramido  
iluminando las voces de lo eterno.

Por Santa Clara se me libera el preso,  
se va opacando la muerte en el milagro  
y está diciendo que en lucha me consagro.  
Soy el cacique y estoy en el regreso.

Vuelvo a la vida para orientar al pueblo.  
Soy el cacique y estoy en el regreso.  
Soy el cacique y estoy en el regreso.  
Vuelvo a la vida para orientar al pueblo.  
Soy el cacique y estoy en el regreso.

## INDICE

Nota al lector

«Uno de los hombres más nobles, más extraordinarios y más desinteresados que he  
conocido»

He soñado con mi papá

Che me enseñó a no temerle a la muerte

La amistad entre dos comandantes

El Capitán Descalzo

El evangelista de la tropa del Che

Miguel, el del Che

La vida de los recuerdos de Enrique Oltusky

Fui como la sombra del Che

Recuerda que el jefe soy yo

Argentino, pero no cantante

Guardo del Che muchas cosas en el corazón

Soy lo que soy, gracias al Che

La foto que ha recorrido el mundo

El hallazgo de los restos del Che

Reencuentro

No venimos a despedir al Che, sino a recibirlo

El Diario que el Che no escribió

Donde la victoria vive sobre la muerte

Selección de firmas que aparecen en el libro de visitas del Memorial Ernesto Che Guevara de Santa Clara, a partir de la llegada de sus restos el 17 de octubre de 1997

Anexo. Temas de la cantata *Diario de regreso*